



HIS

María Leonor Milia
Claudio Horacio Lizárraga

Incluye artículos
de Nélide Diburzi
y Fabiana Alonso

TOMO 1
UN ACERCAMIENTO
AL ÁREA DE ESTUDIO

EL MUNDO ANTIGUO GRECO- ROMANO

UNA GUÍA PARA SU ABORDAJE

ediciones UNL



El mundo antiguo grecorromano

Una guía para su abordaje

ediciones **UNL**

CÁTEDRA

**UNIVERSIDAD
NACIONAL DEL LITORAL**

 **ediciones UNL**

Consejo Asesor
Colección Cátedra
Edith Litwin
Isabel Molinas
Héctor Manni
Juan Carlos Basílico
José Luis Volpogni

Dirección editorial
Ivana Tosti
Coordinación editorial
María Alejandra Sedrán
Coordinación comercial
José Díaz

Corrección
María de los Ángeles Pagano
Diagramación interior
Laura Canterna
Diseño de tapa
DOHA → dohastudio.com

© Ediciones UNL, 2014.

—
Sugerencias y comentarios
editorial@unl.edu.ar
www.unl.edu.ar/editorial

Lizárraga, Claudio Horacio
El mundo antiguo grecorromano:
un acercamiento al área de estudio /
Claudio Horacio Lizárraga y María Leonor Milia.
- 1a ed. 1a reimp. - Santa Fe: Ediciones UNL, 2014.
v. 1, 128 p.; 25x17 cm (Cátedra)
ISBN 978-987-508-820-7
1. Historia de las Civilizaciones. 2. Historia
Antigua.
I. Milia, María Leonor II. Título
CDD 909

© María Leonor Milia,
Claudio Horacio Lizárraga, 2014.

Se diagramó y compuso en Ediciones UNL.

Queda hecho el depósito
que marca la ley 11723.
Reservados todos los derechos.



El mundo antiguo grecorromano

Una guía para su abordaje

Tomo 1

**Un acercamiento
al área de estudio**

**María Leonor Milia
Claudio Horacio Lizárraga**

Incluye artículos de:
Nérida Diburzi y Fabiana Alonso

Palabras preliminares

El trabajo que presentamos, elaborado por los integrantes de la cátedra de “Sociedades Mediterráneas” y por otros docentes que trabajan en áreas afines, está dedicado a los alumnos de las carreras de Historia y a todos aquellos que se interesen por aproximarse al conocimiento de la Antigüedad Grecorromana.

Está construido en torno a la reflexión sobre el objeto de estudio y sobre el propio quehacer, reflexión que ocupa un lugar central en el conocimiento histórico y en el oficio de quienes trabajan en él.

Dado que cada época, cada sociedad, cada problemática, requieren una modalidad de acercamiento y una metodología diferentes, en este libro se plantean problemáticas y lineamientos de los procesos históricos, a la vez que se sugieren algunas líneas de reflexión para acercarnos desde el ámbito disciplinar de la Historia al abordaje de este campo específico.

El enfoque elegido implica una mirada, la de una historia de la sociedad.

“Sociedades Mediterráneas” es, en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral, la cátedra que aborda el estudio de este peculiar espacio social y que tiene la responsabilidad de coordinar su enseñanza, destinada a los alumnos de las carreras de grado de Profesorado y Licenciatura en Historia.

Este nombre fue acuñado por los miembros de la cátedra en el Departamento de Historia de la Facultad, durante las discusiones en torno a la elaboración del Plan de estudios 1991. En esa oportunidad las materias cuatrimestrales se transformaron en anuales, por lo que hubo que reemplazar a “Historia de Grecia” e “Historia de Roma”, que se dictaban en el plan anterior. Se descartaron denominaciones tradicionales o bastante imprecisas tales como “Historia Antigua” o “Historia de Europa I” y se eligió la de “Sociedades Mediterráneas”, que encierra mayor significatividad,

pone de manifiesto un cambio de concepción y plantea cuestiones que hacen a la delimitación temática, espacial y temporal.

En el Plan de estudios 2001 actualmente vigente, esta asignatura forma parte del ciclo inicial de las carreras de Profesorado y Licenciatura en Historia, y por ende del Bachillerato en Historia. Como todas las materias de dicho Plan, se dicta en forma cuatrimestral.

Este libro no está dirigido a especialistas en el área, sino a un público más amplio, ese que se interesa por una etapa histórica que constituye una de las claves de los procesos que han conformado en el tiempo al universo cultural del que somos parte.

Nuestro propósito central es que sirva de orientación y apoyo a los lectores para acercarse a aquellas sociedades, para introducirse en ellas, indagar en su problemática y conocer la metodología de trabajo del historiador en este campo específico del conocimiento histórico.

Si bien se tiene en cuenta que entre sus potenciales lectores se encuentra el estudiante universitario, no se trata de un manual que sirva para preparar rápidamente un examen.

No puede ni quiere reemplazar a una lectura inteligente y atenta de la obra de los grandes investigadores que han indagado sobre la Antigüedad, de la bibliografía específica y de los textos escritos por los antiguos, testimonios de las representaciones que construyeron acerca de su sociedad y de su tiempo.

Adentrarnos en un área de estudios tan amplia, compleja y profundamente original implica abrir un camino a recorrer.

Creemos que esto hará posible aproximarnos a:

- una comprensión de los procesos constitutivos y/o desestructurantes más notables de la Antigüedad Grecorromana;
- una gradual y progresiva apropiación de los conceptos específicos, instrumentos para esa comprensión;
- una percepción de cómo se construye el saber sobre este objeto de estudio;
- una ejercitación en el planteo de problemas y la elaboración de hipótesis;
- una metodología de abordaje de las fuentes;
- una guía para el acceso a bibliografía básica;
- una toma de conciencia de los esquemas explicativos y conceptuales que los lectores traen de experiencias y/o lecturas previas, a fin de deconstruirlos o precisarlos según fuera necesario.

Transitar este camino nos ayudará a comprender la lógica intrínseca del antiguo mundo mediterráneo y a valorar la extraordinaria riqueza de sus creaciones.

Es un camino de final abierto que estará siempre incompleto: los senderos que se abren y los lugares a recorrer son inagotables.

También lo son las múltiples recepciones y recreaciones que –a lo largo de los siglos– han sido construidas a partir de los aportes de griegos y romanos a una herencia común, herencia sujeta a continuidades y permanencias, intrínsecas a todas las acciones de los seres humanos en sociedad y a todas sus creaciones.

Cuando cada uno de ustedes, lectores, haya recorrido estas páginas y haya reflexionado sobre su contenido, esperamos haber logrado estimular algunas inquietudes para seguir indagando, mucho más allá de los límites de este libro, respecto del lugar que los antiguos abrieron en la Historia, un lugar no clausurado, todavía vital.

El contenido de la obra está distribuido en tres tomos.

En el primero nos proponemos señalar un posible ingreso al área de trabajo desde su especificidad y desde la tarea del historiador, cuestiones que se retoman y profundizan más adelante a medida que se avanza en el proceso histórico. El tomo se centra en la construcción del objeto de estudio a lo largo de la Historia y señala algunas problemáticas propias del área, también relacionadas con las transformaciones en la disciplina.

El segundo tomo encara el análisis de los procesos particulares del mundo griego desde las primeras civilizaciones del Egeo hasta la expansión de la etapa helenística.

El tercero realiza una tarea análoga con el mundo romano y se cierra con el planteo del deslizamiento hacia la Antigüedad tardía y el bosquejo de los primeros tramos de una larga transición hacia el feudalismo, temática esta última que constituye el objeto de trabajo de otros especialistas del quehacer histórico.

Los dos últimos tomos incluyen algunos fragmentos de fuentes que son objeto de referencias especiales en cada uno de ellos.

Todo análisis histórico supone la utilización de conceptos y categorías, instrumentos heurísticos que permiten comprender los procesos, enriquecer connotaciones y crear sentido, razón por la cual requieren ser definidos con precisión. El lector observará que a menudo nos detenemos en ello.

El desarrollo de los temas necesita en muchos casos, para su mejor comprensión, la ampliación, ejemplificación o aclaración al pie de página de las cuestiones tratadas en el cuerpo principal. Al final de cada apartado se ubican las necesarias citas bibliográficas. Se incluye al final de cada tomo, un listado de bibliografía básica, de posible acceso en nuestro medio.

Analizamos fenómenos que se asientan en el espacio, un espacio construido socialmente a través de procesos temporales, pero también un espacio cuyo control se disputa y sobre el cual se ejerce el poder.

Por eso consideramos necesario trabajar recurriendo a la observación de la cartografía, con el objeto de lograr un apoyo para la comprensión de aquellos proce-

sos. Igual función cumplen los atlas geográficos y los mapas históricos, generalmente insertos en la bibliografía especializada.

A lo largo de la obra, el lector observará algunas cuestiones particulares a las que se les ha asignado un espacio propio –aunque vinculado con los ejes troncales– ya sea porque se trata de aspectos que requieren aclaración o ampliación, o porque son intervenciones especiales de alguno de los colaboradores.

Dado que la cátedra ha desarrollado un seminario sobre el teatro griego en carácter de materia optativa del plan de estudios de la carrera de Historia, hemos destinado un espacio especial a este aspecto. Incluimos también trabajos específicos de docentes que han colaborado en su desarrollo y de algunos alumnos que han cumplido en él un desempeño destacado.

Todo ello permite introducir otras perspectivas y miradas diferentes, formular interrogantes, señalar campos de estudio que tienen su propia identidad a la vez que entrecruzan sus miradas; en fin, sugerir otras lecturas.

Los autores

I. Presentación

1. El área de estudio

"Apenas pudimos tener confianza en la mar, viendo sus olas en paz con los vientos y oyendo la apacible voz del Austro, que nos convidaba a navegar, botaron al agua las naves mis compañeros, y con su muchedumbre llenaron las playas. Salimos, en fin, del puerto; pronto dejamos atrás tierras y ciudades. En medio del mar se alza una frondosa isla, tierra sagrada, gratísima a la madre de las Nereidas y a Neptuno egeo; errante en otro tiempo por los mares de playa en playa, el dios flechador, compadecido, la fijó entre Micón y la alta Giaro, concediéndole que permaneciese inmoble y arrostrase el furor de los vientos. Allí vamos a parar; aquella apacible isla nos recibe, fatigados navegantes, en su seguro puerto. Ya desembarcados, saludamos con veneración la ciudad de Apolo. El rey Anio, rey de aquellos pueblos y juntamente sacerdote de Febo, ceñidas las sienes de la real diadema y del sacro laurel, nos sale al encuentro y reconoce a su antiguo amigo Anquises; nos damos las manos en señal de hospitalidad y le seguimos a su palacio".

Virgilio, *La Eneida*, Libro III

A partir del mar Mediterráneo y de las tierras que lo rodean, un conjunto de sociedades construyeron en los tiempos antiguos un espacio singular. A lo largo de ese gran proceso histórico, el mar se fue entrelazando de múltiples maneras con la vida social.

La ciudad antigua –la polis, la ciudad helenística, luego la ciudad romana– se constituyó, para la mirada de sus actores, de sus testigos presenciales, en el marco ineludible de la civilización.

La economía rural, la producción de la tierra, la esclavitud y otras modalidades de trabajo dependiente, la guerra, la dominación imperial, fueron su contracara.

Diversos procesos de expansión impulsaron los intercambios y participaron en la creación de un universo sociocultural, a la vez uno y múltiple, en el que la unidad encerraba la diversidad, y desde el que han surgido aportes específicos a la historia de la humanidad.

1.1. *¿Por qué estudiar hoy la Historia antigua?*

Estudiar los tiempos antiguos es tomar conciencia del valor que posee en sí mismo el conocimiento de sociedades que integran una larga etapa creadora de aportes originales y específicos en la construcción de la vida de los seres humanos en el tiempo.

Las sociedades antiguas han sido, son, ámbitos generadores de experiencia en el quehacer humano, creadoras de conceptos, de objetos culturales muchas veces reeptados en tiempos sucesivos que les incorporaron nuevos colores y sonidos.

Esas sociedades tienen mucho para decirnos, ya sea porque detectamos las vías y procesos por los que –a través de líneas quebradas, muchas veces sutiles– los elementos constitutivos de su producción han llegado hasta hoy, o porque resignificados una y otra vez en complejas trayectorias, forman parte de un patrimonio cultural común que todavía emerge aquí o allá, y subyace bajo estratos de terrenos más recientes.

Estudiar la Antigüedad es también descubrir otro mundo en el pasado, lo que posibilita tomar conciencia de sus diferencias con el presente y asumir una mirada antropológica que permite identificar “al otro”, distinto de “lo nuestro”. Es explorar un espacio de conocimiento especialmente propicio para ejercitar la toma de distancia frente al devenir histórico y recorrer los procesos de descentración que ello requiere.

La tensión dinámica entre lo que nos es contemporáneo y lo antiguo, entre cambio y duración, posibilita comprender mejor la temporalidad y especialmente, por contraste, dimensionar nuestro propio presente.

Desde el punto de vista particular del quehacer historiográfico, la Historia –en el significado de “el conocimiento histórico”– no está cerrada, no está “toda hecha”. No sólo los descubrimientos arqueológicos o la recuperación de textos antiguos pueden alumbrar aspectos antes desconocidos, sino que el avance de la disciplina genera nuevas miradas y nuevos planteos, que constantemente impulsan a rehacerla.

Confiamos en que la lectura de este libro sugerirá a aquellos que se apasionan por el análisis histórico algo de lo mucho que las sociedades genéricamente llamadas grecorromanas ofrecen a su formación disciplinar.

Parte de lo ya dicho es también válido para la historia del antiguo Cercano Oriente, cuyo estudio permite abordar los procesos que conducen a las primeras sociedades divididas en clases y a las más antiguas formas de estatalidad. Las investigaciones contemporáneas han abierto la posibilidad de reconocer la existencia de desarrollos históricos alternativos para la comprensión de la formación de las sociedades de estructura compleja (el Estado, las ciudades, la escritura, etc.). Esto ha supuesto la revisión crítica de nociones arraigadas acerca de una “cuna” de la civilización o de una “monogénesis” de la alta cultura.

1.2. *Un campo de trabajo específico para el historiador*

El mundo antiguo grecorromano es un área de estudio con una especificidad: un conjunto diferenciable de otras áreas del saber histórico, en el que se distinguen elementos que expresan unidad, a la vez que procesos localizados, más específicos.

Se trata también de un espacio organizado socialmente y amplificado a través del tiempo, centrado en un eje comunicacional y organizativo: el mar Mediterráneo y sus tierras adyacentes, aunque en su propio desarrollo temporal, extendido territorialmente más allá de ellas.

Ese espacio abarca:

- las primeras sociedades estatales y urbanas en el Egeo;
- la conformación de la polis griega como marco ordenador de la vida social, desde sus transformaciones y agotamiento, hasta la expansión del modelo urbano hacia el Oriente durante la etapa helenística;
- el proceso romano: de la aldea a la ciudad-estado y al Estado Imperial, motor de la construcción y unificación del espacio mediterráneo;
- la Antigüedad Tardía, con las complejas relaciones entre Iglesia, Estado y sociedad, y las continuidades y rupturas del proceso que lleva a la desestructuración del mundo antiguo.

En cuanto al tiempo, la complejidad de los procesos a abordar plantea dificultades para su delimitación y para diferenciar sus ritmos, cuestión de la que nos ocupamos más adelante.

1.3. *Los contenidos del área*

Intentaremos ahora señalar la perspectiva desde la cual concebimos el objeto de estudio y consideramos algunos de los problemas para su abordaje: las fuentes, las categorías y conceptos analíticos, la especificidad del área.

Sin pretender realizar un planteo exhaustivo, queremos indicar algunas cuestio-

nes que hacen a la identidad del mundo antiguo mediterráneo, lo que nos lleva a considerarlo como un área que a la vez puede ser considerada como:

- una totalidad dinámica, abierta hacia transformaciones, con una lógica constitutiva propia que la diferencia de otras áreas del conocimiento histórico;
- una multiplicidad de procesos y espacios contenidos en aquélla, con rasgos específicos y diferenciados dentro del conjunto.

Es posible identificar en su construcción procesos análogos a la vez que diferentes, a través de los cuales se organiza un espacio con ciertas regularidades –el espacio mediterráneo– capaz de extender su dominio mucho más allá de las costas y de las tierras propiamente mediterráneas.

Moses Finley –uno de los más importantes historiadores del área en el S. XX– ha señalado al respecto “[...] *la posibilidad misma de incorporar a Grecia y a Roma en un solo lenguaje [...]*”.¹

Pero como esa totalidad encierra dentro de sí notables contrastes, también es necesario estudiar conjuntos y procesos temporal y espacialmente diferenciados, tales como los ya indicados más arriba a modo de ejemplo. En esos procesos se constituyen estructuras productivas, relaciones sociales, modos de ejercicio y justificación del poder, formas de control social, representaciones simbólicas...

Las analogías –identificadas a partir de criterios precisados rigurosamente– permiten realizar análisis comparativos entre el caso griego y el romano, y señalar líneas comunes, pero también componentes diferenciales, realidades totalmente específicas.²

1.4. Algunos elementos que permiten pensarla como una unidad

Entre otras líneas que dan coherencia al conjunto, señalamos:

- El espacio mediterráneo, uno y múltiple: el mar, posibilitador de contactos; las tierras, con sus recursos y limitaciones; las sociedades frente a sus posibilidades y exigencias.

- La economía antigua: la base agraria, la propiedad privada de la tierra (principal medio de producción), las relaciones sociales, la producción y la circulación de los bienes.

- Las necesidades de fuerza de trabajo y sus modalidades: trabajo libre, trabajo obligatorio, trabajo dependiente no esclavista, esclavitud, esclavismo.

- La sociedad y el Estado:

- La comunidad cívica: la relación ciudadanía-tierra.

- La ciudad como ámbito de ejercicio del poder político y espacio de confrontación entre los ciudadanos: las luchas por la tierra, por la abolición de la esclavitud por deudas, por la ampliación de los derechos de la ciudadanía.

—La ciudad como centro de consumo, de recaudación tributaria, de intercambios, de redistribución.

—La ciudad como espacio de construcción cultural, símbolo y marco necesario de la civilización, vinculado de diversas maneras al poder.

—La dominación sobre el área rural, sobre los ciudadanos y los no ciudadanos, sobre el imperio en sus dimensiones territoriales y marítimas.

—El imperio, la guerra, la expansión, sus modalidades, escalas y límites: el imperio ateniense, el alejandrino, el romano.

2. Algunas reflexiones en torno al trabajo del historiador

"[...] el objeto de la historia es esencialmente el hombre. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres [...] 'Ciencia de los hombres', hemos dicho. La frase es demasiado vaga todavía. Hay que agregar: 'de los hombres en el tiempo'. El historiador piensa no sólo lo 'humano'. La atmósfera en que su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración." (Bloch, 1957:24-25)³

2.1. La realidad histórica

En la segunda mitad del S. XIX, la Historia como disciplina llega a definir una metodología y un objeto de estudio propios. A partir de los métodos de crítica de textos (ya preparados por la filología clásica) la historiografía se propuso reconstruir los propósitos de los grandes actores de la historia y creyó posible llegar a mostrar "cómo el pasado ocurrió realmente".

Tanto en la corriente historicista alemana, como en la positivista de origen francés, restringió su campo de trabajo al estudio de los acontecimientos, fundamentalmente de carácter político, militar o diplomático, los que, sobre la base de una exhaustiva constatación de su veracidad, podían ser ordenados lógicamente y cronológicamente. El devenir histórico se expresaría así en esa sucesión de acontecimientos y la Historia sería sobre todo, política, construida sobre el trasfondo de la consolidación de los estados nacionales, procesos entonces en marcha.

Centró su atención en el papel de ciertos individuos destacados, otorgando un rol protagónico a monarcas, jefes militares, pensadores, en fin, a los "grandes hombres", a los "próceres" en torno a los cuales podía escribirse la historia, una historia

que consistió más en relatos biográficos que en el análisis de las sociedades o de sus procesos de cambio y transformación.⁴ Por otra parte, es una concepción que lleva implícita una explicación monocausal, simplista, que pretende dar cuenta de fenómenos complejos a través de la exposición de una sola causa: “la causa”.⁵

Una muestra de este enfoque en la historiografía del mundo antiguo es la *Historia de Roma* de Theodor Mommsen, en la que los grandes personajes son, entre otros, Amílcar y Aníbal Barca, Escipión, Pompeyo, Julio César; y sus temas: el heroísmo, el patriotismo romano (o cartaginés), las campañas militares y las conquistas, los cambios de gobierno, etcétera. Una rápida lectura de esta obra permite detectar numerosos preconceptos y juicios de valor.

Veamos un ejemplo en el que el autor construye un relato casi ficcional. Durante la segunda guerra púnica, Aníbal, hijo mayor de Amílcar, se hace cargo de la conducción del ejército cartaginés (220 a.C.) en su lucha contra Roma:

“[...] tenía entonces veintinueve años. Pero había vivido demasiado [...] Diestro y robusto, no le igualaba ninguno en la carrera ni en el manejo de las armas; su arrojo rayaba casi en lo temerario; el sueño no era para él una necesidad, y como verdadero soldado, saboreaba con placer una buena comida y sufría el hambre sin pena. Aunque había vivido en medio de los campamentos, había recibido, sin embargo, la cultura habitual en los fenicios de las clases altas. Sabía bastante bien el griego [...] para poder escribir en esta lengua sus despachos. Siendo aún adolescente, había hecho [...] sus primeros ejercicios en la carrera de las armas a las órdenes y a la vista de su padre, al que vio caer a su lado durante la batalla. Después, durante el generalato de su cuñado, Asdrúbal, fue jefe de la caballería. En ese puesto se había distinguido entre todos por su singular bravura y sus talentos militares. Y he aquí que hoy la voz de sus compañeros e iguales llama al joven y ágil general a ponerse a la cabeza del Ejército. A él correspondía ejecutar los vastos designios por los que habían vivido y muerto su padre y cuñado. Llamado a sucederles, supo ser digno heredero. Los contemporáneos han intentado imputar toda clase de faltas a este gran carácter: los romanos le llaman cruel; los cartagineses, codicioso. En realidad, odiaba como saben odiar los espíritus orientales: como general, necesitaba a cada momento armas y municiones (sic), y no suministrándoselos su patria, fuéle necesario procurárselos como mejor pudo. En vano la cólera, la envidia y todos los sentimientos vulgares han querido manchar su historia. Su imagen se levantará siempre pura y grande ante la mirada de todas las generaciones.” (Mommsen, 1983:20-21)

Hoy ya no es posible seguir sosteniendo las concepciones que subyacen detrás de este relato, ni el simplismo de este tipo de explicaciones.

Por el contrario, se puede afirmar que “todo es Historia”, que toda experiencia

humana es de interés y relevancia para el conocimiento histórico, y también que “[...] el protagonista de la historia es el hombre en sociedad. Son los hombres agrupados en una colectividad que incluye a los estadistas, los héroes y los genios, pero también a los obreros, los campesinos y los indigentes.” (Fontana, 1973:42-43)

Todo lo expuesto nos pone frente a un nuevo rasgo de la realidad histórica: su complejidad. Reconocerlo exige distinguir en aquella distintos niveles de especificidad, que por el propio desarrollo de las Ciencias Sociales en el último siglo, llegan a constituir, en muchos de los casos, esferas relativamente autónomas del conocimiento. Por otra parte, frecuentemente la comprensión de la realidad histórica requiere de una mirada interdisciplinaria y del análisis sobre un “territorio” parcialmente compartido por las disciplinas que estudian “lo social”.

En el caso particular del mundo antiguo, los que hoy podríamos identificar como aspectos sociales o económicos, eran percibidos por sus actores como integrantes de una misma realidad: lo político, la realidad de la comunidad cívica. Tal como lo expresan Austin y Vidal-Naquet: en la Antigüedad lo social y lo económico se funden en lo político (1986:17-44).

2.2. El conocimiento histórico

El conocimiento histórico plantea problemas y es siempre inacabado. Ya nadie puede suponer que pueda encontrárselo de una sola vez y en forma completa en un archivo o en una serie de textos.

Es un conocimiento que se construye y esa construcción depende del rol protagónico asumido por el historiador, quien tiene como punto de partida una pregunta, una inquietud, un problema que deberá ser resuelto. Este problema, zona oscura de la realidad que debe ser iluminada, constituye el principal motivo y guía en la búsqueda de una explicación, de una respuesta.

La pregunta exige a su vez una respuesta provisoria, una explicación tentativa que conocemos con el nombre de hipótesis. La hipótesis planteada permitirá al historiador buscar los datos necesarios para su verificación, elegir los conceptos que ayuden a explicarla y comprender las relaciones que ello implica.

En consecuencia, el problema o la pregunta y la hipótesis llevan, en el proceso de conocimiento, no sólo a la construcción del objeto de estudio, sino también de los propios datos que permitirán su investigación, datos que el historiador extrae de los testimonios que ha dejado la presencia humana, y que se convierten en una “fuente histórica”.

Un testimonio histórico es todo aquello que permita dar cuenta del pasado. En la concepción tradicional de la historia sólo se consideraban como valiosos y fiables los textos escritos de tipo documental, dejándose de lado cualquier otro género de

evidencias. En cambio hoy, cualquier rastro de la acción del hombre, en cualquier esfera o campo de la realidad, es un testimonio, y potencialmente una fuente.

En el caso de las sociedades del mundo antiguo podemos contar con una gran diversidad de fuentes, desde los restos arqueológicos hasta las obras más destacadas de la historiografía y la literatura clásicas. Pero también, y con mucha frecuencia, nos veremos ante la ausencia de testimonios, o bien la escasez, la fragmentación, el deterioro, la ininteligibilidad de los mismos, sólo por mencionar algunas de las dificultades que se le plantearán al historiador de la Antigüedad.

Analizamos más adelante esta problemática, procurando situar las fuentes en relación con las diferentes temáticas del desarrollo histórico.

2.3. Las herramientas del historiador

“Muchas personas, [...] se forman una imagen asombrosamente ingenua de la marcha de nuestro trabajo. En el principio, parecen decir, están los documentos. El historiador los reúne, los lee, se esfuerza en pesar su autenticidad y su veracidad. Tras ello, únicamente tras ello, deduce sus consecuencias. Desgraciadamente, nunca historiador alguno ha procedido así, ni aún cuando por azar cree hacerlo. Porque los textos, o los documentos arqueológicos, aun los más claros en apariencia y los más complacientes, no hablan sino cuando se sabe interrogarlos.” (Bloch, 1957:II-54)

Los procesos históricos no son susceptibles de ser reproducidos en un laboratorio ni puestos bajo la lupa o la lente del microscopio para su análisis.

El objeto de estudio del historiador se construye.

De algún modo, esto pone al historiador en una situación análoga a la del médico que debe diagnosticar una enfermedad que no se ve pero que se manifiesta por un conjunto de síntomas y evidencias que deberá relacionar para arribar a un diagnóstico acertado y sobre el cual intervendrá luego con el bagaje de herramientas que dispone a tales efectos.

Claro que el propósito del historiador no es curar sino explicar, pero aún así también intervendrá sobre la imagen de la realidad que se propone estudiar. Utilizará para ello una serie de herramientas que le permitirán elaborar su explicación, un bagaje teórico que ha sido construido históricamente y seleccionará de él, aquellas categorías analíticas, aquellos conceptos, aquellos marcos teóricos que mejor se adecuen a su objeto de estudio.

Esto entraña una serie de dificultades para el historiador y más aún para el que se ocupa de la Antigüedad, puesto que muchos de los conceptos y categorías de análisis que utiliza han sido construidos en etapas o momentos históricos muy posteriores y diferentes a los que se quiere estudiar, o bien han adquirido otros signifi-

cados. Nos referimos, por ejemplo, a clase social, órdenes, género, modo de producción, formas de trabajo dependiente no esclavistas, esclavo, sistema esclavista, economía de palacio.

Una de las características más importantes de estas herramientas es su historicidad: su contenido es cambiante, esto es, la dimensión temporal afecta su significado. No por ello dejan de ser útiles, pero sí es necesario tomar prevenciones en su utilización, resignificar su contenido en relación con el objeto que se analiza, para no caer en anacronismos, confusiones temporales que nos llevarían a ubicar elementos fuera de la etapa histórica a la que corresponden, a distorsionar su sentido o a atribuirles un significado distinto del que tenían en su contexto original.

Conceptos como revolución, monarquía, república, tiranía, dictadura, democracia, oligarquía, imperio, ciudadano, libertad, no tienen un único significado a lo largo de la Historia. Comprenderlos exige conocer y comprender el contexto en el que han surgido o cobrado relevancia.

Por ejemplo, en la democracia ateniense la categoría legal de ciudadanos abarcaba a una minoría, amplia en comparación con otras *poleis*, pero excluyente de los no ciudadanos libres: las mujeres y los esclavos. Esos ciudadanos ejercieron directamente el poder político a través de asambleas y tribunales populares, situación posible solamente en el ámbito de un espacio y una población reducidos en comparación con la escala moderna.

Obviamente, hoy la connotación semántica de la palabra es otra, a pesar de la larga permanencia de la raíz etimológica. El trasfondo social de las democracias contemporáneas, la mayor escala de sus dimensiones territoriales y demográficas, la existencia de los Estados Nacionales, las relaciones internacionales –por señalar sólo algunos elementos– cargan al término de otros contenidos, lo resignifican.

A pesar de las dificultades que esto supone, el bagaje teórico-conceptual constituye la herramienta más valiosa para el historiador, dado que, como dice Finley (1986:35-36), *“Sin un esquema conceptual con un fundamento teórico, la débil y poco fidedigna evidencia se presta por sí misma a la manipulación en todas las direcciones sin que haya ningún tipo de control”*. Y esto es así además *“[...] porque los documentos por sí mismos no hablan ni plantean preguntas, sino que son las preguntas significativas del historiador y su marco conceptual lo que permite establecer las relaciones y conexiones entre las partes que la mayoría de las veces se nos presentan ajenas, dispersas, incoherentes o inconexas”*.

La índole de la historia como disciplina y la complejidad, riqueza y originalidad del mundo antiguo exigen aproximarse con una actitud crítica, capaz de formular interrogantes y plantear problemas. El campo de estudio y las dificultades que pone en el camino del historiador requieren una metodología de análisis adecuada, un abordaje crítico de las fuentes, un instrumental propio: conceptos y categorías específicas, cargados de historicidad, de temporalidad.

Todo ello debería hacer posible desentrañar la lógica –y las lógicas– específica(s) de aquel mundo, en sus procesos de constitución y de desarticulación, y en las particularidades de cada una de sus instancias. Significa también promover un acercamiento del lector al quehacer mismo del historiador: un investigador que no recibe pasivamente la información supuestamente “objetiva” encerrada en las fuentes, sino que se dirige a ellas con preguntas, plantea problemas, y formula hipótesis orientadoras de su “pesquisa”. El historiador construye la historia (en tanto investigación y producción historiográfica) y lo hace desde las inquietudes que le suscitan su propio tiempo, su lugar sociocultural, su proceso de formación personal y profesional.

En ese quehacer ocupan un lugar esencial los conceptos estructurantes del conocimiento histórico, los cuales son parte integrante de la estructura misma de ese saber; por ello resultan imprescindibles para la comprensión de los procesos. Entre ellos señalamos las concepciones acerca de la causalidad y de la explicación en la disciplina, la noción del tiempo histórico, la posición del historiador frente a sus fuentes.

Las categorías de análisis y los conceptos no se aprehenden en abstracto, sino que se resignifican en el análisis de los procesos y problemas, cuya explicación se aborda mediante las herramientas específicas para cada caso, examinadas también históricamente. Se entiende que el análisis histórico exige moverse pendularmente entre lo conceptual y la información extraída de las fuentes, entre la comprensión de algunas cuestiones teóricas y su identificación en las variadas situaciones históricas específicas que se abordan.

El tiempo histórico es mucho más que una mera dimensión cronológica. En tanto es cambio, duración, simultaneidad, nos lleva a la consideración de ritmos temporales diversos, a la explicación de procesos complejos que se dan en los largos plazos.

La percepción de la temporalidad pone en evidencia la artificiosidad de la periodización tradicional –hoy insostenible– que estuvo centrada en la búsqueda de “acontecimientos creadores de época” y en general, de hechos puntuales situados en la corta duración.

Dado que la temporalidad constituye una dimensión inescindible de los fenómenos históricos, volveremos más adelante sobre esta problemática.

Notas

1. Al analizar la política en la ciudad antigua, afirma: "[...] *Mi tema actual es la política, en especial la política de la ciudad-Estado [...] La etiqueta misma de 'ciudad-Estado' implica la existencia de elementos comunes suficientes para justificar el estudio conjunto de Grecia y Roma, al menos como punto de partida [...] Cuando sigamos adelante, aparecerán variaciones más importantes junto a continuidades substanciales, que se harán más evidentes y significativas gracias a la comparación grecorromana, que si se estrechase el campo de observación a una u otra [...]*" (Finley, 1986:24-25).
2. Al respecto del uso del método comparativo en Historia, ver: Cardoso, Pérez Brignoli, (1977: 339-346).
3. El nombre original de la obra es *Apologie pour l'Histoire ou Métier d'Historien* (Apología para la Historia o el oficio de historiador). Marc Bloch (1886-1944) es uno más grandes historiadores del S. XX. Fue fundador (junto con Lucien Febvre) de los *Annales d'Histoire économique et sociale* (1929) y de la Escuela de los Annales, desde la cual inició un gran movimiento renovador de la ciencia histórica. Fue profesor en la Universidad de Estrasburgo y en la Sorbonne. En la segunda guerra mundial actuó como miembro de la resistencia francesa. Durante su detención, escribió una serie de notas que después de su muerte fueron compiladas y publicadas por Febvre. Murió fusilado por las tropas alemanas de ocupación.
4. "*Las viejas crónicas solían estar dedicadas a narrar las gestas de los reyes y magnates. Estos eran los únicos hombres que contaban, puesto que se suponía que con su actuación marcaban el rumbo de la Historia, en la que a los demás, no les quedaba otro papel que el de comparsas. [...] una historia, que todo lo reduce a la actuación de los primeros actores*" (Fontana, 1973:32-33).
5. Por ejemplo, atribuir la caída del Imperio Romano de Occidente a las invasiones bárbaras, y más puntualmente señalar la ocupación de la ciudad de Roma en el 476 d.C. como el fin del mundo antiguo. Ver las consideraciones sobre temporalidad, periodización y específicamente sobre la Antigüedad Tardía.

II. Un objeto de estudio construido históricamente

¿De qué hablamos cuando hablamos de las sociedades mediterráneas?

El objeto de la Historia se construye históricamente.

El estudio de una etapa específica implica un recorte y una selección hecha dentro de procesos más generales,

recorte y selección que están estrechamente vinculados a los avances del conocimiento histórico, pero también

a la sociedad, al tiempo y a la corriente de pensamiento

a la cual pertenezca el historiador.

Esto es válido también para las sociedades antiguas grecorromanas.

Por lo tanto las reflexiones siguientes tienen como propósito

acercarnos al proceso de construcción histórica de nuestro objeto de estudio.

¿Por qué parcelar dentro del inmenso campo de la Historia un ámbito específico, al que tantas veces se le ha colocado cómodamente el rótulo de “Historia Antigua”?

¿Es algo más que una convención sin otras justificaciones que la comodidad de trabajo y una larga tradición? ¿Es que así lo exige el carácter de sus fuentes o la metodología de trabajo del historiador?

¿O es que esta etapa –difícil de delimitar espacial y temporalmente– ha sido creadora de fenómenos específicos, ha realizado aportes propios y originales tanto al proceso histórico “universal” como a la comprensión de la vida de los seres humanos a través del tiempo?

Estas preguntas y otras conexas que podrían plantearse, nos llevan a examinar una serie de cuestiones con el fin de precisar nuestro campo de trabajo y nuestro objeto de estudio.

1. ¿“Historia Antigua” o “Sociedades antiguas”?

El concepto de “Antigüedad” como época histórica se ha modificado a lo largo del transcurrir de la Historia misma y del proceso de construcción de la Historiografía.

Cuando en los S. XV y XVI los hombres del Humanismo y del Renacimiento volvieron los ojos al pasado, miraron hacia el mundo antiguo griego y romano, el cual se les presentaba como portador de un modelo cultural brillante, un marco referencial que les permitiría afirmarse en su rechazo a otro pasado más reciente –el medieval– al que subestimaban.

Identificaron la Antigüedad con un corto período de la historia del mundo mediterráneo, el que produjo los textos que ellos estudiaban y admiraban. Esa etapa comprendía los siglos V y IV a.C. griegos, la época de la República Romana y los primeros siglos del Imperio.

Para ellos, Antigüedad era equivalente a Antigüedad clásica, pues el conocimiento del Cercano Oriente Antiguo era identificado como Historia Bíblica.

Esta representación del mundo antiguo, tan limitada para el historiador de hoy, estaba estrechamente condicionada tanto por las fuentes documentales que entonces se conocían, como por el punto de vista filológico-literario desde el cual se las estudiaba, el que requería un dominio perfecto del latín y del griego. Las obras de los grandes escritores clásicos constituían un modelo a imitar, tanto por las formas retóricas como por los valores que trasuntaban, valores en los que se apoyaba el pensamiento humanístico para hacer su crítica al pasado medieval y a las instituciones derivadas del mismo. Los renacentistas consideraron a la Antigüedad clásica como una época ejemplarizadora y modélica, creadora de normas estéticas, éticas y filosóficas válidas para todo tiempo y lugar.¹

Se construyó así una imagen trascendente y absoluta, atemporal, ahistórica, despegada de los condicionamientos del tiempo que le fue propio, concepción cuyos residuos aún hoy pueden rastrearse.

A partir de esa época, el interés por los autores antiguos fue suscitando la curiosidad por los diversos restos visibles de la cultura antigua, existentes en todo el territorio que fuera el dominio del Imperio Romano. Así los “anticuarios” europeos de los siglos XVII y XVIII coleccionaron, todavía sin ninguna rigurosidad, los más diversos objetos artísticos, que adquirieron particularmente en sus viajes a Italia, considerados como el medio de completar su educación. Hacia fines del S. XVIII, los viajes a Grecia –entonces todavía en poder del Imperio Otomano– cumplieron funciones similares.

Desde la segunda mitad del S. XVIII, el neoclasicismo recuperó –con algunas concesiones a los nuevos tiempos– los modelos estéticos antiguos en la arquitectura y la escultura. El equilibrio, las proporciones, la armonía y racionalidad en las formas, constituyeron una lógica intrínseca a esas expresiones artísticas, lógica también vinculada a las concepciones clásicas.

La pintura, la literatura, el teatro y la música también se apropiaron de temas, motivos y personajes extraídos de los textos griegos y latinos, que recrearon y plasmaron en grandes obras de arte.

En el ámbito de los estudios histórico-culturales, uno de los más notables admiradores del mundo antiguo fue el alemán Johann J. Winckelmann, entusiasta estudioso de las artes plásticas en sus formas clásicas.²

Aquel interés generalizado por la cultura de la Antigüedad, estuvo muy vinculado con el descubrimiento de las ruinas de Pompeya³ y con los primeros ensayos de exploración arqueológica, realizados por no profesionales en el área romana. El entusiasmo por el arte clásico impulsó el conocimiento de las obras griegas, estimulando las búsquedas de una arqueología todavía incipiente, guiada por el interés de esos coleccionistas de antigüedades, los “anticuarios”.⁴

Desde finales del S. XVIII y durante el S. XIX, la filología alemana ordenó, estudió y publicó ediciones críticas de los textos literarios y filosóficos antiguos. Transformó la erudición en lo que los filólogos consideraron “la ciencia de la Antigüedad”. Fuertemente influenciada por el romanticismo de la época, manifestó algunas reticencias hacia las fuentes romanas, que veía muy vinculadas a la Iglesia Católica, la institución supranacional que las había preservado de la destrucción y que conservaba el latín como su lengua oficial. En cambio, dedicó más atención a las fuentes griegas e idealizó a la civilización que las produjo, considerándola como un paradigma a partir del cual dotar de sentido a los fenómenos contemporáneos.

Como ya se ha dicho, a lo largo del S. XIX, la Historia fue constituyendo una metodología y definiendo un objeto de estudio propios, tanto desde el historicismo alemán (en la obra de Ranke) como en la orientación positivista francesa. Sus relaciones con la filología se hicieron complejas y conflictivas.⁵

En lo metodológico se planteó el valor de los textos antiguos como fuentes históricas, encarando su análisis a partir de la crítica erudita hecha previamente por la filología, que llegó a ser considerada una disciplina auxiliar. A la vez, otros eruditos recopilaron y valoraron fuentes no textuales (monedas, medallas, inscripciones) que comenzaron a ser utilizadas en la investigación.

Hacia fines del siglo, al estudio de la literatura y la filosofía del mundo grecorromano, el historicismo agregó el interés por sus formas político-sociales y por el estudio del derecho. Uno de los representantes más notables –aunque algo marginado de la orientación predominante– fue Theodor Mommsen, (a quien ya nos hemos referido), compilador del derecho romano y de diversas colecciones de fuentes, y autor de la *Historia Romana*, un verdadero “clásico” de la historiografía del mundo antiguo.⁶

Desde el S. XIX y a lo largo del XX, la exploración arqueológica tuvo un notable desarrollo, no sólo en el área grecorromana, sino también en Egipto, Mesopotamia, Irán, Siria, Israel. Los diferentes países europeos (Alemania, Francia, Gran Bretaña)

crearon y apoyaron económicamente “Escuelas” que compitieron en esas investigaciones y cuyos trabajos contribuyeron a enriquecer los grandes museos sostenidos por los respectivos Estados Nacionales.

Los grandes avances obtenidos, tanto en la profesionalización de la arqueología como en la comprensión de los sistemas de escritura y en la interpretación de los textos, contribuyeron a acrecentar y fundamentar científicamente el conocimiento de las tempranas civilizaciones en el Cercano Oriente, que fueron también incluidas en la denominación de “Antigüedad”.

Los descubrimientos arqueológicos estimularon la reflexión acerca de la índole de las sociedades que emergían del pasado y pusieron más en evidencia la gran diversidad socio-cultural que presentaban, tanto entre ellas como miradas en conjunto, con respecto al mundo antiguo “clásico”. Se fueron así configurando áreas de trabajo distintas, con sus respectivos especialistas.⁷

2. Las Ciencias Sociales frente a la Historia grecorromana

Desde finales del S. XIX, la conformación del campo disciplinar de las diversas Ciencias Sociales agregó nuevas miradas y nuevas metodologías para el análisis de lo social y de sus diversidades.

Entre esas nuevas ciencias, señalamos especialmente algunos aportes de la Antropología y la Sociología a nuestro campo de trabajo.

La Antropología –según una clásica definición de Lévi-Strauss– “[...] apunta a un conocimiento global del hombre y abarca el objeto en toda su extensión geográfica e histórica”. En consecuencia, se trata de una disciplina con un vasto campo de intereses, que cubre todas las épocas y todos los espacios y que ha incorporado recientemente estudios en “sociedades complejas”.

Hasta los años ‘60 la Antropología se había ido configurando como disciplina a partir de conceptos que focalizaron la diferenciación del otro cultural; esto es, una práctica científica que construyó su terreno de aplicación en las sociedades sometidas a las diferentes formas de presión externa, los grupos étnicos y socioculturales no europeos y “no desarrollados”, las “sociedades exteriores” a la occidental.

Por su parte la Sociología, en una suerte de división internacional del trabajo intelectual, centraba sus estudios en los países desarrollados de la Europa occidental.

Pero con el surgimiento de las denominadas “sociedades complejas” que comienzan a configurarse a partir de 1945, con la parcial ruptura de los imperios coloniales, la clásica línea de diferenciación –entre “lo superior y lo inferior”, “lo desarrollado y lo no desarrollado”, “lo occidental y lo no occidental”– empieza a desdibujarse, convirtiéndose esas nuevas sociedades en objeto común de la Antropología y de la Sociología.

En la actualidad, el campo de estudio de la Antropología es la sociedad en su conjunto. Dentro de ese campo podemos identificar diferentes orientaciones, entre ellas:

- la Antropología biológica o física en tanto intento de reconstruir el curso de la evolución humana mediante el estudio de los restos fósiles;
- la Antropología lingüística dedicada al estudio de la gran diversidad de lenguas, como así también la forma en que el lenguaje influye y es influido por los diferentes aspectos de la vida humana;
- la Antropología cultural, interesada por los análisis de las culturas del pasado y del presente.

Para el caso de los estudios en nuestra área, la Antropología ha contribuido y lo sigue haciendo de formas diversas.

En primer lugar, consideramos el desarrollo de un método muy particular: el trabajo de campo centrado en la micro escala de observaciones hechas en las culturas denominadas primitivas o simples del presente, que ha posibilitado el acceso a información diversa. Esto permite construir marcos teóricos de análisis sobre relaciones de parentesco, mecanismos y modos de intercambios, prácticas rituales, modos de concebir las relaciones entre lo humano y lo divino, el papel de las creencias religiosas, los mitos y las leyendas y las formas diversas de transmisión de valores y propiedades culturales de generación en generación.

También desde sus inicios como ciencia, sentó las bases de un concepto muy particular, el de Cultura, que desde la Historia utilizamos frecuentemente para referirnos a las “culturas” o “civilizaciones” del mundo antiguo. Fue precisamente Tylor (1977:125) quien utilizando ambos conceptos como sinónimos, afirmó que “[...] *en sentido etnográfico amplio, la cultura o civilización es esa totalidad compleja que incluye el conocimiento, las creencias, el arte, el derecho, la moral, las costumbres y cualquier otro hábito o capacidad adquiridos por el hombre en cuanto pertenecientes a la sociedad*”.

Pero a lo largo de su propia historia como ciencia, la Antropología fue debatiendo, modificando y reformulando sus formas de abordar temáticas tales como, entre otras, el propio concepto de cultura, la cuestión de la diversidad cultural y del etnocentrismo, las vinculaciones entre raza, cultura y lenguaje, el relativismo cultural, las ideas de pensamiento primitivo y pensamiento moderno, construyendo así sus principales herramientas teóricas y conceptuales para el abordaje de su objeto de estudio. Y es precisamente en ese devenir en el que podemos situar los aportes más significativos que ha realizado al análisis histórico en general y al de nuestro campo de estudio en particular.

Entre los más importantes, debemos señalar los que se relacionan con uno de los paradigmas más fuertes en el ámbito de la Antropología, como lo ha sido el

estructuralismo, que de la mano de Claude Lévi-Strauss dio origen a la Escuela Etnológica francesa, que hasta nuestros días mantiene la impronta de su fundador.⁸

Las primeras décadas de la segunda mitad del S. XX estuvieron caracterizadas por los debates en torno al estructuralismo, el concepto de estructura, sus vinculaciones y sus diferencias con la Historia.

Hoy es posible observar la importancia de los aportes de los estudios antropológicos al conocimiento del mundo antiguo. Entre ellos se encuentran los trabajos que abordan el estudio de los mitos, las prácticas rituales y las diversas formas de manifestaciones simbólicas. Se destacan los de Marcel Detienne, Jean-Pierre Vernant⁹ y Pierre Vidal-Naquet,¹⁰ quienes nos aproximan a nuevas interpretaciones de los sistemas rituales propios de las llamadas sociedades arcaicas, así como también del corpus mitológico de la Antigüedad griega, que no habían sido considerados hasta entonces sino como meros reflejos o expresiones de las estructuras sociales. Los dos últimos incorporan la mirada antropológica a una marcada preocupación por el análisis social en la dimensión temporal propia de los historiadores.

En la introducción a *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Vernant (1987) hace una interesante referencia al propósito que perseguía en su obra anterior (*Mito y Tragedia en la Grecia antigua*, escrita con Vidal-Naquet) que refleja ampliamente su metodología de análisis:

“Nuestra ambición de respetar el carácter equívoco, ambiguo, de las relaciones entre lo mítico y lo trágico no era sin duda ajena a la doble orientación metodológica que dimos a nuestros trabajos: al análisis estructural de los textos, de las obras, para descubrir en ellas los sistemas de pensamiento, unimos la investigación histórica, única capaz de explicar los cambios, las innovaciones y las modificaciones estructurales en el seno de un sistema.”

Más adelante, en relación a los estudios de M. Detienne, señala que:

“[...] el estudio histórico de los usos matrimoniales y la reflexión sobre el análisis estructural del corpus mítico constituyen las dos caras de una misma investigación: se trata de captar mejor, por esta doble vía aproximativa, las acciones recíprocas de lo social y lo mítico, las homologías y a la vez las discordancias de los dos planos que se esclarecen mutuamente, pero que, en su correspondencia, pueden unas veces reforzarse y otras compensarse”. (Vernant, 1987:1-4)

Finalmente refiere al tema central alrededor del cual gira toda su obra: “[...] ¿dentro de qué límites y bajo qué formas el mito está presente en una sociedad y una sociedad presente en sus mitos?” (Vernant, ídem).

3. La Arqueología en el área grecorromana

En el Mediterráneo oriental se sucedieron desde el S. XIX importantísimos descubrimientos arqueológicos, que ampliaron considerablemente el conocimiento histórico, contribuyeron a trasladar el horizonte temporal mucho más atrás en el pasado y produjeron profundos cambios en el enfoque de los estudios sobre el área.

Al respecto, son especialmente relevantes los trabajos de Heinrich Schliemann¹¹ a partir de 1874 en Troya¹² y más tarde en Micenas y Tirinto, seguidos desde 1899 por los de Arthur Evans¹³ en Creta, que cambiaron totalmente la concepción que hasta entonces se tenía acerca de los comienzos de la civilización en el Egeo y de sus vínculos con sociedades del Cercano Oriente, especialmente sugestivos en el caso de la civilización cretense o minoica.

Quedó claro que la historia del área comienza mucho antes de lo que se había creído hasta entonces: ya no en los míticos tiempos homéricos, protohistóricos –de los que dan cuenta la *Ilíada* y la *Odisea*– sino en épocas mucho más tempranas.

Por otra parte, las diversas “escuelas” nacionales realizaron importantes trabajos arqueológicos: la francesa en Delfos¹⁴ o la alemana en Olimpia¹⁵ y en las antiguas ciudades greco-helenísticas de la costa del Asia Menor.¹⁶

Los trabajos realizados ya en el S. XX por Blegen,¹⁷ Wace y otros en el Peloponeso (Micenas, Tirinto, Pilo) contribuyeron a precisar la imagen de la civilización micénica.

En el territorio hoy perteneciente a Grecia, los arqueólogos prosiguen las investigaciones hasta el presente. Se destaca el trabajo que ha realizado hasta su muerte Spyridon Marinatos en Thera o Santorini (en las islas Cícladas).

También continúan las excavaciones en las colinas de Hissarlik, en la actual Turquía.¹⁸

La arqueología en el área romana abarca áreas, épocas y temáticas diferentes, de las que mencionamos sólo algunos ejemplos.

Entre ellas, cabe señalar las investigaciones sobre los etruscos. El hallazgo de sus testimonios en las tumbas de la Toscana ha llevado a la compleja discusión sobre su origen, sus vinculaciones con el Mediterráneo oriental y con la Roma primitiva. Su estudio dio lugar a una disciplina específica: la Etruscología.

El cuadro del poblamiento temprano de Italia y del Lacio en particular, adquiere hoy una mayor complejidad y plantea problemas tanto en relación con la tradición escrita como con la periodización. Entre las investigaciones arqueológicas se destacan los trabajos sobre los primeros asentamientos en el Lacio y en las colinas junto al Tiber.

Las ruinas de Pompeya y Herculano –cuya excavación aún no ha sido completada– brindan un conjunto extraordinario de restos de la cultura material y artística y constituyen testimonios excepcionales sobre la vida cotidiana en las ciudades romanas del S. I. Asimismo, contribuyen a iluminar aspectos hasta ahora no tan conocidos de la vida intelectual. Muy recientemente por ejemplo, se han comenzado a

realizar mediante tecnología actual, el análisis de los rollos de papiro de la biblioteca de la Villa dei papiri de Herculano. Así se llega a leer la obra de autores antiguos, como Filodemo de Gádara, lo que permite conocer mucho mejor los procesos de intercambio entre la herencia griega y la cultura romana, y en especial, la difusión del epicureísmo entre los círculos dirigentes del Alto Imperio.

Las excavaciones no se hacen sólo en territorio italiano –que fuera el eje central del Imperio– sino también en todos los territorios que pertenecieron a aquél. Mencionamos, en particular, en la antigua Hispania, los trabajos realizados en las capitales de las provincias romanas: Emérita Augusta (Mérida), Tarraco (Tarragona), Itálica (cerca de la actual Sevilla), pero también en ciudades más pequeñas, tales como Lucentum (Alicante) e Illice (Elche).

La Arqueología ha contribuido a aproximar al historiador a épocas antes desconocidas. El trabajo del arqueólogo ha influido para que la historia como disciplina preste mayor atención a aspectos materiales de las sociedades tempranas que antes habían sido subestimados. También ha hecho posibles lecturas más críticas de los testimonios textuales, especialmente los más lejanos en el tiempo, con frecuentes componentes míticos.

Hoy no se dedica únicamente a buscar las grandes obras de arte ni las construcciones monumentales –testimonios del poder y de los sectores sociales dominantes– sino que busca inclusive acercarse a la problemática de los sectores sociales subalternos, de los que poco se había ocupado hasta comienzos del S. XX. Construye su objeto e investiga con todo el rigor científico. Cuenta para ello con las fuentes –que ciertamente ponen sus límites– pero también con un bagaje metodológico y conceptual. Recurre al apoyo de tecnología adecuada y de numerosas disciplinas que colaboran con ella.

Apunta a la reconstrucción de las sociedades antiguas y se plantea los problemas del acceso al conocimiento de aquéllas, no sólo a nivel técnico sino también teórico.

4. ¿El mundo antiguo o los mundos antiguos?

La constatación de elementos y procesos análogos en el mundo grecorromano muestra –como ya se señalara– la posibilidad y más aún la necesidad, de no estudiar separadamente Grecia y Roma, sino de identificar algunas continuidades y analizarlas comparativamente, mediante la definición de criterios de comparación y el uso de conceptos y categorías analíticas comunes.

Así, en el plano de lo económico, la base productiva agrícola, la tecnología utilizada, la relativa escasez de agua dulce y tierras fértiles, el predominio de la propiedad privada de la tierra, la relación campo-ciudad, muestran –más allá de las diferencias– ciertas bases comunes al conjunto.

En el plano de lo político, la ciudad-estado independiente está igualmente presente como marco ordenador de la vida social, tanto en el mundo griego –la polis arcaica y clásica– como en la Roma republicana.

En otros planos de la vida social también es posible visualizar analogías entre ambas áreas del mundo antiguo: los tiempos arcaicos con sus luchas entre ciudadanos por el pleno acceso a los derechos cívicos (entre ellos la tierra), las magistraturas y asambleas, la vida y la cultura urbanas, las modalidades de trabajo dependiente no esclavista, la formación del sistema esclavista, la oposición entre el trabajo manual y el intelectual, y muchos otros elementos que sería largo enumerar.

No obstante, en la observación del proceso histórico antiguo también hubo especificidades y continuidades.¹⁹

En ambas áreas también se encuentra la diversidad: en el caso de la polis, los diferentes tiempos imprecisamente denominados arcaicos y clásicos, la ciudad aristocrática, democrática u oligárquica, los casos específicos, únicos, de Esparta y Atenas.

En cuanto al Imperio Romano, con sus marcos reguladores de la unidad, con su extendida urbanización y sus pretensiones de universalidad, también contiene contrastes entre el Oriente griego y el Occidente latino, que coexisten dentro de la estructura imperial y que a la vez se superponen a numerosas diferencias regionales.

El proceso de romanización, extendido a todo el territorio imperial a través del ejército y consolidado mediante la adhesión de las élites dirigentes de las provincias, nunca alcanzó una profundidad tal que lograra borrar o absorber totalmente las realidades socioculturales preexistentes, cuya supervivencia es un hecho mucho más marcado en las ciudades del área oriental, con su larga tradición de cultura griega o helenizada. La *Romanitas* enmarcó espacios, pero nunca los homogeneizó por completo.²⁰

Así lo plantea Maurice Sartre:

“Uno, doble y múltiple: cada uno de estos términos se aplica al Imperio romano dependiendo del punto de vista escogido. Esta situación compleja pero no contradictoria, obliga al historiador a elecciones que corren el riesgo de falsear a la larga, la percepción de un fenómeno global. Pero al privilegiar lo que conforma la unidad del imperio, ¿no corremos el riesgo de enmascarar la diversidad de las culturas indígenas? Por el contrario, con la multiplicación de las monografías locales o regionales, ¿no se llegaría a olvidar que se imponen a todos algunas normas jurídicas, algunas obligaciones comunes?... El estudio del ‘uno’ apenas permite poner de relieve la riqueza del ‘doble’ y la originalidad del ‘múltiple’. Ciertamente lo que constituye la unidad del imperio [...] reviste una importancia de primer orden. De ello depende la existencia durante más de dos siglos de un espacio bastante seguro que [...] permitió

la emergencia de una civilización basada en la herencia de Grecia y Roma y que merece más de lo que a veces se piensa, el calificativo de grecorromana. Pues el uno ha engendrado el doble. Si bien el Imperio es romano, no es latino. El griego –y la cultura por él vehiculada– no es un idioma indígena entre tantos, es la otra lengua del imperio” (Sartre, 1994:7-8).²¹

En los últimos siglos del mundo antiguo, un nuevo elemento se incorpora como factor de unidad, sin que ello signifique una uniformidad en las modalidades regionales de su inserción: el cristianismo se extiende por el territorio imperial y la Iglesia Católica –“universal”– asienta en él su voluntad ecuménica, mientras el Estado se debilita.

Cuando la gran estructura político-administrativa-militar se derrumba, los regionalismos vuelven a primer plano, mientras la Iglesia se constituye –en ciertos aspectos– en heredera del Imperio.

5. La delimitación espacial

Una vez aceptado que el área grecorromana es un objeto de estudio con su(s) especificidad(es) propia(s), corresponde precisar los límites aproximados del espacio ocupado y configurado por estas sociedades.

El mar Mediterráneo –el Mare Nostrum, poderoso agente de unidad– constituye el eje comunicacional entre las tierras adyacentes y las islas distribuidas en su interior.

Es también un permanente referente de la vida humana: provee de alimento, genera formas de vida, vincula a los hombres entre sí y los amenaza cuando pierde su calma. Está presente en las representaciones simbólicas socialmente construidas: en la poesía homérica, las obras dramáticas, la justificación de las políticas de expansión, la reflexión de los filósofos, la interpretación religiosa de las fuerzas de la naturaleza, las representaciones plásticas de la estatuaría o de la cerámica artística.

Los territorios vinculados al espacio mediterráneo –europeos, africanos, asiáticos– también poseen componentes que desde el punto de vista de la geografía natural les confieren unidad: la interpenetración mar-tierras, el clima de tipo subtropical con estación seca (mediterráneo), el relieve de origen terciario, todavía sacudido por sismos y manifestaciones del vulcanismo, los arcos montañosos con llanuras pequeñas intercaladas, la relativamente escasa disponibilidad de suelos fértiles y de agua dulce, las condiciones del trabajo de la tierra y del pastoreo de los animales, la escasez de metales, las posibilidades y exigencias para la vida humana...

Diversos elementos, con efectos contrapuestos, fragmentan el gran espacio en otros menores: penínsulas, islas, costas recortadas, mares menores dependientes (el Egeo, la Propóntide, el Ponto Euxino, el Tirreno, el Adriático).

La naturaleza plantea desafíos a la acción humana. A lo largo del proceso de formación del mundo antiguo mediterráneo, el espacio se modifica, los seres humanos socialmente articulados lo reestructuran.

Cuando el Imperio Romano alcanza sus límites máximos (comienzos del S. II d.C.) se ha ampliado la superficie ocupada hacia todos los puntos cardinales. Más allá del Mare Nostrum se hallan los extensos territorios no mediterráneos que ha incorporado la conquista. Al norte de los arcos alpinos, las llanuras del occidente atlántico, Britania y las Galias, las montañas de la Europa central, los territorios surcados por el Rin y el Danubio, cuyos cursos fortificados constituyen el *limes* romano y señalan la frontera con las tierras bárbaras de la Germania. Al este, hasta la antigua Mesopotamia, la de los ríos Tigris y Éufrates, un espacio problemático, difícil de dominar. Hacia el sur, la barrera infranqueable de los grandes desiertos.

En los siglos subsiguientes, la imposibilidad de mantener el control sobre la totalidad de esos territorios, lleva a un gradual abandono de los mismos, y por lo tanto, a hacer cada vez más frágiles y difusos los límites del Imperio.²²

DOMINIOS DE ROMA EXPANSIÓN DEL ESTADO ROMANO DEL SIGLO II A. C. AL SIGLO II D. C.



- Epoca republicana**
- Territorios sometidos y aliados en el siglo III a. C.
 - Conquista del siglo II a. C.
 - Conquista del siglo I a. C.
 - Precedentes al dominio de César (57 a. C.)
 - Conquistas de César

- Epoca imperial**
- El Imperio romano Augusto (14 d. C.) a la muerte de Augusto (14 d. C.)
 - Conquistas de Trajano (98-117 d. C.)
 - Territorios anexados por Augusto y el Imperio de Trajano (98 d. C.)
 - Territorios anexados por Augusto y el Imperio de Trajano (98 d. C.)
 - Anonimo (135-161 d. C.)

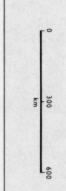
- Las regiones augustas de Italia**
- I Lacio y Campania
 - II Apulia y Calabria
 - III Lucania y Brucio
 - IV Sarno
 - V PIANO
 - VI Umbria
 - VII Etruria
 - VIII Toscana y Calabria
 - IX Liguria
 - X Venecia
 - XI Transpadana

- Reno protegido del 63 a. C.**
- 1 Alpes Grajos y Penninos
 - 2 Alpes Carios
 - 3 Alpes Penninos

- Países de Apunias (118 a. C.):**
- Destrucción de Cartago (146 a. C.)
 - Destrucción de Viro (9 d. C.)
 - Conquista de Jerusalén (70 d. C.)

- Principales campamentos legionarios**
- Líneas de fortificación coninas
 - Líneas de fortaleza aisladas
 - Las provincias en tiempo de Augusto

- Principales batallas y asedios**
-



6. La delimitación temporal y algunos problemas para la periodización

6.1. *El tiempo histórico*

Hay algo llamativo en el concepto “tiempo”: se trata de una noción también atravesada por la variable temporal. Desde la concepción griega y romana, pasando por las aportaciones judeo-cristianas y hasta nuestros días, las connotaciones del significado atribuido al vocablo tiempo no han sido siempre las mismas. Por ello cabe aquí realizar algunas precisiones al respecto, y fundamentalmente sobre el concepto de tiempo histórico.

Las corrientes historiográficas del S. XIX concibieron al tiempo como un objeto de estudio monolítico, homogéneo y cronológico. La simple sucesión de acontecimientos constituía la explicación histórica, ya que como un hecho había ocurrido antes que otro, se entendía que el primero explicaba al segundo, y así sucesivamente. Esta visión del tiempo, de sentido lineal, único y progresivo, es la propia de las corrientes positivistas o historizantes.

Hoy la concepción del tiempo se ha modificado sustancialmente.

En el plano de la investigación histórica es fundamental el aporte de Fernand Braudel,²³ para quien la historia centrada en acontecimientos y fechas es sólo la corteza de la realidad social, es la que se sitúa en el tiempo corto, el tiempo del periodista, el tiempo del acontecimiento, un tiempo engañoso que por sí sólo explica poco y nada de los movimientos históricos.

En forma paralela al tiempo corto, existe otro tiempo más largo, por lo general relacionado con fenómenos de naturaleza económica, el tiempo de mediana duración propio de la coyuntura. Este tiempo se relaciona con los ciclos de la economía del capitalismo, sus fases ascendentes y descendentes, como los períodos de auge y los de recesión o crisis económica. Puede extenderse a un período de varios años y por lo tanto no está tan presente en la memoria de los individuos en la explicación de los hechos históricos que han vivido.

Por último indica la existencia de un tiempo que se mueve muy lentamente, el tiempo largo propio de las estructuras, “[...] *un ensamblaje, una arquitectura, pero más aún una realidad que el tiempo tarda enormemente en desgastar*”. Señala también el tiempo de la larguísima duración de la geografía, de las creencias religiosas y de las mentalidades, a las que llama “prisiones de larga duración”.

A partir de Braudel hablar de tiempo histórico significará hablar de varios niveles temporales diferentes que se dan simultáneamente y que se interconectan. (Braudel, 1969;1970).²⁴

Estos aportes han significado un paso importante en el progreso de la ciencia histórica. Han permitido la incorporación al análisis de la disciplina, de otras dimensiones, otras esferas del conocimiento ligadas a los procesos económicos, sociales y culturales, recurrentemente ausentes en la historia tradicional.

En cuanto a la periodización, implican la caducidad de todo intento de encerrar los fenómenos históricos en esquemas de etapas que se suceden rígidamente.

En una misma sociedad hay tiempos diferentes, que coexisten y se entrelazan. Distinguirlos, percibir sus relaciones, ubicar en ellos a los actores sociales, constituyen en el plano analítico, desafíos para el historiador.

En el plano puramente cronológico nos encontraremos con una periodización más relativizada, más flexible, y que tiene como principal objetivo ayudar a ubicarnos temporalmente.

El área del mundo antiguo ofrece problemáticas que sólo pueden ser adecuadamente comprendidas en la percepción de la larga duración, tales como los siguientes procesos:

- la formación de la ciudad-estado griega y romana;
- los conflictos sociales en el marco de la ciudadanía;
- la conquista romana –alrededor de ocho siglos– y el concomitante proceso de romanización;
- el agotamiento de los marcos jurídico-políticos de la ciudad republicana, mientras se ponen las bases para el Estado imperial;
- los complejos procesos culturales de la Antigüedad Tardía y la desarticulación del Imperio;
- la transición del mundo antiguo al feudalismo, que excede los límites temporales del período del que se ocupa Sociedades Mediterráneas.

Estos largos procesos se entrelazan con los de menor duración, como la desarticulación de la República tardía y otros aun más cortos, en los que se inscribe el accionar de ciertos personajes que se constituyen en emergentes de procesos más profundos.

A partir del análisis de lo procesual, se resignifica el papel del acontecimiento, manifestado en una duración más corta. El acontecimiento deja de estar en un lugar preponderante, para convertirse en una suerte de punta de iceberg, un indicador en la superficie, que delata la existencia de un conjunto de fenómenos y circunstancias que no están a la vista, sino que se hallan en la profundidad, en la que habrá que bucear para encontrar las relaciones y conexiones necesarias que permitirán formular una explicación histórica más compleja.

Así por ejemplo, un Mario o un Julio César durante el S. I a.C., son emergentes del gran crecimiento del poder militar ligado al proceso de la conquista romana, lo que revierte sobre las relaciones de poder en la República tardía –cuyos marcos institucionales se van disgregando– mientras se construye un nuevo escenario estatal.

El proceso de personalización del poder se da en este contexto, dentro del cual cobran relieve y pueden ser comprendidas figuras como César –y su fallido intento

de una monarquía de tipo helenístico– u Octaviano, luego Augusto, quien institucionaliza la concentración del poder en el Principado. La resignificación de las instituciones provenientes de la República, no logra ocultar que se ha implantado una monarquía militar para controlar el orden social aristocrático y conducir el Imperio Romano.

Finalmente, cabe mencionar que en este nuevo enfoque del tiempo histórico subyace su estrecha relación con conceptos estructurantes de la disciplina: la causalidad y la identificación de las continuidades y rupturas, o cambios y permanencias.

Esto supone superar la idea de la explicación monocausal incorporando el concepto de multicausalidad o multifactorialidad, esto es, tener en cuenta que en la explicación histórica concurren una serie de elementos, factores y aspectos de diferente índole, que en una compleja trama de relaciones constituyen las causas que motivan o producen ciertos y determinados acontecimientos y transformaciones en el devenir histórico. Supone también reconocer que esos cambios no son uniformes, que no impactan con la misma intensidad en todos los ámbitos ni en todas las esferas de la vida social, que mientras hay alteraciones visibles en algunos campos, se refuerzan continuidades en otros.

A ese respecto, un ejemplo fundamental es el análisis del fin del mundo antiguo, con sus continuidades y rupturas, al que ya hemos hecho referencia. La caída del Imperio Romano de Occidente –la gran ruptura político-administrativa acompañada de la disgregación territorial– es sólo un aspecto de un problema mucho más complejo, un proceso de larga duración para cuya comprensión necesitamos plantear los diferentes niveles temporales y construir explicaciones multicausales.

6.2. Algunas líneas y puntos de referencia para orientarnos en el tiempo

Precisar el comienzo de las civilizaciones “antiguas” llevaría a la discusión de los límites entre “Prehistoria” e “Historia”, una oposición esquemática e imprecisa.

Hoy queda claro que el criterio tradicional –la aparición de documentos escritos– resulta insuficiente. En todo caso, sabemos que la escritura (un sistema de signos de compleja elaboración) es parte de un conjunto de transformaciones, preparadas y operadas a través de un proceso, que hacen a la emergencia de la civilización dentro de la cual aquella cobra sentido.

Al respecto, las más relevantes son:

- un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y de la organización de la producción;
- la complejización de las relaciones sociales y de la división social del trabajo;
- la emergencia de la vida urbana, del estado y de una religión asociada –de diversas maneras– al poder;

- la aparición de una arquitectura monumental, un arte y una escritura simbólicamente vinculados al poder político y/o religioso y puestos a su servicio.

En tanto que hablamos de un proceso, resulta imposible apelar a fechas puntuales para delimitarlo; en cambio tenemos que referirnos a grandes bloques temporales, sobre todo cuanto más nos alejemos en el tiempo.

A partir de estas consideraciones, podemos señalar algunos hitos cronológicos significativos en el área del Mediterráneo Oriental:

- hacia el 2000 a.C., el comienzo del período palacial –y por tanto, de la civilización– en Creta;
- hacia el 1600 a.C., la emergencia de la civilización micénica hasta su derrumbe, c. 1200-1100 a.C.;
- c. 1200 a 800 a.C., la llamada Edad Oscura;
- c. VIII al IV a.C., el proceso de la polis griega: desde su emergencia hasta su agotamiento como marco de la vida social;
- desde las últimas décadas del S. IV, la etapa helenística, iniciada con las conquistas de Filipo y Alejandro de Macedonia, seguida de la expansión del imperio hacia el oriente asiático y su posterior fragmentación territorial, la formación de los reinos helenísticos, hasta la conquista de cada uno de éstos por los romanos (S. III, II y I a.C.)

En cuanto al área del Mediterráneo occidental, su eje conductor más claramente identificable se estructura en torno a la Historia de Roma y de su Imperio.

La que luego llegó a ser la más poderosa ciudad del mundo antiguo, tuvo comienzos extremadamente modestos: fue apenas uno de los muchos centros poblados que la arqueología del S. XX ha identificado como pertenecientes a la cultura lacial.

Las primeras aldeas de pastores se asentaron en el Palatino, una de las colinas del Lacio, junto al Tíber, hacia el S. X a.C.

Desde ellas nació el proceso –muy discutido en cuanto a sus modalidades– que llevaría a la ocupación de la llanura circundante y a la emergencia de la ciudad romana y de la monarquía en el S. VIII a.C.

La presencia de los etruscos –tanto al norte, en la Toscana, como al sur del Lacio– no sería ajena a la conformación misma de la ciudad ni tampoco a las posteriores luchas por el control de la llanura, de su entorno y de los caminos que enlazaban, por el oeste, el centro-norte de la península itálica con las *po/eis* griegas de la Magna Grecia.

Tradicionalmente, la historia de Roma ha sido dividida cronológicamente en tres etapas, establecidas a partir de la concepción de los “hechos creadores de época” y de un criterio político-institucional.

A pesar de la insuficiencia de este esquema para una comprensión profunda de los procesos históricos, mencionamos esas etapas a efectos meramente ilustrativos y referenciales:

- La Monarquía: desde el 753 a.C. –supuesta fecha de la fundación de Roma por Rómulo en el Palatino– hasta el derrocamiento de Tarquino el Soberbio, el último rey.
- La República: desde el 509 a.C. (fecha dudosa, fijada por la tradición que simplifica un proceso más complejo) hasta el triunfo de Octavio (luego llamado Augusto) en Actium.
- El Imperio: desde el 31 a.C. hasta el 476 d.C., en que el último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, fue derrocado por una banda bárbara.

Todo el proceso institucional romano está estrechamente ligado a la guerra de conquista y a la consecuente expansión territorial sobre el mundo mediterráneo hasta alcanzar los límites de lo que posibilitaban los medios de control que poseía la Antigüedad, y al posterior reflujo y disgregación, cuando la dominación se hizo insostenible.

A lo largo del tiempo, se identifican dos grandes procesos expansivos que contribuyen a “construir el espacio común” de las sociedades mediterráneas:

- La conquista greco-macedónica, que –a partir del área propiamente griega– afecta a los territorios ribereños de la cuenca oriental del Mediterráneo, ensanchados hacia el sur, sudeste y este, hasta llegar (aunque menos profundamente) mucho más allá, a la Mesopotamia y el Irán, atravesar las grandes cordilleras asiáticas y alcanzar el valle del Indo.
- La conquista romana, que en un largo proceso de alrededor de ocho siglos, avanza desde las primeras aldeas a la ocupación de la llanura del Lacio y de la península itálica; continúa obteniendo, desde fines de la era republicana, la dominación de ambas cuencas mediterráneas y la absorción de los reinos helenísticos, para seguir hacia la Europa atlántica, alcanzar Britania, el Rin, el Danubio, el Mar Negro, el Éufrates, el borde de los grandes desiertos en Siria y en el Sahara.

La problemática de la periodización también plantea dificultades para señalar el fin del mundo antiguo.

El tránsito desde el mundo antiguo al medieval es una cuestión que ha inquietado largamente a los historiadores y que ha dado lugar a grandes polémicas en diferentes épocas, polémicas siempre vinculadas a las circunstancias del tiempo vivido por quienes han intervenido en ellas. Son discusiones que suscitan grandes interrogantes y que ponen en juego –entre otras cuestiones– la concepción que se tenga de la historia como disciplina y también la postura del historiador frente a la problemática del pasado y a la de su propio presente.

Desde un enfoque social y procesual, la vieja concepción de los acontecimientos creadores de época no tiene ya valor, justamente porque atiende sólo al plano

meramente fáctico, acontecimental: el hecho inscripto en el tiempo breve, la acción de individuos a los que se supone capaces de torcer totalmente la marcha de la historia. Así, como ya se ha señalado, se pensó –entre otras posibilidades– que la caída del último emperador del Imperio Romano de Occidente (476 d.C.) habría indicado el fin del mundo antiguo.

Hoy sabemos que las cosas no son tan simples. Por una parte, la profundización de las diferencias entre Oriente y Occidente y el derrumbe de la estructura política, administrativa y territorial del Imperio, fueron productos de un proceso de larga duración que se venía desarrollando al menos desde el S. III. Por otra, pensar como factores explicativos sólo a las cuestiones de tipo político o militar, implica dejar fuera del análisis histórico a las estructuras económico-sociales, a las diferencias regionales y a los procesos culturales vinculados al conjunto de la sociedad.

Dos importantes herramientas conceptuales permiten comprender mejor la cuestión:

- El concepto de “transición” entre dos modos de producción (el esclavista y el feudal), aportado por el materialismo histórico, identifica una larga etapa durante la cual se van transformando y desapareciendo las relaciones sociales de producción esclavistas mientras se van instalando otras de diferente índole hasta que, en torno al año 1000, se definen las relaciones de tipo feudal como dominantes.

- El concepto de “Antigüedad Tardía”, introducido en la historiografía del S. XX por dos historiadores italianos: Arnaldo Momigliano (1908-1987) y Santo Mazzarino (1919-1987) y más recientemente utilizada por el irlandés Peter Brown. Como categoría de análisis adquiere un gran valor heurístico para el estudio de una compleja etapa de larga duración –aproximadamente entre los siglos III y VIII– en cuya problemática sociocultural se detectan continuidades y rupturas. Tanto Mazzarino como Momigliano:

“[...] posicionan el estudio del cristianismo en el eje Iglesia-sociedad, manifestando una acentuada preocupación por el desarrollo de las relaciones de poder eclesiales frente a la política tardoimperial”. La Antigüedad Tardía no sería una época de crisis de los valores del mundo antiguo, sino “[...] el momento en que emergen aquellos factores económicos, sociales, políticos y religiosos en una dialéctica constante entre continuidad y cambio, que van configurando las estructuras materiales y simbólicas del siguiente período medieval [...].” (Zurutuza,1996:41-42)

7. El materialismo histórico y la historia de la Antigüedad

No resulta posible consignar en este trabajo todas las influencias que el materialismo histórico ha ejercido sobre el análisis de lo social en general, ni los grandes

debates que ello ha generado en la disciplina histórica, acerca de lo cual existe abundante bibliografía.

Cabe señalar que el interés central de Carlos Marx²⁵ estuvo dirigido al análisis crítico del proceso de construcción del modo de producción capitalista y de sus contradicciones internas. Su propósito era no sólo teórico, sino también pragmático y militante: el pensamiento no debía proponerse solamente comprender el mundo, sino transformarlo, lo que en su caso significaba involucrarse en las luchas sociales y políticas por la construcción del socialismo.

Por ello los planteos sobre las sociedades precapitalistas ocupan sólo un lugar relativamente marginal en su obra y en general, corresponden a sus trabajos de juventud. El texto más importante al respecto –las *Formaciones económicas precapitalistas*, las *Formen*– es muy breve y constituye una parte de los Elementos fundamentales para la *Crítica a la economía política* o *Grundrisse*, obra escrita en 1857-58 y publicada mucho tiempo después de la muerte de su autor.

Concibió a la Historia como un proceso construido dialécticamente. A partir de una comunidad primitiva, se habrían sucedido modos de producción –antiguo o esclavista, feudal, capitalista– cada uno de los cuales queda definido por las relaciones sociales de producción que constituyen su base, proceso que debería culminar en el establecimiento del comunismo. Las contradicciones intrínsecas a la sociedad estarían obrando como el motor de la Historia: cuando las fuerzas productivas materiales entraran en contradicción con las relaciones sociales de producción, se estaría abriendo una época de revolución social.

El “Modo de Producción” es un concepto analítico que:

“[...] abarca dos componentes fundamentales: las ‘fuerzas productivas’ –los propios hombres, considerados como fuerza de trabajo, y los medios de producción que emplean– y las ‘relaciones de producción’. Éstas son las relaciones que surgen [...] en el contacto entre los hombres que, de un modo u otro, intervienen en el proceso productivo. Las más importantes son las de propiedad, que determinan quién puede disponer de los medios de producción y que a su vez tienen una influencia decisiva sobre un segundo género de relaciones: las que fijan la apropiación de los resultados que crea el trabajo.

Entre estos dos componentes básicos existe una estrecha correspondencia: el grado de desarrollo de las fuerzas productivas debe coincidir con la naturaleza de las relaciones de producción; si aparece un desfase, si las fuerzas productivas avanzan y se transforman mientras las relaciones correspondientes se mantienen estáticas, surge una contradicción que acabará produciendo un conflicto. Como dice el propio Marx: ‘De formas de desarrollo de las fuerzas productivas que eran, estas relaciones se han convertido en obstáculos para ellas. Se abre entonces una época de revolución social’.” (Fontana, 1975:118-128).

La sucesión antes mencionada fue establecida a partir de las líneas de evolución del Occidente europeo y sólo ocasionalmente se manifestó en Marx una atención hacia sociedades no europeas.²⁶

En esta perspectiva es importante no confundir “modo de producción” –una categoría que opera como modelo analítico– con “formación social”, concepto que se refiere a cada una de las sociedades históricamente existentes, y que permite dar cuenta de la variedad de los procesos concretos.

El paso de un modo de producción a otro estaría dado por etapas de “transición”, durante las cuales coexistirían las nuevas relaciones sociales que se van creando, con las propias del estadio anterior, que no habrían terminado de destruirse. Habría pues, según el momento del proceso, un modo de producción dominante y otro secundario.

Marx estudió especialmente la transición del modo de producción feudal al capitalista, y se involucró personalmente en la lucha por el socialismo, concebido como prólogo a una futura sociedad comunista. Su interés en el mundo antiguo grecorromano fue motivado sobre todo en tanto que formaba parte de aquel proceso histórico.

En Grecia y Roma antiguas identificó al que denominó “modo de producción antiguo”.²⁷ Según su planteo, la ciudad con su territorio adyacente es el todo económico y constituye el centro de la población rural; la tierra, la superficie cultivada, aparece como el territorio de la ciudad.

La comunidad, formada por grupos de parentesco, se basa en el hecho de que sus miembros son propietarios de tierra: pequeños campesinos cultivadores, cuya independencia reside en su relación mutua como miembros de esa comunidad, en la protección del *ager publicus*, la tierra común, separada de la propiedad privada.

Para la defensa, la comunidad se organiza como fuerza militar: la guerra, que permite conservar y adquirir la propiedad, es una de las condiciones de su existencia como conjunto de propietarios libres e iguales. Surgen así condiciones para la aparición del Estado, que es la relación entre aquellos, su unión contra el mundo exterior y al mismo tiempo su protección.

Ser miembro de la comunidad sigue siendo la condición previa para la apropiación de tierra, pero cada miembro es un propietario privado a la vez que miembro del Estado.

Cuando queda construida la ciudad de Roma y sus tierras circundantes cultivadas por los ciudadanos, las condiciones de la comunidad son diferentes: antes, el objeto de la comunidad había sido la producción de los individuos que la constituían como propietarios. Pero cuando el aumento de población exige ampliar la cantidad de tierra que posee cada individuo, se desarrollan las guerras de conquista, que producen la captura del hombre mismo junto con la tierra y conducen a la esclavitud –una de las condiciones de la producción– y al surgimiento de los patricios,

de modo que la conservación de la comunidad antigua implica la destrucción de las condiciones en que se basa y se convierte en su opuesto.

“Donde los miembros de la comunidad han adquirido ya, como propietarios privados, existencia separada de su existencia colectiva como comunidad urbana y propietarios del territorio urbano, surgen condiciones que permiten que el individuo pierda su propiedad, o sea, la doble relación que hace de él, al mismo tiempo, un ciudadano con igual situación social, un miembro de la comunidad y un propietario [...] La esclavitud [...] es siempre secundaria, nunca primaria, aunque constituya el necesario y lógico resultado de la propiedad basada en la comunidad y en el trabajo de la comunidad” (Marx, 1973) .

Es decir, que en el seno del modo de producción antiguo se gestaría el modo de producción esclavista, en el cual quedaría subsumido.

La transición desde el esclavismo antiguo, un largo proceso de destrucción y de construcción de nuevas relaciones sociales de producción –apenas esbozado– llevaría a la sociedad feudal.

Después de la muerte de Marx y Engels, las corrientes “revisionistas” –tanto desde la vertiente economicista como desde la científicista– se alejaron del pensamiento de los fundadores y lo privaron de su riqueza original.

Cuando posteriormente a la Revolución de 1917 el materialismo histórico se transformó en una doctrina vinculada directamente a la legitimación del estado soviético y del accionar del partido único, sus interpretaciones formaron parte de una doctrina oficial y dogmática. Algunas afirmaciones contribuyeron a distorsionar la interpretación de fenómenos históricos, como la errónea identificación del mundo micénico con un supuesto caso de modo de producción esclavista; otras fueron manipuladas al servicio de intereses políticos.

Uno de los ejemplos más toscos lo constituye la “Teoría de los cinco estadios” – hoy totalmente desacreditada– concepción del proceso histórico formulada en la época del “stalinismo”, que formó parte de la doctrina oficial vigente en la entonces Unión Soviética.

7.1. Algunos aportes y problemas

El concepto de “clase social” –que surge de análisis efectuados por Marx sobre la sociedad inglesa o francesa de mediados del S. XIX, en plena época de las luchas político-sociales de la revolución industrial– es un importante aporte teórico al análisis histórico.

No obstante, su utilización para el mundo antiguo plantea una serie de dificultades

des para no caer en anacronismos, dado que nos enfrentamos con épocas en que los criterios de pertenencia de los seres humanos a cada uno de los sectores identificables de la sociedad eran otros y los conflictos entre aquellos se daban en otros términos.

En el caso específico de los esclavos, resulta particularmente problemático considerarlos una “clase”, dada su peculiar inserción en la sociedad antigua. Por otra parte, sabemos hoy que las palabras griegas o latinas (*doulos*, *servus*) equivalentes a esclavo, encierran diversas significaciones según las épocas y el contexto en el que se utilicen. Tampoco es posible hoy –dado el avance del conocimiento histórico– suponer que el esclavismo se haya dado en todas las áreas del mundo grecorromano. Nos extenderemos en esta cuestión al tratar la problemática de su abordaje.

En cuanto al concepto de “revolución social”, es sumamente discutible que pueda ser utilizado válidamente en nuestra área de trabajo y podría llevar a notables distorsiones en la interpretación histórica.

El proceso de transición del esclavismo al feudalismo –la otra transición– ha sido objeto de análisis mucho más recientes, realizados después de mediados del S. XX por científicos sociales e historiadores profesionales que emplean al materialismo histórico como metodología de análisis. Citamos al respecto a Perry Anderson (1995), dentro de la corriente crítica del marxismo inglés y en el campo de la historiografía francesa, a Pierre Dockés y Pierre Bonnassie (1993). No obstante, un análisis completo de ese proceso excedería los límites de este trabajo y tocaría temáticas de la materia Sociedades Medievales, que estudia el proceso de formación y desestructuración del sistema feudal. Además nos llevaría a hacer centro en un espacio geográfico un poco diferente, cuyo eje se desplaza hacia el norte y el oeste del antiguo mundo mediterráneo.

La sociedad antigua es observada por Anderson desde lo que denomina “*la base social de la relación entre ciudad y campo que se estableció en su interior*”. Considera que “*la Antigüedad constituyó un universo centrado en las ciudades [...] La filosofía, la ciencia, la poesía, la historia, la arquitectura, la escultura, el derecho, la administración, la moneda, los impuestos, el sufragio, los debates, el alistamiento militar: todo eso surgió y se desarrolló hasta unos niveles de fuerza y de complejidad inigualados*”. Pero lo importante es que al mismo tiempo esto constituyó “*un friso de civilización ciudadana*”, una suerte de fachada, dado que “*tras esa cultura y ese sistema político urbanos no existía ninguna economía urbana que pudiera medirse con ellos. Al contrario, la riqueza material que sostenía su vitalidad intelectual y cívica procedía en su inmensa mayoría del campo*”. El trabajo agrícola estaba sostenido mayoritariamente por el modo de producción esclavista, “*[...] la invención decisiva del mundo grecorromano y lo que proporcionó la base última tanto de sus realizaciones como de su eclipse*”.

Este punto de vista le permite abordar su estudio desde la dimensión de las relaciones sociales y económicas que ubica en un nivel de profundidad mayor que el de las políticas o institucionales. Al mismo tiempo le posibilita establecer relaciones entre unas y otras, considerando la complejidad de las contradicciones internas como el motor de los cambios sociales que se expresan luego en el orden político-institucional y en las manifestaciones culturales en general. Así, para Anderson “[...] *el solsticio de la cultura urbana clásica siempre presenció también el cenit de la esclavitud, y la decadencia de la primera [...] se caracterizó invariablemente por la reducción de la segunda*” (Anderson, 1995:10-22).²⁸

8. Los estudios históricos contemporáneos en el área específica de las sociedades antiguas nacidas en torno al Mar Mediterráneo

Desde el último tercio del S. XIX, el auge de la arqueología en el área mediterránea –ya reseñado– ha llevado a trasladar muchos siglos hacia atrás el comienzo de la historia del mundo griego.

En el caso de la sociedad micénica, las tablillas en Lineal B –que habían sido halladas por los arqueólogos en los archivos palaciales– fueron descifradas en 1952 por Chadwick y Ventries, lo que puso a la luz toda una organización del poder y de la sociedad diferentes a lo entonces conocido en el área y permitió detectar en un remoto pasado múltiples intercambios con el Cercano Oriente.

Ello llevó también a situar diferentemente en el tiempo y leer de otra manera a las más antiguas fuentes literarias, tales como los poemas homéricos.

Otro tanto se podría señalar al respecto del caso romano: las excavaciones en el Lacio y en otras áreas de la Península Itálica, mostraron, entre otras cosas, unos tiempos “primitivos” mucho más complejos que lo que se había pensado hasta el S. XIX.

La tradición romana está muy vinculada a los registros histórico-literarios del patriciado y de los hombres que ejercieron directamente el poder en la Roma republicana e imperial. La arqueología y la crítica de esa tradición literaria contribuyeron a problematizar la historia del mundo romano, y a “despegarse” de lecturas casi literales de los relatos míticos de la Roma primitiva, en los que cronistas e historiadores habían creído identificar el pasado remoto de la *Urbs*, interpretación condicionada por la necesidad de legitimar el poder en la República tardía o en el Principado de Augusto.

La relectura crítica de los textos griegos y latinos tradicionalmente considerados fuentes para la historia, está también vinculada en nuestros días con los avances de los estudios lingüísticos y el análisis del discurso historiográfico. Ya no se buscan tanto las referencias a los “hechos reales”, sino las significaciones de esos textos y las

representaciones simbólicas generadas, puestas en circulación y transmitidas como memoria histórica en el seno de la sociedad que los produjo. Cobran interés las relecturas y apropiaciones realizadas por esa misma sociedad en sucesivas etapas, así como su recepción por otras sociedades que le sucedieron en el tiempo.

Ya en el S. XX, los avances en el estudio de los mitos, analizados desde la antropología y desde los estudios socioculturales, han llevado a su relectura y a situarlos en relación con la sociedad que los elaboró, que los conservó en su memoria colectiva y que recurrió a ellos en el transcurso de su proceso histórico. Un ejemplo lo constituyen los mitos fundacionales, como el relato de los orígenes de Roma.

La mirada antropológica sobre aquel pasado, descubre en él muchos rasgos “primitivos”, casi “salvajes”, opuestos o diferentes de los arquetipos clásicos, como se advierte en los estudios sobre la *agogé* espartana o los análisis realizados por Jean-Pierre Vernant y Pierre Vidal-Naquet.²⁹

Para el caso romano, también son relevantes las investigaciones de los mitos indoeuropeos realizadas por Georges Dumézil y sus análisis comparativos entre los romanos y los de la antigua India.

La obra de Moses Finley³⁰ está más ligada a la influencia de la Sociología, especialmente al pensamiento de Max Weber.³¹ Dada su incidencia en la investigación y en el replanteo de los estudios sobre el mundo antiguo, nos referiremos más específicamente a aquella.

Desde un ángulo de observación que lleva a un planteo interdisciplinario, dirá Karl Polanyi que la economía en el mundo antiguo está “integrada”, “engastada” en la sociedad y no puede ser percibida –no la percibieron los antiguos– como una esfera relativamente autónoma, despejada del conjunto social, como sería vista mucho más tarde en tiempos del capitalismo.

Ante las conmociones sociales y políticas que han caracterizado gran parte del S. XX, la conflictividad social –escondida detrás de la categoría del *polités* o del ciudadano romano– se convierte en objeto de indagación. La discusión sobre los alcances y limitaciones del uso del concepto de clase social en el mundo antiguo es parte de esta problemática.

El fenómeno de la esclavitud (despreciado por los escritores clásicos y desestimado por los historiadores modernos hasta bien entrado el S. XX) se constituye en un tema ineludible. El análisis se hace más fino, se definen más precisamente los conceptos y categorías de trabajo, y se descubre –a través del estudio del lenguaje de los textos antiguos– la existencia de diferentes formas de sujeción personal y de trabajo dependiente, esclavistas y no esclavistas. Es especialmente sugerente el aporte realizado por Finley (1982; 1984).³² También se han ocupado de ello los historiadores vinculados a corrientes estructuralistas y al materialismo histórico.

Se van delineando nuevas imágenes del antiguo mundo mediterráneo:

- Los tiempos clásicos son sólo períodos más o menos breves, más complejos que lo que se había pensado hasta entonces, que encierran contradicciones que los someten a la inestabilidad; mientras tanto, se revaloriza el interés historiográfico por las etapas arcaicas y las épocas de crisis, tales como el S. IV en el mundo griego, o las finales del Imperio Romano.
- Se avanza en la percepción de las diversidades regionales, mucho tiempo opacadas bajo los marcos político-administrativos que expresan la unidad imperial.
- Se perciben otras diversidades y alteridades, vinculadas a los sectores subalternos o marginales de la sociedad, que se intentan rastrear más allá de los testimonios surgidos predominantemente de los miembros de los sectores dirigentes.

8.1. Algunos aportes de Moses Finley

Finley llegó a esta área de estudios no desde las letras clásicas y la filología – como era entonces habitual– sino desde una sólida formación profesional como historiador. Su intensa participación en los ámbitos de debate de los años '30 –en gran medida fuera de las aulas universitarias– le permitió sus primeros contactos con la sociología de Max Weber, con la obra de Carlos Marx y con la de historiadores como Henri Pirenne y Marc Bloch, autores entonces ajenos al interés de la mayor parte de los especialistas en el mundo antiguo grecorromano.

Ya graduado, colaboró en Columbia con el Instituto de la Investigación Social (de la Escuela de Frankfurt), dirigido por Max Horkheimer, cuyos miembros habían emigrado desde la Alemania nazi. Esta tarea lo acercó a la tradición de la izquierda alemana y a debates entonces poco corrientes entre historiadores, relacionados con la filosofía de la historia, la metodología de la investigación y los conceptos instrumentales para el análisis histórico.

En el difícil contexto de la crisis de los años '30 y de los conflictos político-sociales conexos, compartió algunos principios fundamentales del pensamiento del Instituto, entre ellos:

- la sociedad vista como un todo interrelacionado, con estrechas conexiones entre las relaciones económicas y sociales, y las expresiones ideológico-culturales;
- el rechazo de las posiciones ortodoxas del marxismo dogmático y de su concepción simplista de la relación entre las bases materiales y la “superestructura” ideológica;
- el análisis holístico de la sociedad, a través de un acercamiento interdisciplinario;
- el compromiso del intelectual con la acción, capaz de producir cambios en la sociedad.

Después de la segunda guerra mundial, se hace notable en su análisis social la influencia de Max Weber. Así rechaza la concepción marxista de “clase” y en su lugar da prioridad a los conceptos de “orden” y “status”. En lo metodológico, utiliza el “tipo ideal” como herramienta, acompañándolo de una abundante ejemplificación histórica, en una línea de análisis que le lleva a vincular lo típico con lo particular. Así por ejemplo, retoma el concepto de “ciudad antigua” (que Weber había caracterizado como “ciudad de consumo”, claramente diferenciada de la ciudad medieval y de la ciudad industrial). Lo coloca en el marco significativo de la economía de la Antigüedad y lo transforma en un instrumento de análisis que permite aproximarse a las especificidades del mundo grecorromano (Finley, 1984).

Una problemática central en su labor de investigación y renovación de los estudios históricos fue la economía de la Antigüedad, a la que entendió como una cuestión fundamentalmente social. El concepto de la economía “engastada”, fijada en lo social –propio del planteo de Karl Polanyi– es especialmente notable en sus consideraciones sobre el mundo homérico, pero está presente en todo su análisis del mundo grecorromano. La influencia creciente de su obra *La economía de la Antigüedad* permitió, a fines de los '70 y durante los '80, introducir como temas de investigación de un importante grupo de los historiadores del área, a aquellas cuestiones que él venía planteando desde mucho antes (Finley, 1982; 2003)

Sus trabajos historiográficos muestran un preciso conocimiento y manejo crítico de las fuentes antiguas, tanto las arqueológicas como las literarias en el más amplio sentido. Los planteos trascienden el mero dato y buscan hacer luz tanto sobre la cuestión particular que está analizando, como sobre la problemática del abordaje de la sociedad que estudia, concebida como una totalidad. Rastrea en sus múltiples vinculaciones, la producción y distribución de los bienes, las relaciones sociales y el poder en sus diversas manifestaciones institucionales. La cultura es entendida como parte de ese conjunto, y como una entidad de naturaleza ella misma, histórica, ligada a su tiempo. En el análisis de las fuentes literarias, detecta distintas formas de manipulación ideológica y control social que ellas encierran.

Entre otras temáticas de su obra señalamos también la civilización micénica y su “economía de palacio”; los tiempos homéricos; la revalorización de las etapas arcaicas; la comunidad cívica, el poder y la política en la ciudad-estado griega y romana; el problema de la esclavitud y de otras formas de trabajo dependiente en el mundo antiguo.

No prestó ninguna atención, en cambio, al campo de los estudios del género que se estaba abriendo entre los historiadores hacia la década del '70; más aún: las mujeres como colectivo social están casi ausentes de su obra.

Notas

1. Esa admiración por la Antigüedad estuvo orientada especialmente hacia los restos artísticos romanos, muy numerosos en Italia, y a la restitución de los manuscritos de las obras literarias latinas. El estudio de los manuscritos en griego fue un poco más tardío.

2. J.J. Winckelmann (1717-1768) fue uno de los precursores de la arqueología y de la historia del arte. Según sus ideas estéticas, en el arte grecorromano se manifestaría un ideal de Belleza universal e inmutable, caracterizado por la medida, la serenidad y el equilibrio. Esta concepción –vinculada a una filosofía esencialista– descansa sobre un preconceito ideológico: la existencia de modelos estéticos estáticos, contruidos de una vez para siempre, considerados paradigmas a partir de los cuales juzgar otras realizaciones artísticas. De esta manera, no se asume la realidad del cambio histórico ni se comprende el arte en relación con su referente social y temporal. Esos supuestos, afirmados en la tradición del pensamiento alemán de fines del S. XIX y de la primera parte del S. XX, formaron parte de una concepción totalizante de la realidad, y contribuyeron a respaldar proyectos conservadores e inclusive reaccionarios en lo político-social.

3. Las primeras excavaciones en Pompeya fueron realizadas entre 1748 y 1763 por un ingeniero al servicio del rey de Nápoles, Carlos VII de Borbón (más tarde Carlos III de España); pero su investigación sistemática comenzó recién a partir de 1860 y aún hoy no ha concluido.

4. El entusiasmo por el arte clásico derivó –en numerosos casos– hacia diferentes modalidades de saqueo de los tesoros artísticos. Para citar sólo un ejemplo, a comienzos del S. XIX se hizo famoso el caso de Lord Elgin, el embajador in-

glés que obtuvo del gobierno otomano la autorización para retirar y llevar a Londres –como recuerdos personales– numerosas esculturas del Partenón, inclusive los frisos de Fidias, así como bajorrelieves y frisos del templo de Atenea Niké en la Acrópolis de Atenas. Todos ellos fueron luego vendidos al British Museum, donde permanecen actualmente a pesar de los reclamos del gobierno griego.

5. Los debates que las opusieron en el S. XIX, tuvieron como trasfondo la discusión acerca de la naturaleza de la interpretación en historia, en particular la relación que se establece entre los hechos y el sentido. En el S. XX, los avances de la lingüística y la evolución de ambas disciplinas, han modificado el panorama.

Actualmente, la labor hermenéutica ya no es reconstruir el sentido original de una obra individual “[...] sino comprender la ‘historia’ del sentido (la tradición en que las obras son producidas y recibidas) la que se impone al intérprete”. Una tendencia común a las investigaciones históricas y filológicas es la de “[...] reinterpretar la construcción sintética que es el hecho histórico [...] como restitución de una realidad preexistente, convirtiéndose el hecho histórico o bien en testimonio de una estructura de sentido dado, o bien en elemento de una sucesión causal. Una filología que mantiene la comprensión del sentido de las obras como individualidad [...] no puede considerar tal operación más que una etapa metodológica necesaria y no como el redescubrimiento de una realidad primera” (cfr.: Judet de la Combe, “Filología e Historia”, en: Burguière, 2005:302-306).

6. Theodor Mommsen (1817-1903), historiador y político alemán, seguidor de la escuela de Leopold

von Ranke (1795-1886) en el planteo de pretender referirse a los hechos históricos “*tal como sucedieron*” y de utilizar la metodología crítico-filológica para el análisis, la recopilación y la publicación de fuentes. Se especializó en la historia de Roma, tema de su principal obra, la *Römische Geschichte* (1854-85), por la cual obtuvo en 1902 el Premio Nóbel de Literatura. Tuvo una importante participación en la recopilación de fuentes para la investigación histórica, como director del *Corpus Inscriptionum Latinarum* y colaborador en la edición de los *Monumenta Germaniae Historica*, correspondientes a los tiempos medievales.

7. Ver: “La construcción historiográfica del Cercano Oriente antiguo”, de Nélica Diburzi y Fabiana Alonso, en este mismo Tomo.

8. Etnología es la denominación más usada por antropólogos franceses para referirse a la Antropología.

9. Vernant asumió un fuerte compromiso como intelectual frente a la sociedad, que no sólo se planteó en términos académicos, sino que también se volcó a la práctica política aunque diferenciando claramente ambos campos. Al respecto, ver Vernant, P. (2002), *Entre mito y política*, México, FCE.

10. Pierre Vidal-Naquet (1930-2006). Historiador francés que ha realizado importantes aportes a la renovación de los estudios de la Antigüedad griega. La experiencia de su adolescencia –la detención y ejecución de sus padres en Auschwitz– pesó en su compromiso público, en la denuncia contra la guerra de Argel y la tortura, así como contra los intentos de negar el exterminio en los campos de concentración. En lo académico son muy importantes sus trabajos con Vernant.

11. Heinrich Schliemann (1822-1890). Arqueó-

logo alemán autodidacta. Se instaló en Grecia a partir de 1868, con el propósito de ubicar los sitios descriptos en los poemas homéricos. Destinó a esa tarea la considerable fortuna obtenida con anterioridad en el comercio. Realizó excavaciones en Hissarlik, presunto emplazamiento de Troya (1870), Micenas (1874), Orcómeno (1880), Tirinto (1884). Cometió diversos errores en la metodología de trabajo y en la interpretación de los testimonios arqueológicos, en los que su torpeza produjo destrucciones irreparables, a pesar de lo cual su labor abrió caminos a la arqueología y fue especialmente valiosa para el conocimiento de la sociedad micénica.

12. Wilhelm Dörpfeld. Arquitecto alemán y colaborador de Schliemann, continuó desde 1893 las excavaciones iniciadas por aquél. Identificó nueve niveles en la estratigrafía del sitio arqueológico y planteó una interpretación diferente en cuanto a la identificación entre ellos de la Troya homérica.

13. Arthur Evans (1851-1941). Erudito y arqueólogo inglés. Después de haber participado en excavaciones en diversos sitios de Europa, dirigió durante muchos años los trabajos arqueológicos en Cnosos, en los que utilizó su fortuna familiar. No obstante diversas objeciones que se le han hecho –por ejemplo en cuanto a las restauraciones realizadas con criterios muy discutibles– su labor ha sido fundamental para el conocimiento de la sociedad minoica.

14. La Escuela Francesa de Atenas, dirigida por Théophile Homolle, se encargó de la excavación –entre 1892 a 1903– del sitio arqueológico de Delfos, uno de los más ricos de Grecia.

15. Ernst Curtius (1814-1896). Historiador y erudito alemán. Publicó muchos estudios sobre la civilización griega y particularmente una *Historia*

de Grecia, muy renombrada aun después de su tiempo. Inició las excavaciones arqueológicas en Olimpia (1875-1881).

16. Entre otros, los trabajos de Carl Humann, ingeniero de profesión, quien desenterró el altar de Pérgamo y lo trasladó al Museo de Berlín.

17. Carl Blegen. Arqueólogo estadounidense, que trabajó en Hissarlik a partir de 1932, utilizando criterios y metodología rigurosamente científicos y profesionales. Avanzó en el análisis de los niveles estratigráficos e intentó nuevamente identificar la Troya homérica.

18. Manfred Korfmann. Arqueólogo alemán, director de un equipo internacional de investigadores, que hacia finales del S. XX, apoyado por tecnología de alto nivel, encaró la investigación arqueológica en Hissarlik, enfocándola no a partir de la Ilíada, sino desde el punto de vista de la Prehistoria, en un área de cruce de culturas.

19. Señala Finley que al avanzar en el análisis del proceso histórico antiguo “[...] *aparecerán variaciones más importantes junto a continuidades sustanciales, que se harán más evidentes y significativas gracias a la comparación grecorromana, que si se estrechase el campo de observación a una u otra*” (Finley, 1986:24-38).

20. Ver crítica al concepto de “romanas” en Zurutuza (1992).

21. Cabe objetar el criterio de la traducción que usa el calificativo “indígena” para señalar a los fenómenos socioculturales propios de las diversas regiones del Imperio.

22. Sugerimos observar especialmente los mapas que representan el proceso –a la vez histórico y espacial– de la conquista y la expansión territorial romanas.

23. Fernand Braudel (1902-1985), historiador

francés, que sucedió a Lucien Febvre en la dirección de la Escuela de los Annales y en la orientación de la revista (1956-1968). Desarrolló una notable carrera académica en el Collège de France y en la École Pratique des Hautes Études de París.

Su obra principal es *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II), su tesis doctoral, en la cual plantea los diferentes niveles del tiempo histórico.

24. Para una reseña crítica ver Fontana, 1982: 202-211). Para una explicación accesible de la problemática del tiempo ver Trepát; Comes, (1998). Para precisar los conceptos de estructura y coyuntura ver Vilar, (1980).

25. Carlos Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895) fueron los fundadores del materialismo histórico.

26. En el “Prefacio” a la *Crítica de la economía política* (1859), Marx bosquejó lo que denominó “modo de producción asiático”, categoría que ha dado lugar a numerosas discusiones. Por otra parte, no precisó todos los modos de producción. En las *Formen* habla de las relaciones del hombre con la tierra, a la que llama “el gran laboratorio” que proporciona los medios y materiales de trabajo y considera que la propiedad adopta diferentes formas, según las condiciones de producción, como las de la comunidad primitiva, las asiáticas o las germánicas, diferenciadas netamente de las griegas y romanas.

27. Marx presta más atención al caso romano que al griego. Al referirse a la antigua Roma, cita a menudo al historiador, filólogo y erudito sueco Barthold Niebuhr (1776-1831), autor de una *Römische Geschichte* (Historia de Roma) publi-

cada entre 1811 y 1832. En sus cursos en la Universidad de Berlín, aplicó el método filológico a su análisis crítico de la historia de Tito Livio, cuya autoridad cuestionó. La obra de Niebuhr, si bien importante en su tiempo, resulta hoy ampliamente superada por la investigación histórica.

28. Para ampliar la información sobre esta corriente en la interpretación del mundo antiguo ver Bourd e y Martín (1992:187-210), Pag s (1983: 269-304).

29. Ya se ha hecho referencia al respecto al plantear el amplio campo de colaboración entre los historiadores y la Antropología, que ha abierto perspectivas antes no exploradas y ha dado lugar a numerosos trabajos. Entre ellos pueden sealarse los estudios de Vernant sobre los mitos (como *El cazador negro. Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego*) y los provenientes de su colaboración con Vidal-Naquet (como *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, en sus dos volúmenes). Resulta especialmente sugerente la obra de Nicole Loraux, a la que nos referiremos al tratar los estudios del género y el valor de los mitos como fuente histórica.

30. Moses Finley (1912-1988): historiador estadounidense especializado en el mundo antiguo

grecorromano, uno de los más notables del área durante el S. XX. Se gradu  en Derecho en la Universidad de Columbia, donde luego se inició como ayudante de investigación en la cátedra de Derecho Romano y se doctor  en Historia. A partir de 1948 ejerció la docencia en la Universidad Rutgers (New Jersey), lo que le permitió participar regularmente del seminario de historia de la economía dictado en Columbia por Karl Polanyi.

Realizó una fructífera tarea en la difusión al gran público de su visión holística y crítica del mundo antiguo. Su interés en cuestiones político-sociales y su concepción de la historia, le valieron ser incluido en la campaña persecutoria desatada por el senador Mc Carthy, por lo cual a partir de 1954 se instaló en Gran Bretaña, donde complet  su carrera académica en la Universidad de Cambridge.

Para mayores referencias acerca de su obra, véase: Morris, I. (1998) "Prólogo", en Finley (2003); Shaw y Saller (1984:11-32).

31. Max Weber (1864-1930): sociólogo alemán, uno de los fundadores de la Sociología como ciencia.

32. Otras referencias al respecto en: Austin y Vidal-Naquet (1986).

III. La “otra” Antigüedad

Al este del mundo mediterráneo se han desarrollado desde muy antiguo otros procesos históricos que se conocen como las civilizaciones del Cercano Oriente. La construcción del conocimiento al respecto ha seguido un proceso diferente, y ha dado como resultado otro objeto de estudio.

1. La construcción historiográfica del Cercano Oriente antiguo. Discusiones en torno a la noción de despotismo oriental

por Néliida Diburzi y Fabiana Alonso

“[...] A partir de Herodoto se afianzó una imagen y un uso de Oriente como lugar geométrico de los elementos de polaridad con respecto al Occidente ‘nuestro’. Es así como se consolidaron los mitos del despotismo oriental (opuesto a la democracia occidental), el inmovilismo tecnológico y cultural (opuesto al progreso acumulativo de las civilizaciones europeas), y la sabiduría oculta y mágica (opuesta a la ciencia laica y racional de los griegos y sus herederos)” (Liverani, 1995:20).

“[...] la negativa de Marx a generalizar, más allá de Europa, el modo de producción feudal, tenía su correlato en la convicción positiva, compartida por Engels, de que existía un específico ‘modo de producción asiático’, característico del Oriente, que le separaba histórica y sociológicamente de Occidente” (Anderson, 1974:498).

Si hoy nos preguntásemos por la especificidad de las sociedades antiguas orientales, en un intento comparativo con la grecorromana en particular, no sería con la finalidad de contraponerlas y menos aún con la de establecer criterios de superioridad. La búsqueda de especificidad no significa homogeneizar la enorme dimensión témporo-espacial y la multiplicidad de pueblos y culturas que recubre la expresión Oriente Próximo antiguo.

¿Cuál es el objeto de estudio que puede delimitarse con la denominación Historia Antigua Oriental? La tradición ha impuesto, desde una perspectiva geográfica, que Oriente es el noreste de África, Siriopalestina, Anatolia, Mesopotamia, la mese-

ta del Irán, India y China; además, ha diferenciado un Cercano y un Lejano Oriente. Queda claro que el punto de referencia es Europa.

Una interesante pregunta es cómo se fue construyendo en Europa la noción de “oriental” o “asiático”.

“Desde Aristóteles (y aquí las guerras greco-persas tuvieron algo que ver... enfrentando a pueblos que en realidad reunían un común origen en las tribus indoeuropeas que se dispersaban en los milenios segundo y primero antes de nuestra era) que en su Política plantea la ecuación servidumbre-despotismo, retomada en las preocupaciones políticas de los siglos XVII y XVIII (Hobbes, Montesquieu), incorporada a los conceptos de la economía política (Adam Smith), la idea del ‘despotismo oriental’ penetra en Hegel y Marx. Marx recoge la herencia transfigurando estos conceptos en la categoría del Modo de Producción Asiático. Su preocupación se centrará en la supervivencia de la ‘comuna oriental’ y luego, frente al avance arrollador del capitalismo, por el problema del quietismo o estancamiento asiático. No podemos dejar de señalar aquí que la consideración del ‘particularismo oriental’ llega a extremos grotescos con Karl Wittfogel [...]” (De Bernardi, 1986-1987:527).

Si bien las discusiones, especialmente intensas en los años '60 y '70, acerca de la sucesión de los modos de producción y del modo de producción asiático en particular, pertenecen más al campo de estudio de la obra de Marx y Engels que al de la Historia Antigua Oriental, creemos que, en la medida en que estos autores heredaron el discurso europeo sobre Asia, es útil la reconstrucción de ese discurso por su impacto en la historiografía.

Hacia el S. XIX era poco lo que los europeos sabían de Oriente. Los canales que habían permitido conservar una memoria sobre el antiguo Oriente eran básicamente el Antiguo Testamento y los autores clásicos. El primero, por su carácter de libro sagrado, gozaba de una autoridad que le confería, sin revisiones, un criterio de verdad.

Por otra parte, también durante mucho tiempo, los autores clásicos, contemporáneos de las civilizaciones orientales tardías, ejercieron su influjo cristalizador de las visiones europeas sobre Oriente. Leemos en la *Política* de Aristóteles:

“Hay pueblos que, arrastrados por una tendencia natural a la servidumbre, inclinación mucho más pronunciada entre los bárbaros que entre los griegos, más entre los asiáticos que entre los europeos, soportan el yugo del despotismo sin pena y sin murmuración, y he aquí que los reinados que pesan sobre estos pueblos son tiránicos, si bien descansan, por otra parte, sobre las bases sólidas de la ley y la sucesión hereditaria.” (Anderson, 1974:47)

Siglos después, Montesquieu tomará de quienes le precedieron ideas sobre los estados asiáticos:

“El principio del gobierno despótico es el temor [...] Todos los hombres son iguales en un Estado republicano; también son iguales en un Estado despótico. En el primero porque lo son todo; en el segundo porque no son nada. [...] Las leyes, las costumbres, los hábitos del Oriente –incluso los más triviales, como la moda del vestir– son hoy idénticos a como eran hace mil años.” (Anderson, 1974:478-479)

En la continuidad de la elaboración de la oposición Oriente-Europa, leemos en Adam Smith:

“De la misma manera en que la economía política de las naciones de la Europa moderna ha sido más favorable a las manufacturas y al comercio exterior, es decir, a la actividad industrial de las ciudades, que a la agricultura, que es la actividad industrial del campo, también ha habido naciones que han seguido un diferente plan y se han mostrado más favorables a la agricultura que a las manufacturas y al comercio exterior. [...] Fueron célebres en la Antigüedad las construcciones llevadas a cabo por los antiguos soberanos de Egipto para la conveniente distribución de las aguas del Nilo, y los restos ruinosos de algunas de esas obras despiertan todavía la admiración de los viajeros.” (Anderson, 1974:481)

En el S. XIX, Hegel escribía: *“El despotismo, desarrollado en proporciones asombrosas [fue en el Oriente] la forma de gobierno estrictamente apropiada al amanecer de la Historia.”* Pensaba, aunque con matices, que esto era válido para Persia, Turquía, India y China, para toda Asia en general. Con respecto a la India sostenía:

“El conjunto de ingresos que corresponde a cada aldea se divide, como ya se ha dicho, en dos partes, de las que una pertenece al rajá y la otra a los cultivadores [...] Estas costumbres son fijas e inmutables no están sujetas a la voluntad de nadie. Todas las revoluciones políticas pasan, pues, por encima de la indiferencia del indio común, cuya suerte no cambia nunca.” (Anderson, 1974:482-484)

Marx y Engels heredaron muchas de las nociones del pensamiento europeo sobre el Oriente; así, hacia 1853, discutieron los problemas reflexionando, inicialmente, sobre los imperios asiáticos de su época o de la inmediatamente anterior: Turquía, Persia, China, India. Las cuestiones claves incluían la ausencia de la propiedad privada de la tierra, las obras hidráulicas a cargo del gobierno central, las comunidades aldeanas o rurales como base de la inmutabilidad y del despotismo.¹ El

propósito de Marx era explicar la incapacidad de las grandes civilizaciones no europeas de su tiempo para evolucionar hacia el capitalismo.

En las décadas de 1960 y 1970, el concepto de modo de producción asiático ocupó a muchos marxistas y se lo aplicó a sociedades tan diversas como las antiguas de Oriente y del Mediterráneo preclásico (Grecia micénica, Italia etrusca, Anatolia hitita, Mesopotamia, Egipto faraónico) entre otras. Se hacía hincapié en el Estado centralizado, en la agricultura hidráulica y en la “esclavitud general” (trabajadores forzados por el Estado burocrático, provenientes de las poblaciones rurales).

Entre las fuertes críticas que Anderson señala a la construcción del concepto de modo de producción asiático por parte de Marx y de quienes se basaron en sus obras, se halla la realizada a su aplicación: “[...] si tantas y tan diferentes formaciones sociales, de niveles de civilización tan opuestos, se concentran en un solo modo de producción, las divisiones y cambios fundamentales de la historia deberán deducirse de otra fuente que no tendrá nada que ver con la concepción marxista de los modos de producción”. Es lo que el autor denomina inflación del modo de producción asiático (Anderson, 1974:502-503).²

Cristina De Bernardi comparte esta crítica y, acerca de las discusiones entre los estudiosos marxistas, plantea:

“El saldo, desde nuestro punto de vista, es muy desigual. Por un lado la extensión de la aplicación del concepto Modo de Producción Asiático fuera del escenario propiamente asiático, con lo cual nos quedamos sin elementos para definir esa especificidad de la que hablábamos. Por otro, la dificultad de aplicar los conceptos de modo de producción y formación económico social en un ámbito tan dilatado en el sentido témporo-espacial y de tal abigarramiento étnico. Esto ha llevado a planteos tan endebles como los de Samir Amin y su categoría de Modo de Producción Tributario, que subvirtiendo los esquemas tradicionales, coloca a Europa como mera periferia de Oriente”. (De Bernardi, 1986-1987:527-528)

Así argumenta Amín (1986:26):

“La edad antigua se expresa en plural, por tanto deberá decirse: las edades antiguas. Sobre el mapa de la región considerada, las zonas donde aparece un desarrollo acentuado de las fuerzas productivas que permite la clara concreción del Estado y de las clases sociales que están aisladas unas de otras. Durante milenios, Egipto, Mesopotamia, luego Persia y Grecia se constituyen de esta manera, en un aislamiento relativo (más acentuado durante las épocas más antiguas y las civilizaciones más precoces de los valles del Nilo y de la Mesopotamia; mucho menos acentuado en el caso de Grecia, que se constituye en el curso del último milenio que precede a la era cristiana). Estas civilizaciones son islas en el océano de la

barbarie dominante, todavía general, es decir en un mundo caracterizado aún por el predominio de los modos de producción colectivos (por oposición al modo tributario que caracteriza a las civilizaciones en cuestión)."

Y más adelante señala que "[...] la forma que llamamos tributaria es la forma general de todas las sociedades precapitalistas" (Amin, 1986:148). También en los '60 se produjeron obras que privilegiaron un tratamiento sectorial y una competencia filológica, mediante un creciente número de materiales documentales, lo cual evidenciaba cierta tendencia positivista.³

Mario Liverani señala que, en las últimas décadas del S. XX, se produjo un cambio en el conocimiento histórico del antiguo Oriente a la vez que un enriquecimiento. A pesar de ello hay fenómenos mejor representados que otros, lo que puede distorsionar la comprensión y propiciar la visión de un mundo de ciudades, palacios y obras monumentales; mundo que fue sobre todo de aldeas, economía agropastoril; conocido por su literatura en una sociedad con un 99 % de analfabetos; un mundo que se ha presentado como cuna de la civilización pero que sufrió escasez de alimentos, de recursos. Como sostiene el autor: es función de la investigación histórica equilibrar las imágenes.

El cambio y el enriquecimiento del conocimiento se ha dado no sólo por un mayor número de materiales documentales y arqueológicos, sino también por la incorporación del estudio de zonas consideradas periféricas, de las franjas intermedias entre núcleos urbanizados, por la utilización de métodos de investigación más avanzados y por la incorporación de temas y problemas nuevos, todo lo cual deja desfazado, con relativa rapidez, el conocimiento histórico construido, obligando a revisiones constantes. La adopción de propuestas elaboradas para otras fases históricas o para situaciones antropológicas, si bien supone riesgos, posibilita la ampliación del instrumental analítico y la complejización temática (análisis espacial, análisis del relato, estudios de aculturación, de los modos de producción, de los sistemas de intercambio, de las mentalidades, de la estructura del mito, del discurso político, de la población y jerarquía de sitios).

Si bien para Liverani se trata de una fase "preparadigmática", la misma es necesaria para lograr líneas de investigación más coherentes y ha permitido lograr un cuadro histórico más rico "[...] que la esclerosis a la que una tradición demasiado fuerte conduce todavía a otros sectores de la historia antigua" (Liverani, 1995:24). La historia del Cercano Oriente se configura así en un "laboratorio privilegiado" para el estudio de los inicios de procesos de notable interés para la reconstrucción histórica de las sociedades humanas: la diferenciación social, la especialización laboral, la formación de ciudades, la gestación de unidades políticas y administrativas complejas, la emergencia del Estado, los intercambios.

Interesa también puntualizar de qué manera ciertas situaciones históricas en las

últimas décadas se entrelazan con temáticas que se van desplegando en el campo científico y que impactan, a posteriori, en los estudios sobre la Antigüedad. Como parte del cuestionamiento al dominio europeo en todos los campos, incluyendo el científico, propio de la época de descolonización en África y de los movimientos tercermundistas, se desarrollaron investigaciones sobre la relación centro-periferia⁴ y se cuestionaron los preconceptos que dicotomizaban las sociedades occidentales y los pueblos “exóticos”, como así también la organización tribal (asociada a la relación nómades-sedentarios) contrapuesta, desde una perspectiva eurocéntrica, a la civilización. Tales preconceptos se correspondían con la mirada occidental⁵ sobre Asia y África y contribuían a hacer perdurar la idea de superioridad europea por oposición a los “pueblos sin historia”.⁶

De todos modos, y aún preguntándonos qué queremos significar con la expresión Cercano Oriente Antiguo, hay aspectos que pueden escogerse con el propósito, por un lado, de revisar los alcances del concepto de despotismo y, por el otro, de establecer continuidades a través de esa ancha dimensión témporo-espacial a la que aludíamos y que, además, podrían permitir un trabajo comparativo con las sociedades griega y romana, también llamadas antiguas.

1.2. Acerca del poder monárquico

Un posible aspecto a considerar es la cuestión del poder y la del poder monárquico en particular ya que ésta es una de las que más ha dado pie (¿hoy no?) a la contraposición Oriente-Occidente.

Michael Mann diferencia poder autoritario y difuso, poder despótico e infraestructural. Estos conceptos refieren a la idea de que las sociedades no son unitarias, no son totalidades sino que están constituidas por redes socioespaciales de poder, que se superponen e intersectan. Esta perspectiva resulta útil para “*leer con otros ojos*” las relaciones y las representaciones del poder en el mundo antiguo.⁷

En cuanto a la relación entre el rey y sus súbditos, Oppenheim advierte:

“[...] los reyes de Mesopotamia estaban lejos de ser déspotas al estilo oriental. Los soberanos asirios [...] tuvieron siempre cuidado de no ofender a sus altos oficiales administrativos; de hecho en ocasiones, tuvieron que asegurarse su lealtad para con la dinastía por medio de juramentos y acuerdos que garantizaban la sucesión del príncipe heredero, conscientes de lo bien dispuestos que estaban para rebelarse contra su rey en caso de no aprobar su política.” (Oppenheim, 2003:113)

También señala que en las ciudades mesopotámicas se creó un concepto de “ciudadanía”, surgido del propio proceso de urbanización. Se basa en documen-

tos cuneiformes de finales del segundo milenio y principios del primero que contienen varios indicios que revelan que un grupo reducido de ciudades tradicionales gozaron de ciertos privilegios y exenciones con respecto al poder del rey. En este sentido, los habitantes podían reivindicar, con distinto grado de éxito, la exención del servicio obligatorio y del pago de tributos. Cabe agregar que jefes tribales y santuarios también reclamaban privilegios fiscales y personales. Los propios habitantes se llamaban “gente del Kidinnu” (probablemente un objeto colocado a la entrada de la ciudad como símbolo de la protección divina que salvaguardaba el estatus de “ciudadanos”).⁸

Amélie Kuhrt (2000) al referirse a las ciudades del sur mesopotámico del tercer milenio, afirma que los documentos evidencian que el Consejo de Ancianos constituía uno de los órganos de gobierno de aquéllas y que se lo encuentra a lo largo de toda la historia mesopotámica (cfr. capítulo 1).

Esta cuestión ha sido objeto de largos debates. Cristina De Bernardi (1991-1992) afirma que si es una institución existente, lo es porque el Estado necesitaba, desde el punto de vista ideológico, aparecer respetando formas de toma de decisión colectivas previas. Considera supervivencias a la organización del templo y del palacio como “casas”, que coexistían con otras casas o familias extensas, en las cuales los jefes de familia, como líderes naturales, regulaban el uso y distribución de los recursos y de la fuerza de trabajo.

El Estado no habría hecho desaparecer a las comunidades aldeanas ni expropiado sus tierras pero las habría penetrado provocando su desestructuración. De todos modos, las tierras estatales (del templo y del palacio) habrían coexistido con las “privadas” (de las “casas” o familias extensas). La autora puntualiza además, como otra supervivencia comunal, el rol protector que se le asignaba al monarca, rol semejante al del cabeza de familia.

Estas referencias permiten apreciar posibles límites, en diferentes contextos históricos, a la autoridad real, valiéndonos de la diferencia arriba señalada entre poder despótico e infraestructural y, especialmente, del concepto de redes superpuestas de poder.

1.3. Acerca de la ideología de la realeza

En el caso egipcio, los “textos de las pirámides” (Dinastía V), contienen especulaciones teológicas que evidencian ideas diversas acerca de la naturaleza divina de la monarquía. Algunas leyendas de época posterior (por ejemplo, el ciclo compuesto probablemente durante el Reino Medio) brindan información acerca de concepciones de la monarquía del Reino Antiguo: algunos faraones son presentados como opresores, otros no; aparece el tema del monarca aburrido, del enamo-

rado de su general. Como dice Kuhrt, “[...] *el aura de majestad divina y sobrenatural que rodeaba al soberano no impedía que al mismo tiempo se lo considerara miserablemente humano*” (2000:172-173).

Si bien para los súbditos era omnipotente, el faraón dependía de la buena voluntad de los dioses; no tenía la omnipotencia de ellos. Por otra parte, diversas fuentes atestiguan que los cortesanos se oponían a decisiones del faraón, especialmente las referidas al nombramiento del príncipe heredero, lo cual tornaba incierta la sucesión y provocaba conspiraciones.

Estas interpretaciones son interesantes en cuanto matizan las imágenes tradicionales y predominantes que imperan en la mayor parte de las fuentes: el faraón dios, en relación directa con los dioses; el faraón piadoso que asegura la benevolencia de ellos y, así, las crecientes del Nilo, la abundancia, en definitiva, la vida del Egipto todo; el faraón que protege, garantiza la justicia, el que mantiene el orden por sobre el caos.

En el caso mesopotámico se observa, por ejemplo, en el “código” probablemente promulgado por Shulgi, la forma de presentarse los reyes a sí mismos, destacándose el papel de garantes de la justicia. Aunque algunos textos, como los himnos reales que aluden al rey como juez, sugieren que era considerado árbitro y fuente de toda justicia, se está lejos de poder afirmar si el rey era la máxima autoridad legal.

El tema se reitera en relación con otras monarquías mesopotámicas. Así, en el “Código” de Hammurabi, el dios sol Shamash ofrece al rey la vara de medir y una cuerda enrollada, símbolos de la función justiciera y guerrera. La idea de protección a los súbditos, en particular la defensa de los débiles ante la explotación o los abusos es una cuestión recurrente. A pesar de las diversas interpretaciones y debates que ha suscitado la función del “código” en la sociedad paleobabilonia, es innegable la consideración del mismo como ejemplo de autoalabanza real y por ende, como manifestación de la ideología monárquica.

De Bernardi, al analizar las representaciones del poder, considera al “código” como “[...] *núcleo central de la acción propagandística de la realeza –columna vertebral del estado– que tiende a reforzar el carácter ‘necesario’ y ‘beneficioso’ de la misma [...]*” (1999:30), pero aclara que esto no significa considerarlo como una ficción. Las representaciones dan una imagen del rey que restaura templos, garantiza la abundancia, proporciona el agua, extiende los cultivos, reúne a la gente dispersa, perdona, concede vida, edifica, construye canales de riego. La legitimidad del monarca es reforzada, además, por otras vías, por ejemplo, por su directa relación genealógica con los dioses, aunque más importante que la fundación mítico-religiosa de la realeza es el carácter histórico-genealógico que se le atribuye.

Otra de sus funciones era la de establecer un orden justo. Hammurabi se denominaba “padre”, reforzando la idea de su relación con la población; del mismo modo

operaba la idea de “pastor”, como figura protectora de sus súbditos. A pesar del carácter fuertemente personalizado, el gobierno de Hammurabi no puede explicarse sólo por la fuerza coactiva, sin desconocer, sin embargo, que ésta es inherente al poder.

En el imperio neoasirio (c. 883-608 a.C.), observamos que se reitera la idea de un rey protector de su pueblo ligada a su papel guerrero: hacer la guerra era una obligación del rey y una forma de defender a su pueblo, pero sólo podía triunfar respetando la voluntad de los dioses. Actuaba como defensor del orden determinado por ellos, frente al caos. Si bien el rol guerrero es el más destacado en relieves, en los anales y demás inscripciones reales, según la ideología imperial todos los súbditos podían apelar ante el rey para que hiciera justicia. Se observa la continuidad con la idea mesopotámica del rey fuente de justicia y, al decir de Kuhrt, un creciente número de textos confirmarían que él hace justicia –“pronunciar la palabra del rey”–, no era mera fórmula.

Con respecto a la monarquía persa, interesa observar a través de los autores griegos, cómo se construye la visión de oposición Oriente-Occidente. Herodoto caracteriza a Cambises, conquistador de Egipto, como déspota despiadado, con rasgos paranoicos, carente de sensibilidad hacia la religión y costumbres egipcias; si bien su relato puede contener algunas referencias correctas, los textos egipcios de la época no reflejan –y a veces contradicen– la imagen dada por este autor. Remarcar las intrigas palaciegas, el lujo, la decadencia moral y hasta la debilidad de los reyes persas ante las intrigas cortesanas, son aspectos constitutivos de la imagen de la monarquía y del imperio persa como el “otro” a ojos del orientalismo europeo, que construye como opuestos lo persa y las normas sociales y políticas griegas. Esta imagen, sostiene Kuhrt, aunque muy difundida, es errónea.

El rey persa era el centro del sistema imperial por voluntad del dios Ahuramazda; se le debía obediencia y tributo, pues éste era el plan divino para mantener el orden en el orbe, para lo cual rey y dios se complementaban. El motivo de la defensa contra el desorden se reitera, por ejemplo en inscripciones de Darío, especialmente en el gran relieve de Behistun: la rebelión que provoca disturbios es correlato de la mentira/falsedad (*drauga*) que se opone al orden divino y real. Probablemente el término *arta* (verdad) expresara la idea de comportamiento correcto, lo cual implicaba la aceptación del orden imperial.⁹

El rey, como gobernante justo, aparece encarnando las virtudes positivas, morales y físicas, lo que legitimaba su gobierno. Si era un monarca absoluto, sostiene Kuhrt, no significa que ejerciera arbitrariamente el poder. Las modalidades de la relación con las provincias muestran que no se gobernaba, o bien, que no era posible gobernar sólo a través del uso de la coacción. Los persas, tal vez, sólo se es-

tablecían en las capitales de las satrapías, cobrando tributo y dejando a la población que siguiera gobernándose, sin interferir las heterogéneas estructuras políticas de las provincias. Las élites locales que pasaban a apoyar a los conquistadores persas, habrían gozado de significativa libertad de acción, aunque estos utilizaran a las instituciones y tradiciones locales en su propio interés, ejerciendo el poder de modo flexible. En este sentido, es típica la defensa de los cultos locales (por caso, en Egipto y Babilonia) con el fin de ganarse el apoyo de sacerdotes y lograr el control de los ricos santuarios. Otras modalidades se basaban en el logro del reconocimiento de los dioses locales a los dominadores, operación ideológica mediante, y el otorgamiento de privilegios a los templos. Contrariamente, frente a los pueblos que se rebelaban era una práctica común la destrucción de sus santuarios.

Refiriéndonos al caso hebreo, cabe señalar el gran peso que ha tenido en la historiografía la tradicional visión del reinado de Salomón como propio del "estilo oriental". Según Kuhrt, la etapa de David y Salomón fue más bien breve en el camino hacia la aparición de dos nuevos Estados: Israel y Judá. No hay otros testimonios además del texto bíblico (*1 y 2 Reyes*) y unos cuantos hallazgos arqueológicos, y hoy se debate si el reinado de Salomón es historia o ficción (Kuhrt, 2000,II:-98).

Más radical es la postura de Emanuel Pfoh, quien discute la historicidad de los vínculos entre el rey Salomón y Egipto, y la del propio rey, afirmando que no hay prueba arqueológica de su existencia. Las imágenes bíblicas al respecto concuerdan, según el autor, con los testimonios correspondientes al reino de Israel de la Casa de Omri (siglos X a VIII a.C.), época en que la experiencia política habría carecido de rasgos característicos de las prácticas propiamente estatales.¹⁰

Las consideraciones precedentes acerca de la ideología de la realeza permiten matizar la tradicional imagen del poder de los soberanos orientales construida por la historiografía.

1.4. *Acerca de la controversia economía estatal-economía privada*

Dado el carácter eminentemente agrario de las sociedades a las que nos estamos refiriendo, la cuestión de la tierra es de especial significatividad. Según Diakonoff (1982), se debe distinguir entre propiedad y posesión. Propiedad es una relación entre personas (propietarios y no propietarios): la posibilidad de impedir a otro ejercer algún derecho sobre el objeto de propiedad. Este rasgo y sólo éste es lo único que tienen en común propiedad y posesión.

La noción de suprema titularidad por parte del rey, de toda la tierra en el Oriente Antiguo –asociada a la idea de despotismo– conlleva la necesidad de explicar cómo podría haberse dado la completa expropiación a la sociedad, ya que toda la población, incluida la nascente clase gobernante (si del Estado temprano se trata), ha-

bría sido expropiada. Si el rey hubiese sido soberano y propietario de todas las tierras a la vez, no habría podido comprar tierras a sus súbditos, ni venderlas. Sin embargo, existen documentos que atestiguan compras, donaciones y a veces, ventas. Esto es conocido en Sumer, Acad, Babilonia antigua, el reino hitita, Siria, Fenicia y Palestina.

Según el autor, la ausencia de derechos de propiedad del rey sobre toda la tierra en el Cercano Oriente Antiguo, puede ser probada documentalmente. El rey podía confiscar tierras por infracción a la ley, redistribuirlas, pero en todos los casos aparecía en su función y no como propietario. Hay muchos ejemplos de que la creación de un Estado era acompañada de una formal declaración de que a partir de allí, toda la tierra pertenecía al rey. Tales casos no tienen mayor conexión con el “despotismo oriental” y cualquier análisis demuestra que la cuestión de la última titularidad fue ficción, o más propiamente, un modo de expresar la noción de soberanía. Revisaremos en diferentes casos las interpretaciones actualmente más aceptadas por los especialistas poniendo a prueba las afirmaciones de Diakonoff.

En Egipto, si bien el Estado se interesaba por el rendimiento de las tierras para recaudar tributos, el agrodespotismo se cuestiona en la medida que los documentos apenas mencionan, o bien no lo hacen, a la irrigación, lo cual da lugar a interpretar que ésta era una cuestión local y no de control gubernamental (Kemp, 1996:21). Sí eran gestionados en forma centralizada los recursos para emprender proyectos que exigían movilización de fuerza de trabajo, la cual era “pagada” a través del sistema de raciones. En esos casos, la burocracia era la encargada de la gestión y el Estado, el gran proveedor (Kemp, 1996:174).

Los funcionarios –escribas–, a través de intermediarios o tratantes, a veces realizaban ventas (granos, reses) a cambio de oro y plata. Para aquello que el Estado no podía satisfacer a través de los mecanismos redistributivos, la demanda y la oferta privadas habrían sido la respuesta. La inclusión en la economía egipcia de unos funcionarios con ambiciones materiales, denota la existencia de un sector privado dinámico, debiendo puntualizarse además una esfera de intercambios entre los campesinos.¹¹ Uno de los grandes temas, el de la centralización-descentralización del poder político, debió tener su correlato económico en la expansión-contracción del sector privado.

En el caso, mesopotámico, para el período estatal temprano, los estudios de los archivos de Girsu (Lagash), realizados por Deimel en la década del 30, planteaban que los templos eran propietarios de todas las tierras, no existiendo ninguna forma de propiedad privada. De esta posición resultó la denominación estado-templo teocrático, influyente en autores como Wittfogel, Adams, Falkenstein y cuestionada por Diakonoff, quien demostró que el territorio no incluido en ese archivo del tem-

plo, era propiedad independiente de diversos grupos familiares. Más recientemente, los sumerólogos han llegado a la conclusión de que no se trataba de haciendas del templo (Kuhrt, 2000:44).

Reinterpretaciones de fuentes provenientes de la administración de las tierras del rey paleobabilónico (segundo milenio a.C.), provenientes de Sippar y Larsa, cuestionan el carácter secularizador del ejercicio del poder por Hammurabi y la centralización de la producción y del comercio. Si bien, por la conquista, grandes extensiones de tierras pasaron a ser propiedad del rey y el aumento de la producción amplió el papel de la corona en el comercio exterior, no se trataba de un monopolio estatal; un cincuenta por ciento del volumen de la actividad mercantil habría correspondido al Estado y el resto se habría hallado en manos de mercaderes particulares (Kuhrt, 2000:133). Las concesiones de tierras como forma de retribución a funcionarios, servidores reales y militares, que conllevaba obligaciones (*ilkum*) eran vigiladas y se regulaba la transmisión hereditaria y/o su venta; los arriendos eran frecuentes y en caso de malas cosechas los arrendatarios podían caer en la esclavitud por deudas. Fenómeno éste bien atestiguado en el caso babilónico, y rasgo constante en Mesopotamia, al igual que la liberación de la servidumbre por deudas por parte del rey, especialmente cuando iniciaba su gobierno, acto en íntima vinculación con la adjudicación del carácter de monarca protector, padre y pastor.

Las tierras del rey eran cultivadas por gente que pagaba un tributo anual y el ganado era cuidado por pastores contratados. Según Kuhrt, tanto el palacio como las personas que se comprometían a trabajar para él, sacaban provecho y beneficio del acuerdo. La investigación de García y Giqueaux, basada en la correspondencia de Hammurabi y sus funcionarios en Larsa (c. 1762 a.C.) y en un grupo de párrafos del "Código", plantea que el destinatario de un bien *ilkum* tenía únicamente el usufructo de ese bien siempre y cuando prestase el servicio por el cual lo había recibido. El Palacio retenía el derecho de propiedad, por lo cual esos bienes eran inalienables (García y Giqueaux, 1999).

Tal vez, como lo plantean Diakonoff y Renger, existirían tierras fuera del ámbito estatal; es decir, junto a los bienes *ilkum* existiría una propiedad privada familiar. Además de los bienes, tierras en particular, entregados a funcionarios militares, otros funcionarios recibían también bienes (trabajadores del metal, jefes de mercaderes, funcionarios de palacio, pastores). La cantidad de tierra se asignaba de acuerdo a la jerarquía y el tipo de servicio que prestaban al Estado. Estas tierras, a diferencia de las anteriores, tenían el carácter de alienables, podían venderse y comprarse y quien las compraba debía hacerse cargo de cumplir con los servicios. Otro tipo de tierras eran las consideradas *biltum*, campos que estaban bajo la autoridad de la administración central. Hay dudas acerca de quiénes las recibían, si se trataba de agricultores estatales o colonos relacionados con el palacio. Se entregaban a ciertos destinatarios que no las cultivaban personalmente sino que las arrendaban,

tomando el palacio una parte de lo producido. Si bien el palacio era propietario de grandes extensiones, es improbable que la economía babilónica haya sido completamente estatal.

En las ciudades-estado cananeas (Palestina occidental), según los archivos procedentes de Ugarit, en la costa siria, las monarquías contaban con altos funcionarios, y si bien existirían algunos esclavos, la mayoría de la población (cananeos, hurritas), eran considerados hombres libres, entre los cuales se contaba a los que prestaban servicios y recibían tierras (hombres del rey), los cultivadores de sus propias tierras y los mercaderes (muchos, de "otros países"). Como en muchos estados del Levante, el papel del comercio era de relevancia, según la documentación textual y arqueológica que da información sobre el período 1400-1200 a.C. (Kuhrt, 2000:339).

En el imperio neoasirio, los reyes concedían fincas y podían eximir de impuestos a los que integraban el círculo más próximo a ellos, personas que eran extraordinariamente ricas, aunque se debate si obtenían la propiedad absoluta de las tierras concedidas o las recibían como recompensa vinculada al cargo, o si cobraban las rentas de por vida como compensación por los servicios prestados al monarca. La tierra era también la base para el reclutamiento de operarios y de tropas y se la asignaba como beneficio que conllevaba obligaciones del poseedor y sus descendientes.

Con respecto a la actividad de los mercaderes, si bien está poco documentada, parece evidente que no eran simples agentes de la corona sino que existía un comercio privado, sometido al pago de impuestos. Una evidencia de propiedad privada la constituye la compraventa de mano de obra esclava. Posiblemente vivían como sirvientes con sus amos o trabajaban en talleres poseídos o gestionados por particulares, pero aún se desconoce el peso cuantitativo de esta mano de obra. Por otra parte, hay fuentes que atestiguan la existencia de jornaleros libres (Kuhrt, 2000:cap. 9).

En la actualidad, se destacan investigaciones que tienden a representar la complejidad de las economías de los estados antiguos y cuestionan la validez de los modelos estáticos aplicados a un ámbito tan extenso y diverso como el Cercano Oriente antiguo (Daneri, 2001:9). Lo mismo cabría decir acerca de los análisis sobre el ejercicio del poder estatal y sus representaciones.

Notas

1. El pensamiento de Marx acerca de la propiedad de la tierra osciló entre la propiedad estatal y la comunal. Lo que él entendía como ocultamiento de la propiedad comunal del suelo por la propiedad estatal era un aspecto central de lo que designó como "Modo de Producción Asiático", idea que acompañó con una extensión en su aplicación en el tiempo y en el espacio. Las inalterables comunidades quedaban aisladas de los cambios en el Estado, situado por encima de ellas: el impacto de éste era extraño y tributario.
2. Un claro ejemplo de los intentos explicativos aplicando el concepto de Modo de Producción asiático, lo constituyen los artículos compilados en: AA.VV (1978). El volumen vale como evidencia de lo que Anderson cuestiona con la expresión "inflación", y reúne, entre otros trabajos: *Protohistoria mediterránea y Modo de Producción asiático* por Charles Parain; *Bizancio y el Modo de Producción asiático* por Hélène Antoniadis Bibicou; *Esclavitud, feudalismo y Modo de Producción asiático en el Antiguo Oriente* por G. A. Malekchvili; *El Modo de Producción asiático en China* por Ferenc Tökei; *Las sociedades tradicionales en África Tropical y el concepto de Modo de Producción asiático* por Jean Suret-Canale.
3. De los países con larga tradición de trabajo historiográfico sobre Oriente, la perspectiva filológica ha sido predominante en Alemania, así como la antropológica lo ha sido en Estados Unidos. Liverani valora que en Italia se haya desarrollado "[...] una aproximación propiamente histórica a las civilizaciones del antiguo Oriente" (Liverani, 1995:12).
4. "En los últimos tiempos, la cuestión de los contactos intersociales en el mundo antiguo ha recibido especial atención desde la perspectiva correspondiente al par conceptual centro-periferia, acuñado en el marco teórico de los sistemas-mundo, propuesto por Immanuel Wallerstein en los años '70 para pensar los comienzos de la expansión capitalista en la Edad Moderna. [...] la aplicación de tales conceptos al mundo antiguo no ha sido sencilla, e implicó la introducción de toda una serie de ajustes y distinciones." (Daneri, 2004:10-11).
5. Mirada que involucró de modo particular a los estudios sobre etnicidad. La cuestión de la construcción de la identidad en las sociedades premodernas, con especial énfasis en la dimensión religiosa como elemento de pertenencia identitaria (muy importante en las sociedades antiguas) fue estimulada desde los trabajos de interpretación del surgimiento de las naciones modernas y de los nacionalismos. Al abordar la construcción de la identidad en las sociedades premodernas, las investigaciones fomentaron nuevas lecturas sobre las sociedades antiguas.
6. "En definitiva, desde la década del '60, se produce un giro que obliga a repensar el objeto de estudio de las ciencias sociales [...] y sobre todo, los esquemas mentales que hacían perdurar la superioridad europea como producto de un proceso natural, que deshistorizaba a otros pueblos". (De Bernardi, 2005:166).
7. Mann plantea que el poder autoritario comprende órdenes definidas y una obediencia consciente; el poder difuso, en cambio, se extiende de forma más espontánea, descentralizada y tiene como resultado prácticas sociales similares que incorporan relaciones de poder, pero no órdenes explícitas, prácticas que se entienden como naturales y que hacen al interés común. El poder despótico se refiere a todo aquello que

los gobernantes tratan de aplicar sin ninguna negociación institucionalizada con los grupos de la sociedad civil, es decir, sin una oposición “de principio”. Los monarcas de los imperios históricos contaban con poderes infraestructurales débiles y dependían de aristocracias locales para disponer de la infraestructura que efectivamente poseían. En cuanto al desarrollo de las civilizaciones, señala que dichos procesos pueden comprenderse mejor si se examinan las redes superpuestas de poder, ya que se trataba de sociedades con múltiples actores de poder (Mann, 1991: capítulos 1, 3 y 5).

8. Oppenheim señala que no está clara la relación del estatus de *kidinnutu* de las ciudades babilonias con el concepto occidental de ciudad, como tampoco puede establecerse la actitud de las primeras ciudades fortificadas del delta del Nilo, previas a la unificación de Egipto, frente a la monarquía, “[...] *sin embargo hay evidencias de enfrentamiento entre reyes y ciudades fortificadas*” (Oppenheim, 2003:131).

9. Pierre Briant analiza la imbricación entre estructuras económicas, relaciones sociales y mundo simbólico; así sostiene que la sociedad en su conjunto comparte ideas semejantes, lo cual cumple un papel de justificación del orden existente; la ideología religiosa sobre todo, ocupa un lugar predominante en la reproducción del orden social.

El Fargard III del Avesta es un documento que permite analizar las relaciones entre ideología religiosa y trabajo de la tierra en Asia bajo la dominación Aqueménida. La vida de los campesinos se rige por tres reglas: trabajar, producir y reproducirse, que no visualizan como imposición por parte de la autoridad civil sino divina, en par-

ticular provenientes de la voluntad de Ahuramazda y Mitra. El trabajo ante todo constituye una práctica religiosa: es una forma de participar en la lucha del bien contra el mal, de la verdad contra la mentira. La ideología religiosa actúa así sobre sus capacidades como productores. Si el Gran Rey como jefe de los ejércitos y protector de los campos, lucha contra el enemigo, contra las rebeliones internas y las usurpaciones (*drauga*), contribuye, a la vez, al orden imperial y divino, a la paz y prosperidad, es decir, a asegurar las buenas cosechas; si así no fuera no cumpliría con los dioses y sería pasible del castigo. Ésta es una ideología religiosa y política: por intermedio del rey, los dioses incitan a los campesinos al trabajo, pero tanto uno como los otros deben obrar según los mandamientos divinos. La conducta social que se desprende del *Fargard III* es similar a la de las comunidades aldeanas. Está basada en la solidaridad entre sus miembros; quienes no cumplen las obligaciones sociales quedan excluidos de la solidaridad comunitaria.

Briant, P. (1982), *Rois, tribut et paysans, en: Annales littéraires de l'Université de Besançon*, París. Capítulo: “Fuerzas productivas, dependencia rural e ideologías religiosas en el Imperio Aqueménida”. Traducción: Laura Badalá. Cátedra Historia de Asia y África I, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.

10. Sostiene que, desde una perspectiva antropológica aplicada a las entidades del sur del Levante posteriores al S. XII a.C., puede pensarse que ellas se organizaban mediante el parentesco en el ámbito comunal y que era el sistema de patronazgo el que producía la articulación entre comunidades –relación ideológica de parentes-

co entre patronos (grandes reyes) y clientes (pequeños reyes)–, por lo que cabe preguntarse si la práctica estatal pudo haberse manifestado.

Agrega que “[...] no se han hallado hasta el momento evidencias certeras, concretas, de la práctica estatal en Israel o en Judá, lo cual constituye no sólo una objeción más a la historicidad del Salomón bíblico sino también a la posibilidad misma de la formación de Estados [...] el Israel del S. IX a.C. es la verdadera novedad en la historia del Levante meridional [...]” Se trataría de “[...] una breve y fragmentaria historia política; de c. 900 a 722 a.C. y no una fabulosa Monarquía Unida de la cual no poseemos ningún indicio histórico.” Pfoh, E., *Salomón ben David y Egipto. Intercambios y el surgimiento de organizaciones socio políticas en Palestina durante la Edad del Hierro II*, en: Daneri y Campagno, 2004:155.

11. Según Kuhrt, los campesinos egipcios seguramente tenían duras condiciones de vida pero no se sabe hasta qué punto estaban obligados a trabajar en las fincas del faraón y sus funcionarios; tampoco es seguro que su condición jurídica se diferenciara de la de otros miembros de la sociedad egipcia. La existencia de mercados locales en los que se comerciaban alimentos, bebidas, manufacturas sencillas entre vecinos y gentes de aldeas próximas, con prácticas de trueque, demuestra que no toda la fuerza de trabajo era consumida por el Estado. Agrega que debe modificarse la idea según la cual todo trabajo bajo la dirección del Estado era forzado y sólo se recompensaba con alimentos para sobrevivir y lo ejemplifica a través de evidencias de artesanos independientes que trabajaban remunerados por contrato (Kuhrt, 2000:176-177).

IV. La renovación más reciente en los estudios históricos del área grecorromana

1. Los planteos críticos en la Historia como disciplina

Hacia la década del '80, la Historia como disciplina se plantea una serie de cuestionamientos epistemológicos, provenientes fundamentalmente de dos vertientes.

Por una parte, se ve afectada por la crisis general de las Ciencias Sociales. Los grandes paradigmas quedan cuestionados como sistemas explicativos: las distintas variantes del marxismo o de los estructuralismos, el uso de la cuantificación en la explicación de los fenómenos sociales, pierden sus posibilidades de operar como estructurantes del conocimiento, y la Historia encuentra difícil seguir cumpliendo aquella "función federatriz", rectora y coordinadora de las Ciencias Sociales sobre la que había apoyado su dinamismo en años anteriores.

Por otro lado, también recibe el impacto de los nuevos enfoques en los estudios lingüísticos y literarios: los historiadores toman conciencia de que su discurso es siempre un relato, construido a partir de fórmulas y mecanismos que le son propios.

Esta situación crítica, en palabras de Roger Chartier,¹ abre el camino para una larga reflexión colectiva entre los historiadores.

Frente a los que se inclinan hacia por el "giro lingüístico"² y a aquellos otros que ponen el acento sobre la voluntad del sujeto en la producción del sentido, Chartier considera esencial la pertenencia de la Historia a las Ciencias Sociales y ve como ilegítimo a todo intento de reducir las prácticas constitutivas del mundo social a los principios que rigen los discursos.

Aunque se reconozca que frecuentemente las realidades pasadas sólo son accesibles "a través de textos que intentan organizarlas, someterlas, representarlas, *prescribirlas* o *proscribirlas*", no se puede postular la identidad entre la lógica letrada que gobierna la producción del discurso, y la lógica práctica que norma las conductas y acciones: "*Toda la historia debe tener en cuenta esta irreductibilidad de*

la experiencia al discurso [...], distinguir los textos de las prácticas”. No puede negarse la existencia de referentes reales, aun cuando su conocimiento se opere a través de la mediación de los textos.

Por otra parte:

“[...] toda construcción de los intereses por los discursos, es ella misma socialmente determinada, limitada por los recursos desiguales (lingüísticos, conceptuales, materiales, etc.) de los que disponen aquellos que la producen. Esta construcción discursiva remite, entonces, necesariamente, a las posiciones y a las propiedades sociales objetivas, exteriores al discurso, que caracterizan a los diferentes grupos, comunidades o clases que constituyen el mundo social. En consecuencia, el objeto fundamental de una historia cuyo proyecto sea el reconocer la manera en la cual los actores sociales invisten de sentido sus prácticas y sus discursos [...] reside en la tensión entre las capacidades inventivas de los individuos o de las comunidades, y las constricciones, las normas, las convenciones, que limitan – más o menos fuertemente según su posición en las relaciones de dominación– aquello que les es posible pensar, enunciar y hacer.”

Esta constatación es válida tanto para una historia de las obras letradas y de las producciones estéticas, como para una historia de las prácticas ordinarias.

Cuando el historiador estudia los textos y da a leer las palabras de los actores, por sus elecciones, sus selecciones, sus exclusiones, atribuye un sentido nuevo a esas palabras que saca del silencio de los archivos, introduce las existencias particulares en el discurso histórico. El sentido de la cita en el texto histórico cambia, e indica la irrupción de una diferencia.

Consecuentemente, Chartier define así la posición del historiador frente a los textos:

“Esta perspectiva plantea el problema de las categorías manejadas por los actores históricos y las utilizadas por los historiadores. Durante mucho tiempo, una radical distancia entre unas y otras fue considerada como la condición misma de la cientificidad del discurso histórico. Esta certidumbre no es ya aceptable.

Por un lado, los criterios, nociones y técnicas más clásicas de la historia social, han perdido su evidencia. Los historiadores han tomado conciencia de que estos conceptos o instrumentos mismos tenían una historia y que toda historia que los manejara debería necesariamente reflexionar sobre las condiciones de su producción y sus diversos usos.

Por otro lado, sensibles a los nuevos enfoques antropológicos o sociológicos, los historiadores han querido restaurar el papel de los individuos en la construcción de los lazos sociales. La mirada se desplazó, por ende, de las reglas impuestas a

sus usos imaginativos, de las conductas obligadas a las decisiones permitidas por los recursos propios de cada uno: su poder social, su fuerza económica, su acceso a la información.

De ahí, el desafío lanzado a toda historia definida como social y cultural: ¿cómo articular las percepciones, los lenguajes y las racionalidades propios de los actores, con las interdependencias desconocidas por ellos y que, sin embargo, constriñen y gobiernan sus estrategias?”

Establecer esa articulación posibilita superar una estéril oposición entre el estudio de las posiciones sociales y el de las acciones e interacciones individuales, para lo cual se hace necesario “[...] inscribir los pensamientos, las intenciones, las voluntades particulares, dentro de los sistemas de coerción colectivos que, a la vez, los hacen posibles y los refrenan”.

A partir de la perspectiva de que las producciones intelectuales y estéticas o las prácticas sociales “[...] son siempre gobernadas por mecanismos y dependencias desconocidos por los sujetos mismos [...]”, se debe comprender la importancia asignada a un concepto como el de representación. Los diversos sentidos que éste adquiere, permiten designar y enlazar tres grandes realidades:

“Primero, las representaciones colectivas que hacen que los individuos incorporen las divisiones del mundo social, que organicen los esquemas de percepción y apreciación a partir de los cuales estos individuos clasifican, juzgan y actúan; después, las formas de exhibición del ser social o del poder político que utilizan los signos y actuaciones simbólicas. Finalmente, la representación por parte de un representante (individual o colectivo, concreto o abstracto) de una identidad social o de un poder dotado asimismo de continuidad y de estabilidad.”

Por otra parte, es de la aceptación o del rechazo de las representaciones que propone de sí mismo, que depende la fuerza de un poder o la identidad de un grupo. De ahí, los esfuerzos por entrecruzar la historia de las representaciones que intenta imponer una autoridad política o social, y la de las formas de creencias que aceptan o rechazan esta imposición (Chartier, s/d:2-6).³

1.1. ¿Qué valor tienen estos planteos para la historia de la Antigüedad?

La historiografía de la Antigüedad ha tenido un desarrollo algo diferente al seguido por otras áreas de nuestra disciplina.

La renovación de los estudios históricos orientada hacia el análisis de las cuestiones sociales y económicas –que alcanzó gran relevancia en la disciplina a partir de mediados del S. XX– llegó algo tardíamente a los historiadores dedicados a la

Antigüedad, muy condicionados por el enorme peso de un *corpus* literario prestigioso y prestigiado por las relecturas y resignificaciones producidas a lo largo de los tiempos. Ya hemos comentado al respecto la obra de Moses Finley.

Mientras un conjunto de investigadores se incorporó un poco después a esas inquietudes y exploró en el mundo antiguo las peculiares modalidades de las realizaciones materiales de los seres humanos, de las relaciones que constituyen su tejido social y de cómo ello se entrelaza con el poder político, otros especialistas –que habían permanecido más vinculados a la filología y la crítica literaria– no pasaron por esa etapa y a partir de la década del '80, derivaron directamente hacia la historia de la cultura.

Los debates y replanteos dentro de la Historia han revertido sobre nuevos enfoques que –aunque algo más tarde que en otras áreas del conocimiento histórico– han posibilitado explorar al antiguo mundo mediterráneo desde otros ángulos. Hoy se advierte que el área no ha quedado ajena a la problemática de conjunto de la disciplina.

Dentro de las líneas de renovación de los estudios históricos en general que han permitido efectuar aportes a nuestra área específica, podemos señalar algunos caminos que a menudo se entrecruzan y requieren de la colaboración entre disciplinas que comparten fronteras del conocimiento y cuyos campos se tocan en sus respectivos bordes.

1.2. *El estudio de los discursos*

En páginas anteriores hemos expuesto sucintamente la posición de Roger Chartier al respecto del valor del análisis del discurso y su problemática para el historiador quien concibe a su disciplina como una ciencia social.

El mundo grecorromano ha sido creador de un riquísimo acervo de textos, lamentablemente no conservados en su totalidad. No obstante, los que han sobrevivido han sido largamente receptados en tiempos posteriores y de diversas maneras se han incorporado al universo simbólico esquemáticamente denominado “occidental”. Esto nos plantea la *problemática de la recepción*, estrechamente vinculada con la concepción de *cultura* y con los procesos de creación del sentido. Más adelante hacemos las referencias específicas a la producción simbólica y a las representaciones, tanto en el caso griego como en el romano.

El desarrollo de los estudios sobre el análisis del discurso –vinculados a los avances en la lingüística, la semiótica, la sociología, los estudios socioculturales– ha abierto un amplio campo de contacto para investigaciones en un trabajo interdisciplinario. Se estudian las prácticas discursivas, la argumentación y los procedimientos utilizados por ellas, los recursos expresivos, las condiciones en que se producen los discursos, su emisión y su recepción.

El análisis del discurso –tanto en los textos antiguos como en la producción historiográfica– es una línea de trabajo que también ha alcanzado a la Historia, y en particular, a las investigaciones actuales sobre el mundo antiguo grecorromano.

Una lengua, a la vez que es un rico medio de expresión con matices no siempre fáciles de volcar en otro idioma, encierra dentro de sí toda una organización del pensamiento, una concepción de los seres humanos, de la vida, el poder, la naturaleza y el mundo.

Para nuestra área, el adentrarse en las lenguas clásicas y analizar sus matices expresivos, permite observar cómo –con qué palabras, recursos estilísticos, giros o procedimientos sintácticos– se expresan el poder, las relaciones de género, las modalidades de lo divino. Éstas son todas vías de acceso a los imaginarios sociales. Los ejemplos son numerosísimos y algunos son puestos de manifiesto en esta obra.

Por ello, cuando un investigador aborda los textos griegos y latinos, el conocimiento de las lenguas originales, el apoyo de los especialistas en ellas y el uso de las traducciones más rigurosas tienen especial importancia.

Por tratarse también de trabajos dentro de la disciplina histórica, cobra especial relieve el estudio de las condiciones sociales de producción del discurso dentro de los parámetros de tiempo y espacio, fuera de los cuales no se podría aprehender su significación.

Los enfoques de la Historia de la cultura vinculados al análisis de los discursos y de las representaciones simbólicas, han contribuido a iluminar desde otros ángulos a los viejos textos que –junto con los materiales que provienen del trabajo arqueológico– son las fuentes principales para el estudio de la Antigüedad.

Trabajos de calidad dentro de este marco, se presentan hoy en carácter de ponencias en simposios y congresos.

1.2.1. Una obra centrada en el análisis del discurso histórico en el mundo antiguo

Como un ejemplo de esta metodología, hacemos una breve referencia a un libro, editado recientemente y difundido en medios académicos argentinos. Se trata de *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*, de Julián Gallego (2003), cuya reflexión sobre la democracia y la política atenienses surge a partir de una inquietud presente: la crisis actual de la política, que le lleva a plantearse la cuestión de la invención de la política.⁴

El autor presenta las condiciones de producción de la política en la Atenas clásica, lo que le permite situar la relación entre los discursos y las prácticas democráticas atenienses, a la vez que precisar su enfoque metodológico y conceptual.

Al respecto de éste, señala Domingo Plácido que:

"[...] las corrientes historiográficas nacidas en la posguerra mundial [...] se plantean la importancia de los modos de comunicación en el progreso del conocimiento histórico. La teoría del discurso sirve de punto de partida para comprender el discurso político en el momento inaugural de la democracia: ésta se presenta como fuente de un nuevo lenguaje. Al tomar el análisis del discurso como punto de partida, el autor puede profundizar en las relaciones específicas entre la dinámica del discurso democrático y las prácticas del estado [...] Democracia y discurso son los dos elementos claves que constituyen el libro." (Plácido, 2003:14-15)

El autor se propone:

"[...] realizar un análisis histórico de la política a través del vital recorrido de la democracia ateniense durante la segunda mitad del S. V a.C., considerando a la asamblea como el poder que toma en sus manos la producción de política y postulando que la conformación de un sujeto político se opera en torno al eje de la decisión colectiva, a partir del vínculo entre las prácticas de la soberanía popular y las formas de pensamiento político. Se trata pues de establecer la relación de una política con su pensamiento, esto es, el modo bajo el cual una experiencia política se piensa a sí misma a través de diferentes reflexiones y formaciones discursivas." (Gallego, 2003:21)

En el singular caso de Atenas en esta etapa, la asamblea asume la soberanía plena, fundada en la libertad y la igualdad de todos los ciudadanos para participar en las decisiones de la comunidad.

"Es justamente en relación con el problema de la decisión que un sujeto político puede advenir, y es también a partir de ella que esta ocurrencia puede ser pensada." (Idem)

La principal conexión entre la literatura y la sociedad ateniense es de tipo político. A partir de esos vínculos, la producción discursiva que analiza es la que depende de la constitución de un sujeto político, y se organiza en géneros literarios, que son diferentes modos de pensamiento de la experiencia democrática:

"Nuestro recorte gira en torno a la asamblea, la decisión y el sujeto político, concibiendo a los discursos como formas de pensamiento de la disposición que adquieren estos tres componentes en su relación recíproca." (Gallego, 2003:22)

A partir del acontecimiento de la democracia (es decir, del procedimiento y el papel político que cobra la asamblea desde las reformas de Efialtes), los ejes centrales de la obra son dos: por una parte, articular la producción política de la asam-

blea con los géneros discursivos que le fueron contemporáneos, y por otra, abordar el advenimiento de la democracia en su singularidad histórica y según como es tratada en las producciones literarias.

Es fundamental tener en cuenta que “[...] *el modo de ser –de hacer– la política democrática en la asamblea es el de la división, eso que los griegos habían identificado con la idea de stásis. La decisión política como proceso de subjetivación de la comunidad de ciudadanos tiene como punto de partida no la unidad sino la escisión de la voluntad cívica, no la síntesis, sino la lucha de contrarios [...]*”. Durante el debate, el uso del lenguaje en los enunciados plantea disyuntivas a la comunidad escindida, y el proceso de toma de decisión concluye con la votación por mayoría: “*Es sólo a posteriori que sobre la división se instala la unidad*”, se reconfigura la comunidad cívica como una entidad unitaria: se constituye como subjetividad política que asume la responsabilidad por la decisión tomada (Gallego, 2003:22).

En el lenguaje y sus enunciados se disponen las tramas de los géneros discursivos y su capacidad para pensar la política democrática.

“Los discursos histórico, sofístico y trágico, tomados en función del problema de la emergencia de la democracia y sus efectos durante la segunda mitad del S. V, son considerados como tres formas que trazan un balance de la experiencia política ateniense. Desde nuestra perspectiva, lo que recorre a dichos discursos y permite articularlos con la actuación de la asamblea es una serie de problemas como la identidad, el compromiso y la acción concreta (historia), el lenguaje, la ley y la verdad (sofística), la decisión, la justicia y la responsabilidad (tragedia). La elección de los discursos histórico, sofístico y trágico está, pues, en correspondencia con los tres momentos constitutivos de la subjetividad política de la comunidad de ciudadanos atenienses.” (Gallego, 2003:23)

Este recorrido permite pensar a “[...] *la conformación del sujeto político como un encuentro entre las prácticas y las discursividades políticas [...]*”, lo que exige realizar un análisis concreto de una situación concreta (Idem).

La reflexión sobre la democracia comienza en la misma Atenas, donde la política popular ha sido desde sus comienzos el centro de interés de diversas manifestaciones ligadas a ella: los géneros discursivos (tragedia, comedia, historia), la sofística, la filosofía, los panfletos políticos, la escultura artística vinculada a la polis, inclusive los textos que abiertamente cuestionan a la democracia, son posibles sólo dentro del orden democrático. En el S. IV, prosigue la reflexión sobre la polis y la política, temas que serán más tarde retomados en otros contextos, a partir del Renacimiento y mucho más desde la Ilustración en adelante.

La Historia como disciplina asignó a estas problemáticas un lugar relevante. Al respecto, los estudios contemporáneos han seguido dos líneas principales, dentro

de las cuales hay perspectivas diversas, centradas ya en el funcionamiento de las instituciones y las prácticas políticas, ya en la producción intelectual de la democracia ateniense.

El autor se sitúa entre ambos ejes y entiende que la búsqueda se debería orientar:

“[...] hacia el plano de las conjunciones necesarias o circunstanciales entre las prácticas políticas y las producciones culturales. En este sentido, la relación entre la política ateniense y los géneros literarios de la época se ha constituido en una de las preocupaciones más importantes. De alguna manera, el marco más general de estos debates ha sido el problema de la invención de la política en la Grecia antigua, asunto que tiene en la emergencia de la democracia ateniense a uno de los referentes fundamentales ya que es en ella donde se elabora más acabadamente toda una serie de discursos que confieren a la política su singularidad no sólo en su existencia práctica sino como ‘conciencia de sí’ de un grupo que toma en sus manos las decisiones.” (Gallego, 2003:31)

La capacidad de la política democrática de generar un pensamiento como parte de su propio proceso de invención y afirmación, ha dado lugar a un debate cuyo interrogante principal se refiere a si existió una teoría sistemática, un pensamiento político o un discurso específicamente democrático sobre la democracia ateniense. Las diversas posiciones historiográficas, a pesar de sus diferencias, reconocen que toda política activa desarrolla una serie de recursos reflexivos. Para el autor, el problema central es *“[...] comprender si los discursos se colocan en una posición interior a la práctica democrática misma, esto es si constituyen sus propios recursos de pensamiento para examinar activamente su trayectoria, o se sitúan en una dimensión exterior, organizando así una mirada pasiva y sin incidencia real en la experiencia inédita del ‘dêmos’ ateniense”* (Gallego, 2003:38-39).

Entre ambas alternativas, opta por la primera: los discursos considerados son recursos reflexivos interiores a la política democrática.

Al respecto de los discursos trágico, histórico y sofístico, Gallego (2003:42) considera que: en el contexto cultural del S. V en Atenas:

“[...] operan como formas simbólicas nuevas que permiten procesar la inesperada irrupción de la política democrática dentro de un orden ligado al poder de la aristocracia [...] el universo arcaico, en posición de imaginario, se vio perturbado por la emergencia de la práctica política democrática, en posición de real respecto de aquel imaginario. [...]. Lo que procuramos es pensar los efectos del acontecimiento de la democracia mediante las producciones discursivas aludidas, tratando de establecer el modo en que los propios atenienses las procesaron.”

Los diferentes elementos de las formaciones discursivas dan lugar a distintas maneras de constitución de los enunciados. La tragedia “[...] traza un balance de la situación del agente ante disyuntivas angustiantes: decidir sin garantías, dado que no existe verdad garantizada por autoridad superior alguna. El discurso trágico se hace cargo así del problema del sujeto conformado en función de la toma de una decisión. La sofística, por su parte, desarrolla principalmente el tema de la división de la verdad política producida bajo las condiciones imperantes en la asamblea y con arreglo al juego múltiple de los enunciados, tratando de significar en relación con el ‘lógos’ y el ‘nómos’ el hecho de que se puedan producir enunciados nuevos capacitados para dividir la verdad en una situación de enunciación colectiva y contradictoria como es la asamblea. A su vez, la historia procesa la irreversibilidad de los acontecimientos políticos y la falta de previsibilidad acerca de sus consecuencias en el momento en que un acto es decidido y debe llevarse a cabo, puesto que sus resultados sólo pueden ser evaluados posteriormente. Se trata, pues, de un modo de pensar los efectos irrepitibles de las decisiones humanas en tanto resoluciones políticas” (Gallego, 2003: 48-49).

Estos discursos se desarrollan en el contexto de prácticas sociales vinculadas de alguna manera a la práctica estatal, que es la que intenta fijar una significación unívoca a la práctica comunitaria. No obstante, la política activa produce una escisión sobre el estado: la asamblea y los discursos que piensan la política “[...] tienen diversas formas de inscripción en el estado, pero funcionan como ámbitos de invención política que producen más allá de las reglas y controles ideológicos y represivos del estado. Hay pues un exceso del sujeto político respecto del estado. Esta irreductibilidad del primero al segundo implica, justamente, que la política activa no se agote en el mero enfrentamiento asimétrico de una clase social contra otra al nivel del ámbito estatal”. Así, las mismas críticas de los sectores oligárquicos al poder del *dêmos* no sólo indican una actitud de clase, sino también un estado que durante una corta etapa, rompe con la asimetría entre las clases y el dominio de unas sobre otras (Gallego, 2003:52-53).

1.3. Los estudios del Género

Las luchas de las mujeres por sus derechos –especialmente las de las feministas estadounidenses y europeas– han impulsado los estudios sobre el género en nuestras sociedades contemporáneas, y estos han contribuido a suscitar la inquietud por indagar esa problemática en otras etapas históricas.

La noción de género o *gender*, tal como ha sido definida por Joan Scott (1993; 1986) constituye la herramienta para abordar el análisis de las relaciones entre los sexos dentro de la organización social. Las relaciones de género son relaciones de poder, construidas socialmente, acerca de las cuales esta historiadora estadouni-

dense niega todo determinismo biológico, mientras destaca el origen sociocultural de las distinciones fundadas en el sexo. Esta categoría de análisis se halla fuertemente relacionada con las corrientes que, desde las disciplinas lingüístico-literarias, estudian el discurso.

El estudio de las relaciones de género no sería válido si se descontextualizara de las circunstancias históricas precisas que pretende abordar. Se trata de utilizar una categoría analítica forjada en el S. XX, dentro de las sociedades del capitalismo avanzado, por lo cual su instrumentación frente a la problemática de explorar otras realidades históricas, otras sociedades y épocas, requiere su decodificación y resignificación.

Por ello, al dirigir la mirada al mundo antiguo grecorromano, debe ser usada con la conciencia de que el área encierra complejas especificidades. Una vez resignificada en ese contexto, resulta sumamente rica para analizar una relación social hasta hace poco opacada, que permite comprender mucho mejor la trama de las otras relaciones –más tempranamente estudiadas– en que se integra.

En el ámbito específico de la Antigüedad, la mayoría de los textos registra los discursos masculinos sobre las mujeres,⁶ que testimonian las relaciones sociales que vinculan a hombres y mujeres, siguiendo la lógica de sociedades en las que el poder político está –al menos en sus manifestaciones más evidentes– en manos de varones libres y ciudadanos.⁷ Son numerosos los ejemplos de cómo las lenguas clásicas expresan relaciones de género y de poder.

A la ausencia casi total de textos u otros testimonios producidos por mujeres en el mundo antiguo, se refiere Pauline Schmitt-Pantel (1993:19-25) cuando analiza los materiales con que debe trabajar el investigador: *“Lo esencial de nuestras fuentes [...] ofrece una mirada de hombres sobre las mujeres y sobre el mundo [...]. A menos de no escribir una línea sobre el tema, no vemos la forma de escapar a esta circunstancia. Esta mirada de hombre tiene como corolario las escasas informaciones concretas sobre la vida de las mujeres [...]”*; de ahí también el lugar privilegiado que se ha otorgado a las representaciones en la obra que dirige.⁸

Los textos antiguos ponen de relieve los discursos masculinos: el pensamiento de los filósofos, historiadores y poetas, los mitos sobre el cosmos y las divinidades, las obras de los autores dramáticos, trágicos y cómicos. Las representaciones iconográficas –como la escultura o las pinturas sobre los vasos– también son productos de la mirada masculina sobre las mujeres o/y testimonios de un hacer de hombres. Sin embargo, tanto frente a ellas como ante los textos y a los mitos, se plantea la reflexión acerca del por qué de la frecuente y destacada presencia de lo femenino.

El registro antropológico cobra aquí especial relieve; el análisis del discurso permite detectar detrás de las palabras, una serie de prácticas que están integradas en aquellos y que moldean las relaciones sociales. A la vez, esas prácticas (el matrimonio, la procreación y socialización de los hijos, la conservación y transmi-

sión de los valores tradicionales, la religión) están enraizadas en las relaciones sociales que las contienen. Al respecto, salvo por razones analíticas, no es cuestión de separar representaciones y realidad, discursos y prácticas, ya que “[...] *toda institución social tiene su propia representación, como todo discurso tiene su propia eficacia en la vida real*”.

La categoría de género es la principal herramienta para analizar las relaciones de poder que expresan esos discursos, que atraviesan esas prácticas y que contribuyen a otorgarles sentido dentro de una totalidad social espacial y temporalmente definida.

Al referirnos en las próximas páginas al mito como fuente para la historia antigua y al abordar más adelante tanto el área griega como la romana, haremos referencia a algunos aspectos más específicos en que se manifiestan respectivamente las relaciones de género.

En síntesis, hoy la historia de las relaciones de género en la Antigüedad se propone, igual que la Historia como disciplina, “[...] *mostrar en qué y por qué una historia de las relaciones entre las mujeres y los hombres es parte integrante de la historia del mundo.*”

1.3.1. Una referencia a una polémica

Las luchas feministas en el mundo contemporáneo han enfrentado las diversas formas de “patriarcado”, es decir, de poder masculino en tanto dominante y limitante de los derechos femeninos. Del activismo práctico a los planteos teóricos y viceversa, la distancia no ha sido muy grande. Así, se buscó identificar ese poder tanto en tiempos presentes como pasados, en las diversas construcciones ideológicas y en la vida práctica.

En ese cuadro es que cobra sentido la suposición de la existencia de un “matriarcado” en épocas remotas del mundo griego, convicción asumida entre ciertos grupos feministas como si hubiera sido una realidad histórica, útil para denunciar y combatir el poder masculino en las relaciones sociales del presente. Una de sus expresiones simbólicas sería el antiguo mito de las Amazonas, guerreras que rechazaban el matrimonio, enemigas del hombre contra el cual luchaban, interpretadas como ejemplo de un poder ginecocrático.⁹

Un antecedente en el S. XIX, aunque responde a una diferente filiación ideológica, ha sido la obra de J. J. Bachofen, *Das Mutterrecht –o El derecho materno* (1861)– de la que ha derivado la creación de un mito histórico, el “matriarcado”.¹⁰

Su hipótesis central se basa en un esquema evolucionista característico de su época, que concibe la historia de la humanidad como una sucesión de etapas necesariamente ordenadas: salvajismo, barbarie y civilización, preconcepto común a algunos antropólogos de entonces, como L. H. Morgan.

En el caso de Bachofen, se postula la existencia de la ginecocracia, entendida como un poder femenino asentado en la función maternal y en el predominio del derecho materno, ubicado en etapas remotas y atemporales de la historia y asociado al primitivismo.

Su planteo fue construido a partir del estudio de los mitos, a los que atribuyó casi la equivalencia con un conocimiento que supuestamente habrían tenido los griegos sobre su pasado, como si aquellos fueran indicadores de acontecimientos o situaciones históricamente dados. Entre otros, examinó un conjunto de mitos de la cultura griega asociados a imágenes de lo femenino, que expresan el caos y la *stásis* y que de diversas maneras representan un poder amenazante para los hombres: Gea, las Amazonas, Clitemnestra, las Erinias.¹¹ De ellos extrajo la convicción de la existencia de una ancestral ginecocracia, hoy insostenible en los términos en que él la planteó.

Actualmente nuestra disciplina aprecia el valor de los mitos para el conocimiento histórico, pero de una manera muy diferente, como elementos que constituyen formas de representación simbólica, como integrantes de un imaginario social. Son fuentes en tanto se pueda extraer de ellos indicios sobre las prácticas y el universo simbólico de la sociedad que es su referente.

Bachofen tuvo el mérito de llamar la atención sobre ellos. Sin embargo, su categoría resulta ahistórica y su posición encierra una operación simbólica e ideológica: la ginecocracia griega –cuya existencia nunca fue demostrada– aparece como “el mundo al revés”, la inversión de un estadio (que la habría reemplazado en el transcurso del tiempo y que él considera superior) el “patriarcado”. Este representaría el advenimiento de una organización religiosa y política más elevada, regida por el poder y la superioridad del hombre en la sociedad y por el predominio del derecho paterno en la familia, todo lo cual constituye en su propio tiempo el orden triunfante en la civilización occidental.

1.4. *Los estudios socioculturales*

Estos enfoques historiográficos se realizan sobre un extenso campo en el que se entrecruzan líneas, enfoques y disciplinas que desde sus propios métodos, estudian problemáticas compartidas con la Historia.

Los replanteos desde lo sociocultural referidos al fin del mundo antiguo –ya mencionados– han permitido, mediante la utilización de la categoría historiográfica de “Antigüedad tardía”, desarrollar una fructífera búsqueda,¹² en la que se examinan, entre otras cuestiones, las relaciones entre el fenómeno religioso (la difusión del Cristianismo, las primeras herejías, la consolidación de la Iglesia), el Estado imperial y la conflictividad social de la época.

La relectura crítica de los textos del Nuevo Testamento y de otros escritos del cristianismo primitivo, analizados como testimonios históricos, ha llevado a una

nueva comprensión del proceso de construcción de la Iglesia, desde las primeras comunidades hasta su constitución como institución universal –católica– depositaria de un nuevo poder. Desde este punto de vista, también tiene valor heurístico el uso de la categoría “género”. Resulta esclarecedor al respecto el estudio del rol desempeñado por la mujer en la construcción de las comunidades eclesiales de base en los primeros siglos del cristianismo, y su desplazamiento por una autoridad masculina a medida que se avanza en la conformación de una estructura funcional y jerárquica de la institución eclesial.

Un mejor conocimiento de los textos del pensamiento pagano, de los primeros escritores cristianos y de las obras de los Padres de la Iglesia, ha contribuido a la comprensión de esa notable transformación que asumió la Iglesia a partir del Concilio de Nicea y de sus vínculos con el poder imperial.

En este contexto cobran relieve los problemas de las relaciones entre cristianismo y paganismo dentro de la sociedad, entre Iglesia y poder imperial e incluso la conflictividad dentro de la misma Iglesia, entre ortodoxia y heterodoxia.

Al respecto de estas temáticas, iniciadas por los autores europeos ya mencionados y actualmente trabajadas por varios equipos de investigación en las universidades argentinas, se han realizado interesantes aportes puestos a consideración en diversos congresos de la disciplina dentro del país.¹³

Este enfoque aporta nuevas miradas hacia los finales del mundo antiguo, cuestión hoy relativizada cuando se toma conciencia de que, en los niveles socioculturales, las continuidades se extienden más allá del derrumbe del Estado romano y de la disgregación de sus territorios.

Por otra parte, desde una perspectiva diferente ya indicada –la de diversos historiadores vinculados al materialismo histórico– el análisis centrado en las transformaciones de las relaciones sociales de producción pone a la luz el complejo proceso de larga duración que desemboca en la sociedad feudal.

Los ejemplos arriba señalados no pretenden representar a la totalidad de los enfoques renovadores sobre la historia del mundo grecorromano. Muestran, sin embargo, que todo estudio que hoy se realice acerca de aquél, a la vez que tener claras sus especificidades, se mueve en aquellas franjas en las que se entrecruzan, superponen e intercambian aportes y miradas de las distintas disciplinas que estudian la sociedad y sus representaciones.

El conocimiento histórico sobre el mundo grecorromano ha dejado de ser meramente un conjunto de estudios literarios incluidos en las Humanidades o dedicados a ponderar las obras del arte clásico como arquetipos casi eternos y atemporales de la belleza.

Ha profundizado las líneas propias de su especificidad, y está plenamente penetrado por los debates en que se halla comprometida la Historia como disciplina.

2. Las fuentes para la Historia del mundo antiguo

No intentaremos realizar aquí ninguna clasificación de las fuentes, tarea siempre difícil, pues puede significar encerrar en un esquema rígido la enorme variedad de testimonios que ha dejado el quehacer de los humanos a lo largo del tiempo.

Por otra parte, a lo largo de las páginas anteriores ya se han hecho referencias a la existencia y al tratamiento de diversas fuentes.

Nos limitamos, pues, a consignar un breve listado de los tipos de fuentes más frecuentemente disponibles y utilizadas en el área y a señalar algunas problemáticas generales para su abordaje. Reservamos para más adelante un análisis detenido de aquellos testimonios que resulten más relevantes en relación con cada temática.¹⁴

Entre los principales tipos de fuentes de que disponemos, se pueden mencionar:

- Los restos materiales de la cultura en general, pero que no responden sólo a necesidades funcionales, sino que pueden ser portadores de fuerte carga simbólica:
 - los provenientes del trabajo de excavación del arqueólogo o que han sobrevivido en la superficie del suelo al impacto del tiempo: estructuras urbanas o propias del poblamiento rural, necrópolis y tumbas con su ajuar funerario, construcciones monumentales (palacios, templos, murallas), obras de ingeniería;
 - los objetos de uso corriente: herramientas, armas, elementos del culto religioso, mobiliario, utensilios varios;
 - las monedas, escudos o medallas;
 - las producciones de las artes plásticas en general, susceptibles de ser analizadas como una vía de acceso al universo simbólico de la sociedad que las creó

- Los diferentes registros de la escritura: tablillas de arcilla de archivos palaciegos, inscripciones conmemorativas o de carácter religioso en materiales duros (piedra, mármol, metal), textos conservados en papiros o pergaminos.

Los textos escritos de carácter literario (en el sentido más amplio del calificativo): poesía épica, lírica o dramática, historia, filosofía, legislación, escritos religiosos paganos o cristianos, notación musical.

Señalamos también algunos problemas que deben ser tenidos en cuenta para el abordaje de estas fuentes y el análisis de la información que ellas puedan aportar:

- la escasez y fragmentación –extremas para ciertos períodos y áreas– por acción del tiempo transcurrido y de las aleatorias condiciones de conservación;
- el fuerte peso relativo de restos materiales provenientes de la investigación arqueológica, que para largas etapas no pueden ser complementados con testimonios de otro tipo;
- la necesidad de contar con el apoyo de tecnología diversa y costosa para su abordaje;

- la dificultad para descifrar e interpretar signos e inscripciones antiguas, que requiere el conocimiento de códigos complejos y la colaboración de personal altamente especializado o de disciplinas auxiliares;
- la casi inexistencia y escasa fiabilidad de datos cuantificables;
- el fuerte predominio de testimonios –tanto materiales como textuales– relacionados con los sectores dominantes de la sociedad y/o producidos por ellos, a la vez que la escasez de los que pudieran dar noticias sobre los sectores subalternos;
- la problemática de la transmisión, recepción, lectura, traducción e interpretación de los textos en lenguas clásicas, vinculada también a la complejidad del acceso al mundo simbólico del cual son referentes.

Para no hacer una historia meramente militar y política, el historiador necesita:

“[...] acudir a una metodología capaz de atravesar la superficie de las fuentes y profundizar en mundos aparentemente no revelados. Es preciso buscar las realidades sociales a través de textos que aparentemente nada dicen de ellas. Las mentalidades están ocultas detrás de narraciones fantásticas o de una filosofía sólidamente elaborada. Las clases serviles sólo se conocen gracias a análisis muy complejos de las prácticas discursivas y de las imágenes representativas de un universo generalmente idealizado. Los medios de expresión, en manos de los varones, transmiten habitualmente una imagen de las mujeres adaptada a los propios intereses e inserta en un conjunto donde puede recibir valoraciones variadas, pero siempre dentro del camino que lleva a satisfacer los objetivos masculinos en la representación de ese mismo universo [...]”. (Plácido, 1993:334)

2.1. Una acotación sobre arte y arqueología al respecto del mundo antiguo grecorromano

Ya hemos hecho referencia a los anticuarios, que sin ningún rigor metodológico coleccionaron las obras de arte antiguas y abrieron el camino para una arqueología todavía incipiente. Influida por la Ilustración, a partir del S. XVIII, aquella buscó y preservó los restos que para la mirada de la época, tenían un alto valor estético.

J. J. Winckelmann (1717-1768), al que ya nos hemos referido, fue quien a partir de la arqueología, dotó de una teoría estética a aquella curiosidad compartida por las élites ilustradas. Estudió directamente las obras durante sus viajes y las catalogó; identificó y clasificó los estilos artísticos, poniendo a la escultura por sobre la pintura. En su libro principal, *Geschichte der Kunst der Altertums –Historia del arte en la Antigüedad–* realiza un análisis metódico de las artes plásticas, que presenta como complementarias de los textos estudiados por los filólogos, y de esa manera pone las bases para una Historia del Arte como una disciplina en sí misma.

No obstante, la Antigüedad –muy especialmente la griega– es concebida por él

como la creadora de modelos de belleza universales, eternos e inmutables, tan absolutos que se constituyen en marcos de referencia para juzgar a toda otra realización artística. Así se subestima el cambio histórico y se desvincula al arte de sus referentes sociales y temporales.¹⁵

Ciertamente, el arte clásico expresa un sentido del equilibrio y de las proporciones, una belleza serena y casi estática; pero ello corresponde a un momento muy breve y a la vez, encierra tensiones que muy rápidamente manifiestan las rupturas y la continuidad de la creación artística.

No nos ocuparemos aquí de hacer una Historia del Arte por sí misma (la que, por otra parte, ha recorrido ya un largo camino de ruptura con los planteos de Winkelmann).

En cambio, tendremos en cuenta algunas formas de representación en las artes plásticas, en tanto que para el historiador son (además de creaciones individuales de artistas estrechamente vinculados a su medio de pertenencia), testimonios de una sociedad. Desde ese ángulo observaremos el mundo griego pródigo en obras de arte que exaltan a la comunidad política y a sus dioses; la romanidad, por otra parte, con su arquitectura y escultura directamente vinculadas a la simbología del poder y con su ingeniería imperial volcada en rutas, puentes, acueductos y modelos de urbanismo; las catacumbas y lugares de culto del cristianismo primitivo, las basílicas posteriores a su triunfo, el simbolismo de la pintura y la estatuaria cristianas.

En cuanto a los estudios prehistóricos, éstos enseñaron a los arqueólogos a prestar atención a todos los rastros del quehacer humano.

Hoy la arqueología anda por carriles muy diferentes a los de los siglos XVIII y XIX: ya no interesan sólo las obras de arte de un valor estético excepcional, ni sólo las grandes construcciones que atestiguan el poder. Los testimonios de la vida cotidiana, las herramientas, los restos de la cerámica utilitaria, los asentamientos urbanos y rurales, el trazado de ciudades y campamentos, los restos de alimentos y otros desperdicios, las villas romanas asentadas en el campo, los más humildes restos e indicios que permiten inferir la vida de los sectores subalternos y el sentido que los antiguos les asignaron, todos son elementos a partir de los cuales se procura reconstruir el pasado del mundo antiguo. En esos objetos hay tanto de material como de no material, no sólo encierran una respuesta a las necesidades, sino una carga simbólica que el historiador necesita llegar a percibir.

Una historia que observe la sociedad más allá de las élites de la cultura y del poder, aprovecha ese conocimiento. Atiende al análisis de los bellos logros del arte antiguo y la magnificencia de sus construcciones, pero los ubica en el contexto de una sociedad no homogénea, más o menos jerárquica, en la cual coexisten sectores dominantes y subalternos. En relación con la creación artística, distingue quié-

nes la promueven, quiénes ponen su esfuerzo físico en ella, quiénes la disfrutan como un goce del espíritu.

Una historia, en fin, que valora el extraordinario poder creativo de las sociedades antiguas, pero que está despierta para apreciar la belleza y la inteligencia latentes también en las realizaciones de otras civilizaciones, dueñas de un imaginario y de unos medios de expresión totalmente diferentes, merecedoras de ser juzgadas en sí mismas.

2.2. *Un tipo de fuente muy peculiar: los mitos*

En nuestro estudio a menudo nos encontramos con una fuente que nos pone frente a un componente de los imaginarios sociales: el mito, que para el mundo antiguo es una de las vías de penetración en la realidad. A través de caminos complejos, los mitos son recogidos y elaborados por la memoria social y son objeto de múltiples procesos de transmisión/recepción a lo largo del tiempo.

A los mitos griegos ya hemos hecho referencia al respecto de la teoría de la ginecocracia y del derecho materno de J.J. Bachofen, a algunos aportes a la Historia desde la Antropología y a la relevancia de la obra de Jean-Pierre Vernant.

Para las épocas más tempranas, los mitos velan los procesos a través de los cuales se ha construido el quehacer histórico; para las más tardías, suelen ser apropiados por el poder de cada presente, que pretende legitimarse a través de ellos.¹⁶ Constituyen o encierran diversas formas de explicación: el universo, la naturaleza, el tiempo, los dioses, los seres humanos, la oposición hombre/mujer, el destino, la muerte. Ejemplo de ello son Prometeo, Pandora, las Amazonas, la Teogonía de Hesíodo.

Frecuentemente los relatos con componentes míticos y los argumentos incorporados por cronistas e historiadores antiguos contribuyen a legitimar y consolidar la autoridad de los sectores dominantes y del Estado con los que se identifican, como son entre los griegos el mito de Teseo –al que se le atribuye el *sinecismo* del Ática– o para Esparta el de Licurgo, el legislador al que se atribuye la peculiar constitución de esa polis, un ejemplo de *eunomía*.¹⁷

Además, los mitos son también fuentes en las que la categoría “género” permite detectar las relaciones de poder en la sociedad, que se expresan a través de ellos, y también pueden ocultar otros mecanismos de sujeción social.

En este campo son particularmente importantes los trabajos de Nicole Loraux,¹⁸ quien piensa el imaginario político griego desde lo antropológico. Los mitos recogidos en la epopeya homérica, en la tragedia, en los escritos de filósofos e historiadores –trabajados desde su perspectiva, en las fronteras entre disciplinas– están entre sus fuentes principales. Enfoque y fuentes le permiten plantear en sus estudios sobre la concepción griega acerca de la división (en sexos, en la ciudad, en la

stásis), que la oposición femenino/masculino en la sociedad griega y en su imaginario, no es tan radical como el propio “discurso oficial” de los antiguos puso de relieve. Hay matices, ocultamientos, mezclas, inversiones, travestismos. De sus estudios surge una imagen más compleja:

“La ciudad son los hombres’: si este topos tantas veces repetido es cierto, si la ciudad griega equivale al grupo de sus hombres viriles (ándres), los modernos historiadores de la Antigüedad (quienes por su parte prefieren hablar de ‘club de hombres’) se sienten autorizados a dar vuelta la proposición para caracterizar la polis, especialmente cuando es democrática, y lo político, cuando se encuentra cercano a la forma bajo la cual los griegos lo han ‘inventado’, por medio de ‘la exclusión de las mujeres’. Fórmula abrupta que se podría moderar [...] pero que considerará suficientemente exacta, por cuanto no nos preocupa tanto la realidad institucional de la ciudad como las representaciones sobre las que se asienta lo político. Del mismo modo, se trata aquí de lo femenino y no de las mujeres.

De lo femenino en la medida en que lo político griego [...] se constituye sobre una negación: la negación reiterada cada vez (re)fundadora de los beneficios que tendría para el hombre cultivar dentro de sí una parte femenina. ¿Es ‘miedo a la confusión entre los sexos’? ¿Deseo de separar sin retorno para dotar mejor al anér de la coherencia pura de un modelo? Pues ciudadanía se dice gustosamente en el modo de la andreaia, de la virilidad como nombre del coraje [...].

Pero bajo aquello que va de suyo, existen muchas evidencias que disimulan cuestiones que se cierran demasiado pronto. Bajo la evidente exaltación del anér, descifro la preocupación por definir al hombre-ciudadano mediante una virilidad que nada femenino podría hendir. Y en esta preocupación veo el esfuerzo durable del político por expulsar hacia los márgenes una tradición adversa, o, al menos, diferente. Otra tradición, igualmente griega y que, de la epopeya homérica a la leyenda heroica, postula que un hombre digno de ese nombre es más viril por abrigar en sí algo de virilidad.” (Loraux, 2003:9-10)

El mito de Tiresias es un símbolo. En una de sus versiones, el joven pastor ve a Atenea, bañándose desnuda en una fuente en la montaña. Esta visión, como un relámpago, destruyó para siempre sus ojos.¹⁹ Aquí surgen las preguntas de Loraux (2003:245): “Ver a Atenea desnuda, ¿qué es, pues? [...] ¿qué se ve al contemplar el cuerpo desnudo de Atenea? Pero también [...] en general, ¿qué es ver a Atenea?”.

Y al finalizar su examen reformula: “[...] ¿qué vio, en consecuencia, el joven Tiresias, antes de volverse anciano para siempre, como corresponde a quien ha sabido, a quien sabrá descifrar un enigma?”

Quizás el cuerpo de Atenea, despojado de las armas y del peplo, las envolturas con las que la diosa se cubre, no es nada que se pueda ver. Tiresias ha visto lo que

está prohibido: el *ánér* captado por la feminidad, por la ambivalencia, ha sido castigado con la ceguera, pero él es también un símbolo del saber, que conserva sus facultades intelectuales, su conciencia, su memoria, después de la muerte.

En Tiresias, como en Aquiles y en la filosofía platónica, la identidad masculina incorpora elementos de lo femenino; en Atenea –virgen que ha renunciado a la función femenina por excelencia, la de concebir hijos para la polis en el seno del matrimonio– su identidad como guerrera y defensora de Atenas asume abiertamente rasgos distintivos del *ánér*.

La polis excluye y esconde bajo su ordenamiento esa profunda fascinación por lo femenino que los mitos sugieren, una ambivalencia que Loraux ha sacado a la luz.²⁰

El mito de Atenea –la contracara del de las Amazonas– también revela cómo las relaciones de género están integradas en la estructura de poder de la polis.

Atenea es la diosa nacida de la cabeza de Zeus, cuya condición de virgen guerrera le permite simbolizar, desde su templo construido en la cima de la Acrópolis de Atenas, el poder de la ciudad democrática regida por la autoridad masculina. Ella es vencedora de las Amazonas y tutora del ordenamiento legal y político de la polis. Su estatua, realizada por Fidias, está cargada de un fuerte contenido simbólico:

"[...] bajo su aspecto de hoplita victorioso, retiene en su seno los signos de una feminidad inquietante, pero irremisiblemente vencida por el principio masculino [...] Mensaje visual del poderoso esplendor con el que Atenas impactó a sus aliados y enemigos, la imagen de la Párthenos es también el espejo en el que los atenienses se miran y en el que admiran su control sobre el poder potencial de las mujeres." (Iriarte Goñi, 2002:159)

Un fenómeno análogo se manifiesta en la cerámica ateniense, en cuyas figuras pintadas, que representan personajes o relatos míticos, también se puede observar el lugar de lo femenino en el mundo de los dioses y por extensión en las relaciones de género en su referente social, la polis democrática (Lissarrague, 1993:183-245).

Estos son sólo algunos ejemplos de cómo el arte griego ha tomado muchos de sus motivos de inspiración en los mitos de los dioses y su relación con los humanos. Lo veremos luego en el caso romano, aunque en éste la relación entre lo iconográfico y el poder se exponga de manera mucho más descarnada.

En todos los casos, las representaciones materiales ofrecen numerosos y ricos ejemplos, cuyo análisis nos remite también al imaginario social y a las redes de relaciones en que éste está integrado.

El S. V a.C., que marca el apogeo y el comienzo de la declinación del poder y la democracia atenienses, experimenta interesantes procesos de recepción de mitos, que reelabora y pone sobre la escena teatral. Así se han construido muchas

grandes tragedias a partir de los relatos del ciclo troyano (*Agamenón, Troyanas, Electra, Orestes*) o los del ciclo tebano (*Los siete contra Tebas, Antígona, Edipo rey*).

En otro plano de la creación cultural, un filósofo como Platón ha incorporado los mitos como medio para expresar su pensamiento, muy vinculado a los sectores oligárquicos de la Atenas del S. IV a.C. Véase, por ejemplo, el mito de la caverna, a través del cual plantea su concepción sobre las ideas y el conocer (*República*, Libro VII).

Otra variante la constituyen las referencias que hicieron los griegos a la mítica “Constitución ancestral”, *la patrios politeia*, como en el caso del conjunto de las instituciones espartanas atribuidas a Licurgo, representadas como “inmutables”, con lo que de hecho se pretendía presentar como legítima a la dominación integral que una reducida minoría –los espartanos– ejercía sobre la polis y sobre los ilotas sometidos.

El recurso a la *patrios politeia* como argumento en las luchas por el poder es muy claro en el caso de los círculos oligárquicos atenienses del S. IV, opositores a la democracia radical.²¹

En el caso de Roma, sus primeros tiempos han quedado subsumidos, ya desde la misma Antigüedad, en una serie de mitos entrelazados, recogidos por la tradición analística de épocas de la República e incorporados por sus historiadores a la historiografía de la ciudad-estado y del Imperio. También han sido construidos en procesos complejos de recepción, en los que entran elementos diversos: los provenientes de raíces indoeuropeas (estudiados por Dumézil), los componentes etruscos, pero también mitos griegos reformulados con nuevos matices.

Su historia más temprana y la de muchos episodios de su época arcaica, es la historización de ciertos mitos primitivos. Entre los relatos más notables, se encuentran el de la vinculación del Lacio con Eneas, el de los mellizos Rómulo y Remo con la “fundación” de la ciudad por el primero de ellos –un mito de origen– y los referidos a los primeros reyes.

Hoy la arqueología y la lectura crítica de los relatos de la tradición romana, permiten hacer algo de luz acerca de los inicios de la civilización en el Lacio y en la vecina Etruria.

Notas

1. Chartier, Roger: historiador francés nacido en 1945. Su trabajo se ha centrado en la historia cultural, especialmente en el análisis de las articulaciones entre lo escrito, el libro y las prácticas de lectura. Es director de la *École de Hautes Études en Sciences Sociales* de París, y autor de numerosas obras, entre ellas *El mundo como representación* y *Escribir las prácticas*.
2. El "giro lingüístico", planteo muy fuerte en los Estados Unidos, considera que el lenguaje es un sistema cerrado de signos, cuyas relaciones producen la significación; por lo tanto, la realidad no es concebida como exterior al discurso, sino como constituida en y por el lenguaje.
3. Disponemos de este trabajo por gentileza de la Dra. Pilar Maestro González, de la Universidad de Alicante, España.
4. El trabajo de Gallego (2003), tiene prólogo de Domingo Plácido y presenta, en formato de libro, la tesis doctoral del autor.
5. El autor cita al respecto a Finley (*El nacimiento de la política*) y a Vernant (*L'invention du politique*).
6. La excepción más conocida y casi única de textos producidos por una mujer en la Antigüedad la constituye los versos de Safo, poetisa griega del S. VII.
7. La condición de ciudadano es –tanto en el mundo griego como en el romano– una categoría legal, que no anula las diferentes posiciones que cada miembro de la comunidad cívica ocupa en las relaciones sociales y en la distribución de los bienes materiales y simbólicos. Para mayor precisión, señalamos –sobre todo en el caso romano– la concentración del poder en una pequeña fracción de los ciudadanos: los grandes propietarios de tierras, de esclavos y de otros bienes materiales, que por su nacimiento y sus relaciones están vinculados con los sectores dominantes, y por ello con el dominio de las palancas de mando del Estado y el control sobre los recursos simbólicos.
8. El segundo volumen de la colección también está dedicado a la Antigüedad, y se centra en el estudio de los "Rituales colectivos y prácticas de mujeres". Ambos tomos han sido dirigidos por la misma historiadora e incluyen una serie de trabajos monográficos referidos al área griega y a la romana, de autores/autoras prestigiosos en los estudios históricos del género. Esta obra de conjunto, la *Historia de las mujeres en Occidente* (integrada por diez tomos, el último de ellos dedicado al S. XX), participa a la vez de las formas de trabajo de la historia cultural y de la historia social, si bien –como es característico de los lineamientos seguidos en Francia– ha buscado más la integración que la separación entre ambas corrientes. Se sugiere la lectura de la introducción general "Escribir la historia de las mujeres" redactada por los directores de la colección (G. Duby y M. Perrot) y los trabajos específicos de P. Schmitt-Pantel: la citada introducción (T. I: pp. 19-25) y "La historia de las mujeres en la historia antigua, hoy" (T. II, pp.297-307).
9. Este mito aparece ya en Homero, y se mantiene y reelabora a lo largo de toda la cultura griega, hasta la época helenística. En su versión ateniense, el poder de estas mujeres viriles, no sometidas al varón, constituye la imagen inversa del mundo civilizado: la de un reino caótico, impuesto por la fuerza, en el que la maternidad se realiza independientemente del matrimonio y de la figura de un padre. Las Amazonas "[...] representan el modelo de la organización social que más frontalmente se opondría a la ciudad demo-

crática, y este enfrentamiento funcionará como pieza esencial en la construcción del imaginario ateniense". El episodio de su invasión al Ática y de su derrota –seguidas del triunfo de la ley de Atenea, que establece la justicia de la polis democrática– es citado en los discursos durante los funerales por los caídos en la guerra, momento en que la ciudad se presenta como modelo de organización social y política, cuya defensa da sentido a la muerte de sus ciudadanos, obviamente varones (Iriarte Goñi, 2002:154-155).

10. Johann Jacob Bachofen (1815-1887), erudito suizo, filólogo y jurista, estudioso de los mitos griegos y orientales, en los cuales buscó obsesivamente el poder femenino. La expresión matriarcado no fue utilizada por él, sino que fue creada más tardíamente por contraposición con patriarcado, aunque englobó los elementos principales de su teoría. Ésta causó un gran impacto en su época. A pesar de su carácter conservador, fue adoptada y modificada por Engels, quien consideró que era un golpe a la familia burguesa. A partir de su influencia, fue fervorosamente utilizada y defendida por movimientos feministas militantes.

Para una mayor información acerca de este tema, ver: Iriarte Goñi (2002); Georgoudi, S. "Bachofen, el matriarcado y el mundo antiguo: reflexiones sobre la creación de un mito", en: Schmitt-Pantel (1993), "La Antigüedad. Rituales colectivos y prácticas de mujeres", en: Duby, G.; Perrot, M., Historia de las mujeres en Occidente, Madrid, Taurus, Tomo II.

11. *Stásis* es uno de los términos fundamentales de la concepción que los griegos tenían de la vida política. Si bien según el contexto puede tener matices, alude al conflicto interno a la sociedad –es decir, en la polis– que incluye violencia y puede llegar al nivel de la sedición o de la guerra civil.

Nicole Loraux hace notar que la *stásis* es anti-*áneira* (o sea, hostil a los *ándres*, los hombres), como las Amazonas. (Loraux, 2003).

12. Véase: (Momigliano, y otros, 1989); (Zurutuza, Botalla, Bertelloni, 1996).

13. Entre los aportes más recientes, destacamos las Primeras Jornadas Nacionales de Historia Antigua. La Antigüedad Grecorromana. Investigación, perspectivas y problemas, realizadas en la Universidad Nacional de Córdoba, 26 al 28 de mayo de 2005, y las X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia de las Universidades Nacionales organizadas por la Facultad de Humanidades y Arte (UNR) y la Facultad de Humanidades y Ciencias (UNL) en Rosario, del 20 al 23 de septiembre de 2005.

14. Para un análisis general de la cuestión de las fuentes, se sugiere ver: (Finley, 1986:19-47; (Crawford, 1986: Introducción).

15. "A los doctos de Occidente, impregnados de la supremacía de la literatura grecolatina, Winckelmann les revela el carácter perdurable de la estética de los antiguos, el punto de perfección que jamás ningún arte volverá a encontrar [...] Por mucho tiempo, cada fragmento de estatua, de vasija o de monumento grecorromano se impondrá sobre cualquier otro testimonio del pasado. Esta curiosidad monomaniaca llevará a alemanes, ingleses y franceses a competir alocadamente tras los botines más descabellados, al desmantelamiento del Partenón o del templo de Égina, para instalar en París, Londres o Munich los testimonios inefables del arte antiguo". Cfr. Schnapp, *Arqueología*, (Burguière, 2005:55).

16. Domingo Placido señala que a lo largo de la historia de Grecia, el mito fue sufriendo sustanciales transformaciones en su naturaleza: las épocas preliterarias, en las que se elabora el mundo mítico donde se plasman las grandes experien-

cias de la comunidad, transmitidas de una generación a las siguientes como elemento cohesivo y medio de integración; la época arcaica, en la que la escritura alfabética –que convive con la oralidad– estabiliza la transmisión y le otorga otra naturaleza, mientras el mito es símbolo de la fijación del pasado para desempeñar un nuevo papel en el presente. Desde entonces, en la ciudad arcaica y clásica, su utilización en la poesía lírica y en la tragedia introduce elementos que expresan nuevas concepciones de las relaciones humanas en lo familiar y en los conflictos sociales. En la época helenística, el mito pierde vitalidad para interpretar y controlar al mundo; se acentúa su aspecto fantástico y se desmitifica, mientras que se constituye como canon que inspira a la literatura y a las artes plásticas. Finalmente, en el mundo romano, la desmitificación sirve para convertir los esquemas del mito en una interpretación histórica o antropológica. Cfr.: Plácido, op. cit., pp. 333-334.

17. La palabra griega *eunomía* significa el buen gobierno, el buen ordenamiento político. Si la contextualizamos socialmente y examinamos qué sector controla el poder, queda claro que encierra una calificación, una carga valorativa con connotaciones ideológicas: ella misma es expresión de las relaciones de poder.

18. Nicole Loraux (1942-2003): historiadora francesa de relevante actuación, autora de numerosas obras. Orientó su investigación hacia los problemas y modalidades del imaginario de los griegos, desde el cual interroga a la antropología. Encara la problemática histórica del género desde enfoques interdisciplinarios, atravesados por el análisis del discurso, la mirada antropológica e inclusive algunos elementos provenientes del psicoanálisis. Volveremos a ocuparnos de su trabajo al referirnos más adelante a la ciudad griega.

19. Ésta es la versión recogida por el poeta helenístico Calímaco en el Himno por el baño de Callas. En la otra, Tiresias ha sido por un tiempo una mujer; al volver a ser nuevamente hombre, conserva la experiencia de los dos sexos, razón por la cual conoce ambas “naturalezas” del placer. Trasciende así el discurso griego dominante, toda una construcción ideológica que afirma la primacía del varón y el rol pasivo de la mujer limitada en el matrimonio a ejercer la maternidad. En ambos casos queda ciego (en el primero, por haber visto a Atenea desnuda; en el otro, por venganza de Hera) y se transforma en el adivino que “ve” con su sabiduría lo que otros no ven.

20. La autora recuerda que la exclusión de lo femenino es mucho más radical en Atenas que en Esparta, ya que aquella sería un elemento estructural, especialmente para la etapa democrática.

21. En las referencias de los textos antiguos a la Constitución ancestral, Finley identifica un tipo de argumentación política –usada por los actores sociales antiguos y también por algunos de nuestra época– según la cual para superar los “males” del presente y los que pueda traer el futuro, sería necesario restaurar la constitución tradicional, es decir, un “retorno” al pasado. Al respecto se pregunta por la función que cumple la historia crítica: “[...] *habida cuenta de la existencia, en todas las comunidades humanas, de alguna imagen de su pasado, de alguna identificación con éste. ¿quién o quiénes desean abandonar ese pretérito tradicional –y mítico, si puedo añadir– por otro, no mítico éste? Y ¿por qué?*” Lógicamente, cabe preguntarse también en cada caso, quiénes quieren retornar a él y por qué. Ver: Finley, (1979) *La Constitución ancestral*, en Finley, M., *Uso y abuso de la Historia*, Barcelona, Crítica, pp. 45-90.

Los estudios acerca de los mitos en el Cercano Oriente contribuyen a entender analógicamente los modos en que los antiguos, recreando sus pasados, interpretaron la vida social y el poder en sus respectivos presentes.

V. Los mitos de origen

por Néliida Diburzi y Fabiana Alonso

“El mito es un relato tradicional sobre los sucesos ocurridos en el origen de los tiempos y destinado a fundar la acción ritual de los hombres del presente, y de manera muy general, a instituir todas las formas de acción y de pensamiento por las cuales el hombre se comprende a sí mismo en su mundo.”

Paul Ricoeur (en Marco Simón, 1988:44)

Los estudios contemporáneos –desarrollados en el marco de disciplinas diversas como la antropología, la psicología, la lingüística, la historia de las religiones– impugnan la idea de que el mito sea una forma de pensamiento infantil o inferior y enfatizan su alteridad respecto del tipo de pensamiento propio de la modernidad occidental, lo cual no supone considerar ilógica la mentalidad productora de mitos por el hecho de que la comprensión no se derive de generalizaciones lógicas. Al diferenciar, a partir de sus características distintivas, entre la comprensión mítica y la comprensión moderna del mundo, Jürgen Habermas (1989:79) plantea, respecto de la primera, que la imagen del mundo, constituida en y por el lenguaje, se identifica con el orden mismo del mundo, al punto tal que no es reconocida como una interpretación del mismo, pasible de errores y susceptible de crítica.

Cuando se aborda el estudio de los mitos es válido preguntarse por cuestiones relativas a la elaboración (considerando los contextos de producción) y a la recepción. En cuanto al público receptor de los mitos, es conveniente tener presente su diversidad, ya que estamos en presencia de formaciones sociales estratificadas, en las que la escritura estaba restringida a los escribas y a algunos miembros de las élites. Mario Liverani plantea que los textos sólo resultaban accesibles para un pequeño círculo cortesano, y estaban dirigidos a la propia clase dirigente, constituyendo una especie de autoadoctrinamiento. Para el público más amplio, la recepción debió haber estado mediada por la difusión oral, las representaciones iconográficas y los rituales (Liverani, 1995:60).

Uno de los rasgos centrales de las narraciones míticas radica en la no distinción entre naturaleza y cultura. Dado que se trata de visiones totalizantes en las que el dominio de la naturaleza no se diferencia del dominio humano, el mito proyecta en un mismo plano una naturaleza humanizada y una sociedad naturalizada.

Al no existir demarcación entre los ámbitos sagrado y profano, la sociedad, que no es concebida como creación humana sino divina, se inscribe en el orden sobrenatural. En las narraciones míticas las acciones recaen en seres sobrenaturales que hacen posible la existencia del mundo y de los hombres, creados de una vez y para siempre.

En la antigua Mesopotamia,¹ la Epopeya de Gilgamesh² –en la que el derrotero del héroe representa la angustia del ser humano ante la muerte– expresa en una formulación mitológica la inevitabilidad de la muerte como decisión de los dioses:

*“[...] Cuando los dioses crearon la humanidad,
le impusieron la muerte;
la vida, la retuvieron en sus manos. [...]
Los Annunaki, los grandes dioses,
reunidos en consejo [...]
determinaron la muerte y la vida. [...]”*

Asimismo los dioses pueden modificar el destino de un mortal, tal como puede leerse en el mismo poema cuando Utanapíshtin, quien ha sobrevivido al diluvio, relata a Gilgamesh el momento en que recibe, junto con su mujer, el beneficio de la inmortalidad por parte de Enlil, dios principal del panteón sumerio.

*“Y, tocando nuestra frente, (Enlil)
se puso entre nosotros y nos bendijo:
‘Hasta hoy Utanapíshtin
pertenece a la especie humana.
Ahora Utanapíshtin y su esposa
a nosotros, los dioses, se asemejen’.”*

H. y H.A. Frankfort señalan que la distinción que el pensamiento moderno establece entre acto y representación ritual o simbólica, carece de sentido en el pensamiento mítico:

“Cuando los egipcios decían que Osiris les había dado los elementos de su cultura, o cuando los babilonios afirmaban lo mismo de Oannes, incluían entre los elementos las herramientas y la agricultura, junto con las prácticas rituales. [...] Carecería de sentido preguntarle a un babilonio si creía que el fruto de su cosecha dependía de la habilidad de los cultivadores o de la representación correcta del festival de Año Nuevo. Ambas cosas eran esenciales para obtener el fruto”. (Frankfort, H. y H.A., 1988:27)

Como características generales del mito, Mircea Eliade establece las siguientes:

"[...] constituye la historia de los actos de los Seres Sobrenaturales; [...] esta historia se considera absolutamente verdadera (porque se refiere a realidades) y sagrada (porque es obra de Seres Sobrenaturales); [...] el mito se refiere siempre a una 'creación', cuenta cómo algo ha llegado a la existencia o cómo un comportamiento, una institución, una manera de trabajar se han fundado; es ésta la razón de que los mitos constituyan los paradigmas de todo acto humano significativo; [...] al conocer el mito se conoce el origen de las cosas y, por consiguiente, se llega a dominarlas y manipularlas a voluntad; no se trata de un conocimiento 'exterior', 'abstracto', sino de un conocimiento que se 'vive' ritualmente, ya al narrar ceremonialmente el mito, ya al efectuar el ritual para el que sirve de justificación;³ [...] de una manera o de otra, se 'vive' el mito, en el sentido de que se está dominado por la potencia sagrada, que exalta los acontecimientos que se recuerdan y se reactualizan." (Eliade, 1992:25)

Estas características pueden observarse en los mitos cosmogónicos del antiguo Egipto,⁴ donde es posible hallar diversas versiones de la creación del mundo elaboradas por distintos centros religiosos, más precisamente por los colegios sacerdotales formados en las estructuras del Estado centralizado. Como observa John Wilson, "los egipcios llegaron a aceptar diversos mitos sin descartar ninguno" (Idem, 72).

En el III milenio a.C., los sistemas cosmogónicos más influyentes eran los de Hermópolis, Heliópolis y Menfis, a los que a fines del mismo milenio se sumará la cosmogonía tebana, que tomó elementos de las cosmogonías hermopolitana y menfita. Jesús López aclara que los textos más antiguos reflejan una amalgama de tradiciones locales, que provienen, en algunos casos, de la prehistoria. Respecto de los relatos cosmogónicos, señala:

"Todos están al menos de acuerdo cuando afirman que el mundo no es la obra de un Demiurgo intemporal. Según los egipcios, al principio fue el Caos, y el Demiurgo se hallaba diluido en el Caos, donde yacía inerte, como privado de existencia. Los sacerdotes de Heliópolis decían que el Caos era la ausencia de cada uno de los elementos que constituirían el mundo después de la creación, pero esta definición, o más exactamente, esta descripción negativa del Caos, es cosa propia de la teología heliopolitana. En cambio, todos los demás sistemas religiosos conciben el Caos como un Océano Primordial, un agua inerte carente de vida pero que contiene todos los gérmenes y todas las posibilidades de la creación. Esta agua es el Nun, el 'padre de los dioses'. El Demiurgo aparece más tarde en la superficie de las aguas y adopta aspectos diferentes en cada sistema cosmogónico: frecuentemente aparece en una

isla que emerge del elemento líquido, pero otras veces surge del huevo de un ave acuática, o de entre los pétalos de una flor de loto.” (López, 1993:52)

En el marco de estrategias de dominación y de autolegitimación, la monarquía egipcia se adjudicará a sí misma la responsabilidad de imponer el orden sobre el caos.

La cosmogonía menfita prescinde del naturalismo que caracteriza a las de Hermópolis y Heliópolis, y posee un marcado carácter intelectual al instituir al dios Ptah como creador del mundo a partir de la inteligencia, haciendo uso del corazón –sede del pensamiento– y de la lengua –órgano del verbo creador–:

“[...] Y ocurrió que el corazón y la lengua predominaron sobre todos los miembros del cuerpo, puesto que él (Ptah) está en el cuerpo y que él está en la boca de todos los dioses, de todos los hombres, de todos los animales, de todos los reptiles, de todos los (seres) vivientes, pensando y decretando todo lo que desea.

[...] Por ello se dice de Ptah “Aquél que hizo todo y que hizo existir a los dioses”. Él es Ta-tenen (la tierra que surge del abismo primordial), él es quien dio nacimiento a los dioses, aquél de quien todas las cosas han surgido: los alimentos, las subsistencias, las ofrendas divinas, todas las cosas buenas. Por ello se reconoce y comprende que su poder es más grande que el de los (otros) dioses. [...] Él dio nacimiento a los dioses, él fundó las ciudades, él estableció los nomos (distritos administrativos del antiguo Egipto), él instaló a los dioses en sus santuarios, él organizó sus ofrendas, él fundó sus santuarios, él fabricó sus cuerpos (sus estatuas), según sus deseos. [...] Así, todos los dioses se unieron a él, lo mismo que sus espíritus (sus ka), satisfechos y reunidos en el Señor del Doble-País.”⁵

En relación con la literatura mitológica del III milenio a.C. en Mesopotamia, Thorkild Jacobsen denomina mitos sobre el origen, a aquellos “[...] que se refieren al origen de algún ente particular o de un grupo de entes dentro del cosmos: los dioses, las plantas y los hombres” (Jacobsen, 1988:202).

Dentro de esta tradición se hallan distintas versiones acerca de la creación de la humanidad. Una de ellas está representada por el mito sumerio de Enki y Ninmah, según el cual el hombre es modelado a partir de la arcilla. En el mito de Artrahasis, el hombre es formado a partir de una mezcla de arcilla, carne y sangre del dios We al que se da muerte. Otra versión se encuentra en textos que narran la creación de la humanidad a partir de la tierra. Uno de ellos es el Poema de la azada:

“En Uzuea él (Enlil) hizo entrar la azada. Metió la cabeza de la humanidad en el molde; hacia Enlil, en su país (la humanidad) se abrió paso entre la tierra; él miró complacido a sus cabezas negras.”⁶

Un mito posterior, el Enuma elish –relato babilónico de la creación– escrito en acadio a mediados del II milenio a.C., sitúa como personaje central del relato al dios Marduk, quien crea al hombre con la sangre del dios asesinado Tiamat. Para Marco Simón, se trata de un mito que sirve para justificar el trabajo humano, al que se concibe no como castigo sino como destino, igual que la muerte.

“[...] Cuando Marduk oyó la palabra de los dioses, su corazón le urgió a crear una bella obra. Abriendo la boca, se dirigió a Ea, y le comunicó lo que él mismo había imaginado. ‘Amasaré sangre y crearé huesos. Estableceré un salvaje, hombre se llamará. En verdad, un hombre salvaje crearé. Se le encargará el servicio de los dioses, a fin de que éstos puedan reposar’ [...].”

Jacobsen apunta que, en el I milenio a.C., cuando Asiria se convirtió en la potencia dominante del Próximo Oriente, los escribas asirios sustituyeron a Marduk por el dios Assur e hicieron algunas adaptaciones del relato babilónico en función de las necesidades de la nueva versión. Señala, además, que debió haber existido una versión sumeria anterior al Enuma elish, en la que el personaje central era el dios Enlil; se basa en que la acción que el mito babilónico atribuye a Marduk, haber separado el cielo y la tierra, es atribuida a Enlil en otros mitos. Concluye que si bien no es posible saber con certeza a qué época se retrotrae el mito original, se podría pensar que su origen se hallaría en el III milenio a.C. (Jacobsen, 1988:224-225).

Cuando se aborda el estudio de los mitos es válido preguntarse por cuestiones relativas a la elaboración (considerando los contextos de producción) y a la recepción. Podemos entender la elaboración de los mitos de origen como uno de los modos de fijar sentidos en sociedades estatales (como las que hemos considerado), en las que la escritura tenía no sólo un uso administrativo sino también lo que Oppenheim (2003:224) llama un uso vinculado al saber sagrado, con el propósito de “congelar una tradición”.

Sin embargo, esto no impedía la reescritura de los relatos. Por eso es preciso considerar el momento histórico de la producción del mito, la tradición previa que recupera selectivamente y las operaciones de sustitución que pone en juego la nueva escritura.

En cuanto al público receptor de los mitos, es conveniente tener presente su diversidad, ya que estamos en presencia de formaciones sociales estratificadas, en las que la escritura estaba restringida a los escribas y a algunos miembros de las élites. Mario Liverani (1995:60) plantea que los textos sólo resultaban accesibles para un pequeño círculo cortesano, y estaban dirigidos a la propia clase dirigente, constituyendo una especie de autoadoctrinamiento. Para el público más amplio la recepción debió haber estado mediada por la difusión oral, las representaciones iconográficas y los rituales.

Por último, la recepción que hoy nosotros hacemos de esos relatos no sólo está mediada por las interpretaciones de los especialistas, a las que es inevitable recurrir, sino que, como lectores, les atribuimos sentidos muy distintos de los que pudieron haberles otorgado los receptores originarios.

Notas

1. Con este término, acuñado por los griegos, aludimos a la civilización que, a partir del IV milenio a.C., se desarrolló en la región delimitada por los ríos Éufrates y Tigris, y que comprende a sumerios, acadios, babilonios y asirios.
2. Este poema épico acadio, cuya primera versión data de la época paleobabilónica (primer tercio del II milenio a.C.) recoge selectivamente diversas tradiciones sumerias. Se da el nombre genérico de acadio a las lenguas pertenecientes a la rama oriental del semítico, incluyendo el babilonio y el asirio. Silva Castillo, J. (2004), *Gilgamesh o la angustia por la muerte (poema babilonio)*, El Colegio de México.
3. Constituye un ejemplo de ello el ritual del Año Nuevo mesopotámico *-Akitu-*. En el templo se recitaba el poema de la creación con el fin de asegurar la fertilidad.
4. Esta denominación comprende las dinastías faraónicas a partir de la unificación política del valle del Nilo (3100-3050 a.C.) hasta los comienzos de la época helenística (S. IV a.C.).
5. Esta expresión se refiere a la unidad del Alto y del Bajo Egipto (el valle y el delta respectivamente). Barry Kemp señala que en la visión del mundo del antiguo Egipto se destaca la defensa de una unidad territorial mística por encima de las divisiones geográficas, responsabilidad atribuida a la monarquía, que se proyecta como supremo símbolo de poder. En la ceremonia de coronación del faraón se representaba la unión ritual del Alto y del Bajo Egipto. El monarca, además, contaba con una serie de atributos que simbolizaban dicha unión, como la doble corona. (Kemp, B., 1996).
6. Los sumerios se llamaban a sí mismos "cabezas negras".

VI. Problemas y procesos históricos

1. Algunas problemáticas comunes al mundo griego y romano en la Antigüedad

Hemos hecho ya referencia a la posibilidad de trazar lineamientos que permitan pensar la unidad del área de trabajo.

Al respecto, planteamos ahora algunos ejes a partir de los cuales podrían estudiarse comparativamente ciertos aspectos de la sociedad griega y de la romana. Las cuestiones elegidas de ninguna manera constituyen una lista cerrada ni agotan aquella posibilidad.

2. El análisis de la sociedad y del Estado

Son numerosos los textos que muestran que los antiguos se pensaron a sí mismos como integrantes de un todo social expresado en un Estado como núcleo de poder coactivo que ejerce la dominación sobre la sociedad en su conjunto pero que a la vez forma parte de ella, un sistema político que no anula otras modalidades en las relaciones sociales, pero que las abarca y está por encima de ellas, les confiere un sentido.

Ahora bien: tanto la palabra como el concepto de Estado son objeto de discusiones y debates en las Ciencias Políticas, debates que se proyectan también sobre la Historia (Bobbio, 1998:68-187).

El análisis del fenómeno del poder político y de sus modalidades incorporó el término *Estado* a su vocabulario a partir de la difusión que alcanzó *El Príncipe* de Maquiavelo.¹

Esto no significa que la connotación alusiva al Estado moderno haya sido introducida por él, puesto que desde algún tiempo antes el término latino "status" ya se

había deslizado desde su sentido anterior vinculado a “situación”, a este significado nuevo.

Lo que sí es válido es que a partir de la obra de Maquiavelo, “[...] el término ‘Estado’ sustituyó paulatinamente [...] los términos tradicionales con que había sido designada hasta entonces la máxima organización de un grupo de individuos sobre un territorio en virtud de un poder de mando: *civitas* que traduce el griego *polis*, y *res publica*, con la que los escritores romanos designaban al conjunto de las instituciones políticas de Roma, precisamente de la *civitas*” (Bobbio, 1998:86-87).

El nuevo nombre ha dado ocasión a que muchos historiadores y científicos políticos adviertan que ese “Estado” del que hablan Maquiavelo y otros pensadores posteriores, es una realidad desconocida para los antiguos, de lo cual deducen que el uso del término debería restringirse para designar aquellas formaciones políticas que surgen a partir de la crisis de la sociedad medieval, es decir, los Estados modernos.²

¿Es que la palabra “Estado” así resignificada señala una realidad tan nueva, que no sería correcto utilizarla para aludir al fenómeno del poder político en las épocas históricamente anteriores? ¿Cómo, entonces, deberíamos referirnos a aquellos sistemas políticos?

El debate –señala Bobbio– pasa por una cuestión a precisar: si el punto de partida es una definición amplia o restringida del Estado.

Para entender el fenómeno del ordenamiento político, el problema no es si el Estado existe como tal solamente desde la época moderna en adelante, sino más bien si entre el llamado Estado moderno y los ordenamientos anteriores se encuentran semejanzas y diferencias, si deben resaltarse más unas que otras, cualquiera que sea el nombre que quiera darse a los distintos ordenamientos: es necesario ubicar los cambios más allá del léxico, en el paso de una forma de ordenamiento a otra, en el señalamiento de los elementos de discontinuidad y de los de continuidad, sin que pueda sorprender la aparición de un nombre nuevo (Bobbio, 1998:92).

Por otra parte, llama la atención que el pensamiento moderno, para reflexionar sobre los fenómenos del poder de su propio tiempo o sobre el deber ser de un ordenamiento político, haya recurrido una y otra vez a la tradición clásica (plasmada en obras tales como la *Política* de Aristóteles, la *Historia* de Tucídides o la de Polibio sobre Roma, entre otras) o haya tomado muy frecuentemente sus referencias de la historia romana, ya de la República, ya del Imperio.

También cabe recordar que gran parte del léxico de lo que hoy son las Ciencias Políticas, proviene de términos griegos y latinos: aristocracia, oligarquía, tiranía, democracia, demagogia, hegemonía, dictadura, magistratura, república, ciudadanía, ley, príncipe, imperio, dominación y tantos otros, inclusive hasta el propio nombre de la política. Y los nombres llevan a reflexionar sobre su contenido conceptual y sus resignificaciones, sobre su recepción a través del tiempo.

A sabiendas de que el Estado identificado por Maquiavelo y los filósofos políticos que vinieron después de él difiere claramente de los sistemas políticos antiguos, reivindicamos el uso del nombre “Estado” en relación con estos últimos, en tanto nos referimos a aquel poder capaz de ejercer la dominación en última instancia sobre la sociedad, es decir, un poder coactivo superior y legítimo –en su contexto histórico– para asegurar funciones que sólo pueden ser realizadas por quienes estén en posesión del mismo.

Al respecto queremos recordar que –tal como ya lo hemos planteado– los conceptos y categorías analíticas siempre presentan ciertas dificultades para el historiador que se ocupa de la Antigüedad, puesto que muchos han sido construidos en etapas o momentos históricos muy posteriores y diferentes a los que se quiere estudiar, o bien han adquirido otros significados. Son herramientas cargadas de historicidad, que necesitan ser resignificadas en relación con los procesos o problemas específicos a analizar.

El concepto de Estado es ejemplo de ello. Creemos válido disociar la palabra del fenómeno específico para el que fue utilizada por Maquiavelo y otros teóricos del Estado moderno, y consecuentemente, la usaremos con frecuencia para referirnos a las cuestiones relacionadas con el poder y la dominación en el mundo antiguo, en las sociedades de cuyo estudio nos ocupamos. Ciertamente, deberemos identificar con precisión cuáles son sus rasgos específicos.

Los antiguos concibieron la relación entre Estado y sociedad de tal manera que la organización política fue el centro de todas las reflexiones sobre la vida social del ser humano, ese *politikon zoon* de los griegos, cuya existencia es imposible fuera de la polis. Así lo expresa Aristóteles, autor del primer tratado de análisis político:

“No puede ponerse en duda que el estado está naturalmente sobre la familia y sobre cada individuo, porque el todo es necesariamente superior a la parte, puesto que una vez destruido el todo, ya no hay partes, no hay pies, no hay manos, a no ser que por una pura analogía de palabras se diga una mano de piedra, porque la mano separada del cuerpo no es ya una mano real. [...] Lo que prueba claramente la necesidad natural del estado y su superioridad sobre el individuo es que, si no se admitiera, resultaría que puede el individuo entonces bastarse a sí mismo aislado del todo como del resto de las partes; pero aquél que no puede vivir en sociedad y que en medio de su independencia no tiene necesidades, no puede ser nunca miembro del estado; es un bruto o un dios.” (Aristóteles, 1962:24)

Contrariamente a nuestra concepción presente, *politikon* abarca lo político y lo social, sin que se conciba una distinción entre ambos planos.³ Y claramente, allí donde el traductor a una lengua moderna ha escrito estado, debemos leer “polis”.

Cabe señalar que a partir del surgimiento de la sociedad industrial en el mundo contemporáneo, la relación entre instituciones políticas y sociedad se ha invertido

con respecto a la Antigüedad, de manera que hoy la sociedad es el todo, y el Estado en tanto sistema político, es con respecto al sistema social un subsistema. Esta problemática se manifiesta también en el plano de la reflexión: las Ciencias Políticas están dentro del campo más amplio de las Ciencias Sociales.

Otro debate diferente es el que gira en torno a un problema central en la Antropología cultural y las Ciencias Políticas, el del origen del Estado entendido en su sentido amplio: cuándo, cómo, por qué, en qué circunstancias del proceso histórico, a partir de una comunidad primitiva y de los nucleamientos sustentados en vínculos de parentesco, emerge un ordenamiento político, un poder coactivo institucionalizado y legitimado, que se instaura por encima de aquellos.

No se ha dado una única modalidad de Estado en el mundo grecorromano.

Para las épocas más tempranas, encontramos dos casos muy peculiares, de una índole diferente a la de las etapas históricas más conocidas. En primer lugar, el caso de Creta, donde estaríamos frente a un ejemplo de estado prístino;⁴ un poco más tardíamente, el caso micénico. Ambos sugieren múltiples relaciones con el Cercano Oriente.

En general se pueden señalar dos funciones del Estado en relación con la sociedad de la cual forma parte. En una sociedad dividida en clases, es un elemento de unificación, que pretende lograr la cohesión a escala política, por encima del conflicto entre aquellas. Constituye a la vez un instrumento para ejercer la dominación de unas clases sobre otras, pero también para encarar la realización de las tareas comunes a la sociedad para su prolongación en el tiempo.

Dilucidar cómo se articulan ambas funciones del estado: la total –su papel representativo de las necesidades de la comunidad–, con la parcial –su acción como representante de los intereses de la(s) clase(s) dominante(s)– constituye un importante problema para el análisis histórico-social, tanto desde el punto de vista teórico como empírico.

Desde un punto de vista analítico, en el mundo antiguo lo político es el marco y la expresión de lo social: la conflictividad social se expresa en las disputas por el poder político. La presencia del no-Estado siempre constituye un límite, tanto de hecho como de principio, a la expansión del Estado.

No obstante, las relaciones entre lo político y lo social son variables, y especialmente difieren según estudiemos los sistemas basados en el ejercicio de la ciudadanía, o los imperios.

Nos limitamos por ahora a señalar los casos que luego serán analizados en su etapa histórica específica.

¿Qué es el Estado en la etapa histórica que comienza con la polis?

¿Es algo más que la comunidad de ciudadanos, más o menos amplia o restringida, según se trate de la polis (aristocrática, democrática, oligárquica) o la ciudad-estado romana?

En el seno de esa comunidad se instalan los conflictos entre ciudadanos, como –por ejemplo– en la ciudad arcaica, tanto griega como romana, las luchas por la tierra, por la libertad del ciudadano esclavizado por deudas, por las leyes escritas, por el pleno acceso a los derechos cívicos. O en la Atenas de finales del S. V, entre los partidarios de la democracia radical y los que buscan la implantación de un régimen oligárquico. O en la ciudad romana de la República temprana, las luchas entre patricios y plebeyos, y en la más tardía, las dirigidas por los Gracos.

En todos los casos, los sectores en conflicto luchan por el poder que les permita satisfacer sus reclamos e intereses, por controlar las palancas de mando del Estado, aquéllas que regulan la toma de decisiones –las de un individuo o las de un sector de la ciudadanía– decisiones de las que deriva una coacción sobre el conjunto.

¿Y qué es el Estado cuando nos ocupamos de los imperios?

Frente al fenómeno imperial y a la dominación que él conlleva, nos volvemos a encontrar ante la necesidad de definir de qué estamos hablando, qué implica el uso de este concepto en el mundo antiguo.

No en vano, la palabra “imperio” proviene del latín *imperium*⁵ y el concepto tiene sus raíces en la experiencia histórica del Imperio Romano. En cuanto al término “imperialismo”, suele ser usado por los historiadores para designar, en el mundo antiguo, las políticas de dominación, las medidas que éstas conllevan –que incluyen la conquista territorial, pero que no se agotan con ella– y las tomadas a posteriori, para consolidarlas.

La experiencia romana fue modelo para otros procesos de dominación posteriores que la tomaron como marco referencial y que inclusive han intentado imitar hasta su propia denominación y sus símbolos.⁶

Tuvo también sus precedentes, que no lograron desarrollar ni las bases ni los mecanismos necesarios para una larga duración en el tiempo.

En el caso del imperio ateniense del S. V (cara opuesta y sólo aparentemente contradictoria de la democracia) los límites se encuentran en la concepción misma de la polis, que se supone debe ser necesariamente pequeña en extensión y en número de miembros: no puede expandirse más allá de sus límites, entendida como comunidad de ciudadanos y como territorio, pero a la vez, para asegurar su subsistencia, precisa imponer su dominación sobre otras *poleis*, lo que termina llevándola a su destrucción.

En cuanto al imperio construido efímeramente por Alejandro en el último tercio del S. IV, si bien se llega a concebir la universalidad de la dominación, la expansión terri-

torial engloba tal amplitud y heterogeneidad de espacios y sociedades, que hace imposible su permanencia en el tiempo y consecuentemente se produce su rápida fragmentación.

Roma, en cambio, elabora y lleva hasta sus últimas consecuencias un sistema de dominación entre cuyos rasgos más notables señalamos:

- El desarrollo progresivo del poder militar, con la correlativa expansión hacia nuevos territorios mediante la conquista.
- Los medios de acción que reafirman permanentemente ese poder y que lo arraigan sobre el territorio.
- La unicidad del poder imperial, con un centro político, simbolizado en la persona del *Imperator* y un núcleo geográfico principal, la *Urbs* romana, centro coordinador de la acción sobre núcleos secundarios en el territorio.
- La participación de esos núcleos secundarios con centros en las ciudades, en la estructuración de la red de relaciones que afianza el poder imperial y el sometimiento a él de territorios y sectores subalternos de la sociedad.
- La perennidad de ese poder, esto es, su permanencia en la larga duración, legitimada por la concepción de su continuidad y su perdurabilidad en el tiempo.
- La necesidad de ese poder, ideológicamente concebido como instrumento imprescindible para el triunfo de “la civilización”.

Hacia finales de la etapa que estudiamos, a partir del surgimiento del cristianismo, religión universalista, la problemática de las relaciones entre la Iglesia –la sociedad religiosa– y la sociedad política –el Estado imperial– adquiere una nueva dimensión. Después de combatir a la Iglesia, el Estado se transforma en su defensor; pero la perpetuidad del Imperio deriva de la eternidad de la Iglesia.

“Con la difusión del cristianismo el no-Estado se vuelve una institución con la que el Estado tiene continuamente que vérselas, un verdadero y propio poder que desde el inicio afirma su supremacía sobre las potestades terrenales con el principio ‘imperator intra ecclesiam, non supra ecclesiam’ (el emperador está dentro de la iglesia y no por encima de ella). (San Ambrosio, Sermo contra Auxentium, 36).”
(Bobbio, 1998:170-171)

3. La sociedad y la cuestión de las clases sociales en el mundo antiguo

Las clases sociales en un sentido estricto surgieron históricamente en aquellas sociedades –fundamentalmente europeo-occidentales– que después de atravesar las revoluciones democrático-burguesas, afrontaron los procesos de transformaciones y luchas propias de la industrialización. Justamente, el concepto de cla-

se social fue usado como una herramienta de análisis para interpretar dichos procesos, sobre todo en lo relacionado con la conformación del proletariado industrial.

“El concepto de clase social implica dos aspectos que no son incompatibles entre sí, pero que a menudo son destacados de distinta manera por los diversos autores: desde un punto de vista teórico, el concepto de clases sirve para identificar las agrupaciones de hecho que surgen en la estructura de las desigualdades sociales; desde un punto de vista histórico, sirve para identificar los sujetos del curso de la Historia, es decir, las entidades colectivas que se presentan como artífices del devenir de la sociedad.” (Bobbio, 1983)

Fue Carlos Marx quien –sin explicitarlo totalmente– construyó sobre un concepto de clase toda su teoría de la sociedad y de la Historia. Para él: “[...] *la clase social se define por las relaciones que la unen con las demás clases, y estas relaciones dependen de la diversa posición que ocupan las clases en el sistema productivo*”. Es decir: la posición que se ocupa dentro de las relaciones sociales de producción es un elemento esencial para la definición de una clase.

Pero también es fundamental tener en cuenta que “[...] *las clases constituyen un sistema de relaciones en que cada clase presupone la existencia de otra u otras*” (Bobbio, 1983). Es en la confrontación de unas con otras, que se van conformando las clases sociales, a través de la percepción colectiva de los intereses propios que enfrentan a unas con otras y de la toma de conciencia de la contradicción real entre sus intereses y los intereses de esas otras. Ese conflicto está también estrechamente vinculado con la apropiación y la distribución del excedente social.

¿Cómo interpretar la compleja cuestión de las clases sociales en el mundo antiguo?

Nos encontramos frente a un problema en el que –tal como ya se ha planteado– la utilización de estos conceptos y categorías analíticas presenta ciertas dificultades, puesto que han sido construidos frente a procesos históricos muy posteriores y diferentes a los que se quiere estudiar. Son herramientas cargadas de historicidad, que necesitan ser resignificadas en relación con los procesos o problemas específicos a analizar.

Hasta la época de la revolución industrial y mientras la tierra fue el principal instrumento de producción, la relación de los seres humanos con ella había sido el criterio fundamental para asignar las funciones sociales y para determinar las posibilidades y las modalidades de la apropiación de los bienes materiales y simbólicos generados por una sociedad.

En el mundo antiguo, las bases de la economía son fundamentalmente rurales: poseer o no poseer la tierra, trabajar la propia tierra o trabajar forzosamente la de

otro, disponer del excedente social que otros producen, son todas circunstancias que asignan y definen un lugar en las relaciones de producción características de las sociedades agrarias.

Así, por ejemplo, muchos de los principales conflictos en la polis griega y en la ciudad-estado romana republicana, han tenido como motivación principal la lucha de campesinos por la propiedad de la tierra. Pero se trata fundamentalmente de campesinos-ciudadanos, que son miembros de la comunidad cívica, y por ello, sujetos de derechos asociados a la condición de ciudadanos. Esto es válido en ambos casos, aún para aquellas situaciones características de la etapa arcaica, cuando una parte de los ciudadanos no tiene acceso a esos derechos, pero justamente la lucha se explica precisamente por la conciencia de ello. En las próximas páginas nos ocupamos del análisis de esta cuestión, en relación con las diversas modalidades de trabajo dependiente no esclavista.

Esas luchas se dan entre ciudadanos propietarios y no propietarios, es decir, dentro de los marcos políticos del estado antiguo, y por ello vinculadas a las disputas por el poder.

En el mundo antiguo, pues, se hace preciso diferenciar las clases sociales de las categorías legales (Austin, Vidal Naquet, 1986:). Y dentro de una misma categoría legal de ciudadanos nos encontramos con diferentes clases sociales, grupos de individuos que ocupan un diferente lugar en las relaciones de producción, que se enfrentan con otros grupos cuyos intereses son opuestos, y que tienen conciencia de ello.

En los tiempos “clásicos” de la polis –S. V y IV a.C.– esas categorías legales son nítidas: desde ese punto de vista, ciudadanos, metecos y esclavos quedan claramente diferenciados. También lo son las de la etapa “clásica” del mundo romano, una sociedad más compleja que la de la polis, que analizaremos luego.

Frente al fenómeno de la esclavitud –uno de los componentes específicos de las sociedades grecorromanas– surge, entre otros, el interrogante acerca de si los esclavos constituyen o no una clase social.

Los esclavos, tanto en el mundo griego como en el romano no ocupan como colectivo social un mismo lugar en las relaciones de producción: los encontramos en el laboreo de la tierra, en la cría de ganado, en las minas y canteras, pero también en el trabajo artesanal, en la práctica del comercio, en el servicio doméstico o en la satisfacción de los deseos físicos del amo. En el Imperio Romano específicamente, cumplen funciones tan dispares como remar en la flota, luchar como gladiador en los grandes espectáculos públicos o inclusive, como el caso de los esclavos de la *familia Caesaris*, ubicados muy cerca del poder, estar vinculados directamente a la administración imperial o los favores del César.

Ciertamente, si pudiéramos contar con estadísticas para el mundo antiguo, encontraríamos a la mayoría de ellos en las tareas productivas. Así lo manifiesta la

expresión latina: el esclavo es el *instrumentum vocalis*, equiparado, a través del sustantivo, con el *instrumentum semivocalis* –el buey, el caballo, el asno– y con el *instrumentum mutuuum* –el arado y en general, las herramientas para la producción rural–. En una nítida construcción discursiva, expresiva de la ideología de la clase dominante, sólo el adjetivo diferencia entre sí a todos estos instrumentos.

No obstante, la inserción de los esclavos en la sociedad aparece fragmentada y traba fuertemente toda posibilidad de constituir una conciencia común. Las sublevaciones colectivas que han alcanzado trascendencia histórica son pocas y se sitúan temporalmente en la etapa tardía de la República Romana.

Lo que unifica analíticamente a los esclavos es que quedan abarcados dentro de una misma categoría legal: la que los transforma en una propiedad de su dueño, en un instrumento o herramienta que el amo utiliza a voluntad, en una mercancía que tiene un precio de compra y venta. La realidad señalada por esa categoría es la de una relación de carácter vertical entre dos desiguales: el amo y el esclavo, relación en la que el poder y la absoluta arbitrariedad en el ejercicio del mismo, se encuentran en manos del primero. De la misma manera sucede con el destino del segundo, cualquiera que fuere: los premios o los castigos que el amo administra sólo dependen de su voluntad, pues el esclavo no es un sujeto de derechos.

En el mundo romano, esta situación es reforzada por el desarrollo de la legislación, que precisa nítidamente el derecho de propiedad y le da un carácter de dominio absoluto sobre el bien poseído.

¿Dónde quedan situados, pues, los conflictos de clases?

Los más evidentes se dan dentro de la ciudadanía, tanto en la polis griega como en la ciudad-estado romana: en las luchas ya mencionadas entre propietarios y no propietarios, en los conflictos institucionales en que se implican, con su trasfondo de intereses contrapuestos. En las etapas arcaicas en particular, deben ser analizados en relación con las distintas situaciones de dependencia personal en que puede caer un miembro de la comunidad cívica.

Otros conflictos enfrentan a fracciones diferentemente posicionadas de los sectores dominantes, como entre los miembros del orden senatorial y los del orden ecuestre, o se encuentran ocultos bajo relaciones verticales de dependencia, entre ellos los de patrono-cliente en el mundo romano de la República tardía o bajo el Estado imperial.

Los analizaremos en los casos específicos.

En cuanto al conflicto entre amos y esclavos, tomado en términos generales y estrictos, no es precisamente una lucha de clases ni tampoco es de carácter unívoco, sino que se da de diferente manera y con una serie de matices.

Para un planteo preciso del mismo es necesario examinar la categoría de esclavo.

vo en lo que tiene conceptualmente de genérico en el mundo antiguo, pero también las diferentes situaciones que pueden dar lugar a la presencia de una fuerza de trabajo sometida a relaciones de esclavitud.

Por otra parte, los testimonios escritos al respecto son escasos, y además, expresan la mirada de los amos, o al menos de quienes son seres humanos libres.

La observación antropológica puede darnos elementos para comprender esa relación. Si bien se trata de un individuo que carece de libertad y que jurídicamente se define como una cosa que se vende y se compra, nada de ello elimina por completo las características humanas, psicológicas, y morales que en dicha “cosa” se encuentran presentes por tratarse de un ser humano, sometido a otro y que por lo tanto lo define como inferior, pero ser humano al fin.

En la Antigüedad, tanto la ubicación del esclavo en las relaciones de producción, como las diferentes formas por medio de las cuales un individuo podía entrar en la condición de esclavo plantearon tipos de relaciones amo-esclavo muy particulares y disímiles. Desde aquellos individuos que siendo adultos decidían por cuenta propia venderse como esclavos para poder acceder a lugares de importancia en la administración o en la corte imperial, hasta aquellos que recién nacidos eran expuestos en santuarios y vendidos a mercaderes por sus padres con el objeto de obtener algún recurso para alivianar su situación de pobreza.

Abundan los relatos que testimonian diferentes tipos de relación entre amos y esclavos, que podían ir del afecto y el cariño al odio profundo y el maltrato. Pero en general, muestran con toda claridad la singularidad de una relación que, tal como lo señala Paul Veyne:

“[...] es a la vez desigual e interhumana; de modo que el amo querrá a su esclavo, porque ¿qué amo no quiere a su perro, qué patrono a sus buenos obreros, o qué colono a sus fieles indígenas? [...] La esclavitud antigua fue una extraña relación jurídica, que daba lugar a sentimientos banales de dependencia y autoridad personal, así como a relaciones afectivas y no precisamente anónimas.” (Veyne, 1991:61-79)

4. La fuerza de trabajo dependiente, esclavitud y esclavismo

El complejo tema de las formas de trabajo dependiente (de las cuales la esclavitud es un caso particular) constituye uno de los ejes que atraviesan el campo de los estudios del mundo antiguo. Ese mundo –tanto el Cercano Oriente como el área grecorromana– *“[...] experimentó la necesidad de una mano de obra dependiente, sometida por coerción. Estructural e ideológicamente, la mano de obra dependiente era integral, indispensable” (Finley, 1984:141)*. Sin embargo, ambos mundos siguieron una evolución completamente distinta, que dio lugar a diferentes tipos de rela-

ciones sociales predominantes, pero también a fenómenos socioculturales diversos. Cabe señalar, por ejemplo, como lo dice el propio Finley, la inexistencia de una palabra equivalente a "libertad" entre los mesopotamios o los egipcios, o la diferente relación de estas sociedades con sus respectivas divinidades, frente a dioses casi humanizados como fueron los griegos y romanos.

Fue Finley quien insistentemente observó que el mundo grecorromano conoció diferentes modalidades de dependencia personal y trabajo obligatorio (que incluyeron formas esclavistas y no esclavistas de servidumbre) y señaló la necesidad de distinguir entre ellas, a pesar de que al respecto los antiguos no desarrollaron un vocabulario suficientemente preciso. El análisis del contexto expresivo de los textos y de las condiciones sociohistóricas a que ellos se refieren, muestra que en los tiempos arcaicos tanto griegos como romanos, se dio toda una gradación de situaciones que incluye gran cantidad de matices entre dos extremos, el del hombre libre y el del esclavo, problemática que el autor plantea en un artículo ya clásico al que, a partir de unas palabras de Pólux, denomina "Entre esclavitud y libertad".

Cabe aclarar que Julio Pólux es un escritor alejandrino del S. II d.C., de habla griega, quien señala la existencia de seres humanos como los *ilotas* espartanos o los *penestai* de Tesalia, situados "entre los hombres libres y los esclavos" (Finley, 1984:127-147). Entre otros casos posteriores, podemos mencionar también la clientela romana (con variables caracteres según las épocas) y el colonato del Imperio Romano tardío, que se analizarán más adelante.

En la polis griega arcaica cobra especial relieve el caso de la esclavitud por deudas: ciudadanos que han caído bajo la servidumbre de otros, y que después de luchas que se acercan a un estado de guerra civil (la *stásis*), obtienen la libertad: el caso más conocido es el de las reformas de Solón en Atenas. Esta situación puede ser comparada con los conflictos del mismo tipo entre patricios y plebeyos en la República Romana temprana. Son luchas que no atacan la esclavitud en sí, sino sólo el sometimiento de unos ciudadanos a otros, y ponen de relieve una cohesión y una conciencia común entre los que se encuentran sometidos. Su consecuencia, es el acceso pleno a la ciudadanía, a la plena emancipación, lo que lleva a depositar la carga del trabajo obligatorio en el esclavo en propiedad, de origen externo a la comunidad cívica, cuya existencia llega a considerarse como condición necesaria para la libertad. Ser libre llega a significar tanto no vivir bajo la coacción de otro, como poseer la libertad de esclavizar a otro.

Más allá de la originalidad de Esparta como un todo, el caso de los *ilotas*, una población numerosa, probablemente autóctona, pero sometida a servidumbre por la conquista, guarda cierta analogía con lo anterior. Las permanentes revueltas de los *ilotas* contra el Estado y los *espartiatas*, los diferencian nítidamente de los esclavos en propiedad o esclavos-mercancía.

A diferencia de los casos antes señalados, los esclavos en propiedad muy rara-

mente realizaron acciones colectivas para obtener su libertad o pusieron en evidencia una conciencia común (salvo en casos puntuales, como la sublevación dirigida por Espartaco en el último siglo de la República romana). Tampoco apuntaron a la abolición de la esclavitud, sino a la obtención de la propia libertad, inclusive a someter a otros.

Como fuerza de trabajo, en la polis clásica estuvieron ubicados en todas las actividades (en las cuales trabajaban también hombres libres) y no llegó a haber ninguna que estuviera exclusivamente en sus manos, ni siquiera la minería.

En el mundo helenístico, los conquistadores grecomacedónicos apenas modificaron la cúspide de la pirámide social. Incorporaron esclavos en propiedad a su servicio en los centros urbanos, pero instalaron su autoridad sobre un campesinado sometido a distintos regímenes preexistentes de dependencia personal no esclavista.

En el caso romano, luego de la crisis interna de la ciudad-estado arcaica, en su núcleo central –el territorio de Italia– creció en gran medida el número de esclavos en propiedad afectados a la agricultura en los latifundios o al servicio de las familias de la nobleza. Este proceso alcanza su expresión más amplia aproximadamente entre el 150 a.C. y el 150 d.C.

No obstante, también bajo la misma condición legal de esclavo en propiedad, existieron situaciones tan diversas como los esclavos encadenados en las *ergástulas* o en las canteras imperiales, los que actuaban con una cierta independencia en una actividad manufacturera o comercial bajo la forma del *peculium* (generalmente en medios urbanos), o en el otro extremo, los esclavos y libertos imperiales, ya citados, cuya vecindad con el poder les dio posibilidades de movilidad social.

La manumisión dio lugar a mayor variedad de situaciones, diferentes en la polis clásica (donde el esclavo liberado se transformaba en meteco) y en el Imperio Romano, donde pasaba a ser liberto y podía acceder a los derechos de la ciudadanía, aunque su origen servil seguía pesando en la falta de prestigio social de su posición.

Las variadas formas de dependencia personal no esclavistas también vuelven a aparecer en los procesos de desestructuración de la polis y más tarde, durante la etapa final de la sociedad imperial.

Para referirse a esas situaciones “entre esclavitud y libertad”, Finley recurre a una metáfora, la del “espectro”, al comparar con el fenómeno óptico que proviene de la descomposición de la luz cuando atraviesa un prisma de cristal. Entre ambos extremos, cada “categoría social”⁷ –que equivale al status– está situada una al lado de la otra en un continuo. La pregunta: ¿dónde colocar la divisoria entre libre y no libre, libre y esclavo?, no puede contestarse fácilmente y requiere varias distinciones.

La imagen del “espectro” es válida tanto para el Oriente Próximo como para los primeros períodos griegos y romanos, en los que trazar esa línea carece de sentido.

Sin embargo, en Grecia y Roma clásicas “[...] la diferenciación tradicional según

la cual un hombre es o no la propiedad de otro, sigue siendo una regla empírica conveniente para la mayoría de los propósitos. Para ellos la metáfora del continuo se viene abajo. Pero el problema no ha sido entender estas dos sociedades, relativamente atípicas, sino las otras sociedades, que no hemos entendido muy bien, porque en mi opinión, no nos hemos librado de la antinomia esclavo-libre. Y si mi enfoque resulta útil, pienso que conducirá a un mejor entendimiento de Atenas y Roma, también, en donde la categoría de 'hombre libre' necesita una subdivisión precisa" (Finley, 1984:146). Ciertamente, la condición real del hombre libre también registra variantes de significación: ciudadanos y no ciudadanos, además de las enormes diferencias de status, por ejemplo, entre patricios y plebeyos.

Pero del análisis surge que la antinomia libre-esclavo no puede extenderse a la totalidad del mundo grecorromano, ni en sentido espacial ni temporal. Sólo es válida para los tiempos clásicos:

"Para un griego de la era de Pericles o un romano de los días de Cicerón, 'libertad' se había convertido en un concepto definible, y la antinomia, esclavo-libre, una diferenciación aguda, llena de sentido. [...] 'Libertad' no es un concepto menos complejo que 'servidumbre' o 'esclavitud'; es un concepto que careció de significado y existencia en la mayor parte de la historia del hombre; finalmente tuvo que ser inventado, y esta invención sólo fue posible en condiciones muy especiales. Incluso después de haber sido inventada, además, siguieron existiendo muchos hombres que no podían ser socialmente ubicados ni como esclavos ni como libres, que estaban 'entre la esclavitud y la libertad', en el lenguaje impreciso de Aristófanes de Bizancio y Julio Pólux." (Finley, 184:131)

Cierra su planteo con lo que llama "un modelo altamente esquemático de la historia de la sociedad antigua": en Grecia, desde una sociedad en que los estamentos se ubicaban a lo largo de un continuo, hacia otra en que se concentraban en dos extremos, libre y esclavo; luego, bajo el Imperio Romano, se revirtió el proceso, y en sus últimos tiempos se vuelve al continuo de estamentos.

Más allá de la ambigüedad con que utiliza la expresión "clase social", el análisis de Finley es sumamente esclarecedor al respecto de la complejidad de los conceptos de esclavitud y libertad en sus relaciones mutuas, variables según tiempo y espacio, y en su coexistencia, en determinadas situaciones, dentro de un espectro o serie continua entre ambos términos como extremos de la jerarquía social. Los casos históricos específicos analizados muestran una diversidad de situaciones, al respecto de las cuales se pueden observar los criterios subyacentes a la metodología comparativa:

En una sociedad con esclavos, la "esclavitud" constituye un fenómeno cuantita-

tivo. En ella coexisten hombres libres con una considerable cantidad de esclavos, que pueden tener el carácter de “bienes de prestigio” o estar afectados a tareas domésticas o artesanales, pero su presencia no llega a afectar la producción global de esa sociedad. Hay esclavos, pero no se llega a constituir un sistema esclavista.

Ciertas formas de dependencia personal –tales como la esclavitud por deudas o el caso de los *hectómoros*– son “endógenas”: surgidas dentro de la comunidad cívica, afectan a aquellos miembros de la misma que han perdido sus derechos y que han quedado sometidos a otros integrantes más poderosos. Como ya se ha señalado, Atenas misma durante su etapa arcaica, es un ejemplo de ello; y también lo es la temprana República Romana, en la cual una parte de los plebeyos está sujeta a la esclavitud por deudas y por tanto, privada de todo derecho cívico.

Sin embargo, como dice Finley (1982:97)⁸ mientras explica el surgimiento del “esclavismo”, “[...] *la esclavitud fue una forma tardía y relativamente infrecuente del trabajo involuntario, en la historia del mundo en general y en la historia antigua en particular*”.

Las épocas propiamente esclavistas son los tiempos clásicos, que corresponden en el área griega a los siglos V y IV a.C., y en la romana, a los siglos II y I a.C. y I y II después de nuestra era.

El “sistema esclavista” se constituye a través de un proceso, que no afecta por igual ni a todas las áreas de la Hélade, ni llegado el momento, a todo el territorio conquistado por Alejandro o dominado por Roma.

Al respecto de su formación es interesante la hipótesis presentada por Finley, según la cual “la demanda de esclavos es anterior al suministro”. Al respecto, considera que históricamente se han dado tres condiciones necesarias y suficientes para la aparición de una sociedad esclavista, que se potencian entre sí:

- el desarrollo de la propiedad privada de la tierra, con una concentración suficiente en pocas manos como para necesitar trabajadores extrafamiliares que mantengan en un nivel constante la fuerza de trabajo;
- un crecimiento suficiente de la producción mercantil y de los mercados, básicamente urbanos;
- la falta de una mano de obra sometida interna –que ha desaparecido en las luchas entre ciudadanos de la etapa arcaica– lo que impulsa a los patronos a buscarla en el exterior.

La guerra sería la principal vía de captura de prisioneros, generalmente vendidos y transformados en esclavos. El comercio de seres humanos también tendría su parte en el aprovisionamiento de la fuerza de trabajo.

En Atenas tenemos el ejemplo más conocido en el mundo griego de la transformación de una “sociedad con esclavos” en una “sociedad esclavista” asentada sobre un sistema, que llega a constituirse plenamente en los siglos V y IV. El fenómeno

cuantitativo se ha hecho cualitativo, de manera que el número de esclavos incide netamente en la trama de relaciones del conjunto social y en la estructura productiva, y posibilita que esa sociedad y muy especialmente sus sectores más poderosos subsistan con los excedentes generados por esta fuerza de trabajo. Condiciona igualmente un sistema de representaciones simbólicas en el que el trabajo manual queda desvalorizado, ya que se lo identifica con una obligación propia de esclavos, o al menos con una obligación de aquellos que legalmente son libres, pero que, por su condición material de pobreza no gozan de la plenitud de la libertad propia de aquellos otros que por su riqueza, pueden dedicar su tiempo a la política, a las letras o a la filosofía.

El pensamiento de Aristóteles, es un ejemplo extremo: al fundamentar la antinomia libre/esclavo en un supuesto dictamen de la Naturaleza, que habría dispuesto que algunos nacieran para mandar y otros para obedecer, muestra el sistema esclavista con la máxima crudeza.

En el Imperio de Alejandro y en los reinos helenísticos que se forman a su muerte, la esclavitud sigue existiendo en las mismas zonas en que se habían desarrollado antes, y también en las nuevas ciudades que los grecomacedónicos fundan en el Cercano Oriente, donde la introducen como un elemento de su modalidad de existencia. Pero las relaciones sociales predominantes en las áreas rurales de los territorios conquistados siguen siendo las heredadas de las más antiguas civilizaciones, es decir las de un campesinado encuadrado en formas de dependencia no esclavistas.

La formación del sistema esclavista en el mundo romano es un fenómeno que alcanza una envergadura mucho mayor que en el caso griego. Esa diferencia de escala está directamente vinculada con el proceso de la conquista y de la expansión territorial, generador de enormes cantidades de prisioneros vendidos como esclavos.

Sin embargo, estos esclavos de origen exógeno, vienen a llenar, como en el caso griego, una necesidad previa: la desaparición durante los conflictos de la época arcaica, en ambas áreas y en alto grado, de la fuerza de trabajo dependiente de origen endógeno, es decir, la liberación de los ciudadanos y su pleno acceso a los derechos cívicos.

Oportunamente analizaremos la desarticulación de ese sistema.

5. La economía de la Antigüedad:⁹ una economía predominantemente rural e integrada en la sociedad

La palabra griega *oikonomia* ha dado lugar, a través de la larga y compleja historia de las lenguas, al término moderno “economía”; no obstante, la modificación no es sólo morfológica, sino también semántica, cuestión estrechamente vinculada a los procesos históricos.

Para los griegos *oikonomia* quiere decir:

"[...] 'gestión de la propiedad familiar' (el 'oikos') en el sentido más amplio de la expresión (si se quiere, economía doméstica), y no sólo en un sentido estrictamente económico. Asimismo puede significar 'gestión, administración, organización' en sentido más general y aplicarse a distintos campos; así pues, podrá hablarse de la oikonomia de los asuntos de la ciudad y ahí tenemos el origen de la actual expresión 'economía política'." (Austin, Vidal-Naquet: 1986:23-24 y ss.)

Dos obras del S. IV llamadas *Oikonomia* (una de Jenofonte y otra atribuida a los aristotélicos) se ocupan de las funciones del jefe del *oikos*, algunas que hoy consideraríamos económicas, pero también otras que no relacionaríamos con la economía, aunque todas se fusionaban en la posición que la misma persona ejercía como dueña de la propiedad y como centro de la autoridad sobre una trama de relaciones sociales.

Este es uno de los muchos casos en que se advierte que para los griegos (y también más tarde para los romanos) la economía en el sentido actual no constituyó en absoluto ni una esfera de la realidad ni una categoría autónoma. Al estar integrada la economía en una red de relaciones sociales, las cuestiones que hoy denominaríamos económicas se manifiestan a través de otras vías: las acciones políticas, los juicios de valor, inclusive las cuestiones religiosas, éticas o estéticas.

Así, por ejemplo, el valor superior asignado a la agricultura por sobre otras actividades no consideradas dignas del hombre libre, la ambigüedad en cuanto a la técnica (expresada inclusive en lo religioso, como es la figura del dios artesano, Hefestos, capaz de realizar obras maravillosas, pero que además se diferencia de los otros dioses por su fealdad), la inexistencia de un concepto de trabajo que incluyera la gran variedad de actividades humanas, la valorización de la guerra como medio de adquisición de riquezas, la sobrevaloración del ocio creador –posible en quien posee medios materiales para vivir–, la identificación (sobre todo en tiempos arcaicos) entre los *aristoi* (los "mejores") y la nobleza terrateniente que acapara el poder político y social. Para el caso romano también podríamos señalar muchos ejemplos equivalentes.

La temática económica en la Historia Antigua grecorromana recién comienza a interesar a algunos investigadores hacia finales del S. XIX, cuando entre los clasicistas alemanes se plantea la cuestión del "carácter" de dicha economía.

En la polémica se enfrentan los *primitivistas*, representados por Kart Bücher, (para quienes se trataría, tanto en Grecia como en Roma, de una economía muy simple, de tipo doméstico) y los *modernistas*, encabezados por Edward Meyer (para cuya concepción la economía antigua, aunque con dimensiones menores, tendría una correspondencia con las economías del mundo moderno). Ya en el S. XX, se incorporan al debate algunos historiadores originarios de otros países.

Ambas posiciones reducen la discusión a procurar definir el lugar que Grecia y Roma ocuparían dentro de un supuesto continuo –la evolución histórica de la economía– desde lo más simple a lo complejo, hasta llegar a las economías industriales contemporáneas.

A partir de la década del cincuenta del S. XX se comienza a abrir paso otro planteo en la investigación acerca del lugar y las modalidades de la economía dentro del conjunto de la sociedad antigua grecorromana, que responde a otras cuestiones y que surge al margen del anterior, desde áreas de trabajo que hasta entonces poco habían interesado a la mayor parte de los investigadores del mundo antiguo, más vinculados al estudio filológico de los textos.

En la Universidad de Columbia trabaja entonces Karl Polanyi, quien plantea que en las sociedades anteriores al advenimiento del capitalismo, la actividad económica no había sido una esfera independiente de la vida social, con sus propias reglas, sino que la producción y el intercambio habían estado “engastados” o integrados en otras relaciones sociales, instituciones o actitudes; los bienes y servicios circulaban mediante mecanismos de redistribución y de reciprocidad; los valores eran fijados por las relaciones sociales y no por las leyes impersonales de la oferta y la demanda en un mercado. Esta posición teórica –el *sustantivismo*– marca nítidamente la distinción entre la economía antigua y la del capitalismo, pero no sólo por una cuestión cuantitativa, la diferencia de escala, sino por razones cualitativas. Así, en la Antigüedad los intereses económicos estaban subordinados o se expresaban a través del honor, la política o la guerra. Consecuentemente, deja en claro que el debate entre primitivistas y modernistas había estado planteado sobre bases falsas y carecía de sentido.

Como ya se ha señalado, los intereses científico-sociales de Finley son por entonces ajenos a los de la mayor parte de los estudiosos del mundo clásico. Reconoce expresamente la importancia que tuvo en su formación el conocimiento de la sociología de Max Weber;¹⁰ ha participado también del grupo de investigación interdisciplinario de Polanyi. Ambas influencias son asimiladas por él y lo impulsan a rastrear en el análisis las raíces históricas de las instituciones, a detectar las huellas del pensamiento económico de la modernidad, a plantear la necesidad de los estudios comparativos y a poner en primer plano que ni el mercado ni las clases sociales han desempeñado las mismas funciones en las sociedades antiguas que en las que han sido transformadas por la revolución industrial.

El estudio de la economía antigua sobre estas nuevas bases aparece ya en sus primeros trabajos. En *Studies in Land and Credit in Ancient Athens* concluye que existe en la polis una economía compleja, pero no hay ni mercado de tierras ni de crédito, no hay actividad económica regida por una lógica autónoma, sino préstamos para solventar un consumo destinado a sostener el prestigio de una situación estamental. En *El mundo de Odiseo* (1953), explícitamente utiliza las categorías de Polanyi de

reciprocidad y redistribución, mecanismos que en el mundo homérico constituyen la base de las redes de relaciones internobiliarias, en una economía integrada en las instituciones de la vida social.

Luego de su traslado a Inglaterra (1954), en sus años de trabajo en la Universidad de Cambridge, derivará hacia su transformación –ya en la década del '70– en la principal figura académica dentro de los estudios clásicos que encabeza el replanteo de la historia económica y social de la Antigüedad. A ese período pertenece su trabajo *Entre esclavitud y libertad* (1959).

*La economía de la Antigüedad*¹¹ es la obra de un sociólogo-historiador, un weberiano.

Allí redefine los términos del debate. Entiende que no es posible avanzar en el conocimiento de su objeto de estudio por la mera evocación o incorporación de datos o hechos particulares, sino que la comprensión de su especificidad necesita del empleo de modelos, que asocia a los tipos ideales de Max Weber. Todo modelo es una herramienta de análisis: una abstracción, una imagen estructurada y simplificada de la realidad, que si bien no incluye los detalles propios de los casos individuales, permite comprender y explicar las relaciones significativas entre sus componentes fundamentales. El análisis específico de cada caso permite percibir la gran variedad de situaciones históricas y enriquecer el conocimiento del objeto de estudio.

Su tesis central es que es posible y legítimo construir un modelo coherente de una economía antigua, la del mundo mediterráneo grecorromano entre el año 1000 a.C. y el 500 d.C. aproximadamente.

Sin desconocer los múltiples contactos e intercambios de ese mundo con el Cercano Oriente antiguo, excluye a este último de su análisis, por lo menos hasta que es incorporado por la conquista a los reinos macedónicos y después al imperio romano. Incluirlo significaría trabajar con dos objetos de análisis tan disímiles que exigiría valerse de distintos conceptos y modelos analíticos: *“Lo que importa es el modo en que dos civilizaciones (o complejos de culturas) divergen puntualmente en cada punto, en sus estructuras sociales, en sus estructuras de poder [...], en la relación entre la estructura de poder y la religión, en la presencia o ausencia del escriba como figura clave [...]”*.¹²

Lejos de cualquier simplificación de la realidad, Finley está atento a las variaciones que registra ese mundo en ese largo período de tiempo y en el espacio, en la estructura social, en las modalidades de tenencia de la tierra, en los sistemas de trabajo. Sin embargo considera que: *“hemos de concentrarnos en los tipos dominantes, en los modos característicos de comportamiento”*, algunos de cuyos rasgos enuncia a continuación, lo que le permite ir precisando su objeto de estudio.

“El mundo que los romanos unieron en un solo sistema imperial no tenía tras de él una larga historia sino un número considerable de historias diferentes, que los roma-

nos no querían ni podían borrar [...]”. La diversidad está contenida en la unidad. La justificación para hablar de “economía de la Antigüedad” está, pues, en el hecho de que en sus últimos siglos el mundo antiguo fue una unidad política con un marco cultural-psicológico común (Finley, 2003:43-66).

Su modelo es cualitativo: su estructura de análisis es la situación estamental con el sentido de Weber, para la cual emplea una palabra que reconoce bastante imprecisa: el *status*, pero que considera adecuada ya que tanto griegos como romanos participaban a la vez de categorías que se entrecruzaban y porque también contiene algún elemento de carácter psicológico (vinculado con los valores dominantes que condicionan la conducta de los grupos sociales). El sentido preciso de *status* surge de la ejemplificación que desarrolla.

Se detiene especialmente en áreas que constituyen una clave para el abordaje del mundo antiguo: la vida rural, que incluye las relaciones entre amos y esclavos, entre terratenientes y campesinos; las relaciones entre el campo y la ciudad antigua –una ciudad de consumo–, como fuera identificada por Weber, cuyo ejemplo más pleno es la urbe romana; y finalmente, las relaciones entre la política, expresada en el Estado antiguo y la economía.

La concepción grecorromana del estamento frenó la formación de un mercado de tierras, trabajo y capital, así como bloqueó el progreso de la tecnología, puso límites al comercio y condicionó los comportamientos al respecto, de modo que toda actividad económica quedó engastada en una amplia red de relaciones sociales.

La extensión de los derechos de la ciudadanía a todos los que pertenecieran al cuerpo cívico –obtenida no sin luchas– dificultó que los ciudadanos pobres aceptaran situaciones que los sometieran al trabajo dependiente al servicio de los más ricos, de modo que se generaron condiciones para implantar sistemas esclavistas, en los que la fuerza de trabajo fue constituida por el esclavo-mercancía, el no libre, el ajeno totalmente a la comunidad cívica.¹³

La preocupación por el *status* llevó a que se tendiera –especialmente en los sectores dominantes– a que las actividades productivas estuvieran a cargo de una fuerza de trabajo constituida por los sectores subalternos de la sociedad. La riqueza fue buscada más a través de medios político-militares o por procedimientos vinculados con lo jurídico (sobre todo en el caso romano), que siguiendo lo que hoy llamaríamos caminos específicamente económicos.

De hecho, al tratarse de una economía básicamente asentada sobre la producción rural, los centros urbanos explotan al campo y se sostienen con el trabajo campesino (libre o esclavo) y con los tributos, rentas o impuestos que se le exigen. He aquí nuevamente, la ciudad de consumo.

Dado que el mayor peso de la explotación se transfiere a quienes son ajenos a la

comunidad cívica y que lo político tiene un peso tan fuerte, el impulso hacia la guerra y el imperialismo contienen ingredientes socioeconómicos y constituyen componentes estructurales de las sociedades antiguas.

Surge de todo ello claramente la diferencia cualitativa y específica del mundo antiguo: una vez más, no es una cuestión cuantitativa la que hace inviable el supuesto sobre el que –sin examinarlo– se había montado aquella polémica entre primitivistas y modernistas. En esa diferencia se apoya el planteo de Polanyi: la economía antigua está integrada en la sociedad.

6. El universo de las representaciones simbólicas

Toda sociedad construye a lo largo del tiempo su sistema de representaciones simbólicas, nunca desvinculado de las reales condiciones de existencia, pero jamás reductible exclusivamente a éstas.

Como ya hemos señalado, esta obra intenta ser una herramienta para el abordaje de sociedades establecidas a lo largo de un amplio período temporal y en variados ámbitos geográficos, sociedades que tienen una relativa continuidad temporal y vinculaciones espaciales posibilitadas por las rutas del Mediterráneo y por las vías de acceso a su *hinterland* hasta los límites del mundo “civilizado”: los cursos fluviales, los pasos y puertos de montaña, los valles entre cadenas orográficas, las llanuras interpuestas o costaneras, los oasis como nudos de comunicación al borde de los desiertos del sur y del este. Los contactos multiplicados en el transcurrir del tiempo han sido condicionantes activos de la coexistencia de elementos en común, pero también de notables especificidades. Los fenómenos de expansión y de conquista tampoco han sido ajenos a ello.

El mundo helenístico y más aún, la formación del Imperio Romano han funcionado como puentes que han contribuido a grandes procesos de aculturación, los que sin embargo no pudieron disolver en un todo a aquellos elementos demasiado divergentes o resistentes al cambio.

La herencia griega procesada por el helenismo, vive en la cultura romana, aunque dotada de nuevas connotaciones. La romanidad la reconoce, la incluye y a la vez la trasciende. Pero el proceso de dominación sobre el mundo antiguo también debió asignar lugares a otros aportes, no siempre reconocidos explícitamente por los voceros de la universalidad del poder romano.

La resultante es un conjunto sociocultural de enorme originalidad y riqueza, que ha sido replanteado y resignificado una y otra vez por los tiempos y sociedades posteriores, inclusive hasta nuestro presente.

La literatura, el pensamiento político, la filosofía, el derecho, el teatro, la música, las artes plásticas, ofrecen múltiples ejemplos. El cristianismo, también nacido en la Antigüedad, contiene aún hoy la herencia de ese mundo, complejizada por su enraizamiento en procesos históricos y sociedades diversas.

Resulta imposible en una obra como ésta abordar una herencia de tal magnitud construida durante tantos siglos de elaboración.

Una vez más queremos insistir en la necesidad de recurrir a la abundantísima bibliografía especializada, pero a la vez, de acercarse a las obras originales de los antiguos: observar las imágenes de sus construcciones, esculturas y vasos decorados; analizar inteligentemente los planos de sus ciudades y su vinculación con el trazado de sus rutas u obras de ingeniería; introducirse en el mundo de sus dioses, sus mitos, sus rituales, sus concepciones del mundo y de la vida, sus códigos de conducta. Acercarse sobre todo a los grandes autores antiguos y a sus obras: leer los textos que dejaron poetas, dramaturgos, filósofos, historiadores, pensadores políticos, evangelistas, Padres de la Iglesia... Todos ellos son susceptibles de una lectura en sí mismos, pero también como ya hemos señalado varias veces, de ser abordados como testimonios para la Historia. Analizados en ese sentido, nos abren el acceso a las representaciones simbólicas de un imaginario colectivo y a sus referentes sociales.

Diversas disciplinas especializadas pueden ayudarnos a develar su sentido: la Arqueología; la Historia de la filosofía, de las religiones, de la literatura o del arte; la Antropología y las investigaciones sobre los mitos; los estudios del discurso histórico, y tantos otros. No está dentro de nuestras posibilidades abordarlas en particular, pero sí intentamos valernos de algunos de sus aportes.

El planteo de Chartier –ya esbozado– puede ser una guía general acerca de qué buscar. Recordemos un concepto central, el de representaciones: dado que las producciones intelectuales y estéticas, así como las prácticas sociales “[...] *son siempre gobernadas por mecanismos y dependencias desconocidos por los sujetos mismos [...]*”, ese concepto y los diversos sentidos que pueda tener, permiten designar y relacionar entre sí tres grandes realidades:

“Primero, las representaciones colectivas que hacen que los individuos incorporen las divisiones del mundo social, que organicen los esquemas de percepción y apreciación a partir de los cuales estos individuos clasifican, juzgan y actúan; después, las formas de exhibición del ser social o del poder político que utilizan los signos y actuaciones simbólicas. Finalmente, la representación por parte de un representante (individual o colectivo, concreto o abstracto) de una identidad social o de un poder dotado asimismo de continuidad y de estabilidad.”¹⁴

Ya hemos hecho referencia algunos de los testimonios de la vida social en la Antigüedad y a las maneras en que podemos acercarnos a ellos.

Otros serán objeto de análisis al tratar específicamente el mundo griego o helenizado, y el romano o romanizado.

Muchos más están allí, abiertos al interés de observadores y lectores curiosos.

Confiamos en que esta obra contribuya a estimular el interés por buscarlos, reconstruir las prácticas sociales que los originaron, comprenderlos, valorarlos.

Notas

1. Maquiavelo, Nicolás (en italiano: Niccolò Machiavelli), político y filósofo florentino (1469-1527), autor de *El Príncipe* (1513), tratado en el que analiza con crudo realismo político, las formas de adquirir y conservar el poder, encarnado en el Príncipe. La obra fue escrita después de la caída de la república florentina, situación que lo enfrentó con los Médicis y que le significó la pérdida de sus funciones oficiales y el destierro de la ciudad de Florencia.

2. Max Weber considera que durante el proceso formativo del Estado moderno, el poder público va apropiándose de los medios de servicio y centraliza su poder, mientras paralelamente los poseedores de capital se apropian de los medios de producción. De esto deriva su concepción del Estado moderno, definido por la presencia de un aparato administrativo que se ocupa de la recaudación y los servicios públicos, y por el monopolio legítimo de la fuerza (Bobbio, 1998:91).

3. *“La relación entre la sociedad política que únicamente es la *societas perfecta* y las sociedades particulares es una relación entre el todo y sus partes, en la que el todo, el ente que engloba, es la polis, las partes englobadas son la familia y las asociaciones”* (Bobbio, 1998:79-80).

4. Ver el trabajo de las profesoras Nélide Diburzi y Fabiana Alonso acerca de configuración de los estados prístinos. (Tomo II)

5. Para los romanos, el *Imperium* consistía en la autoridad y las prerrogativas intrínsecas a una magistratura, detentadas por quien la ejerciera. Incluye fundamentalmente el poder de mando, asociado a las más altas funciones del Estado y a la autoridad militar, dotado de un fuerte simbolismo religioso. Era un componente del poder de los primitivos reyes, luego de los más importantes

magistrados republicanos –los que tenían mando de tropas: cónsules, pretores, procónsules– y finalmente de los emperadores. Esta palabra española deriva de aquella raíz latina.

6. El nombre de Imperio fue aplicado más tarde a numerosas y variadas experiencias históricas de dominación, no sólo por los historiadores, sino también por los respectivos actores sociales. Se utiliza también para designar otras experiencias previas a la romana.

En cuanto a “imperialismo” –término mucho más contemporáneo, aunque etimológicamente derivado de la misma raíz latina– ha sido creado para designar al fenómeno expansionista vinculado al capitalismo en su faz monopólica, a partir de las últimas décadas del S. XIX. En el mundo antiguo nos hallamos ciertamente muy lejos de esta significación, (referidas a otras modalidades y herramientas de dominación imperial), de modo que el término debe ser utilizado cuidadosamente para evitar caer en anacronismos y distorsiones de interpretación.

Para una adecuada comprensión, en todos los casos es necesario resignificar la palabra y precisar el concepto en su contexto histórico correspondiente.

No obstante, resulta sugestiva la utilización y manipulación que –en el mundo contemporáneo– otros fenómenos históricos de dominación han hecho de las imágenes y los símbolos del poder romano, en intentos cargados de un fuerte peso ideológico, dirigidos a justificar el ejercicio de su propia violencia en el presente.

7. En algunos momentos, la traducción con que contamos emplea (con bastante ambigüedad) la expresión “clase social”, pero su significación en el contexto y en el pensamiento del autor queda

mejor traducida por "categoría social" y equivale al status. Tener en cuenta las observaciones acerca de la influencia de la sociología de Max Weber sobre el pensamiento de Finley.

8. Sugerimos leer el capítulo II, donde explica la formación del sistema esclavista. (Finley, 1982). Retomaremos estas cuestiones al analizar los casos específicos.

9. Para el comentario de la obra de Finley y en especial de este libro hemos tenido en cuenta el Prólogo de Ian Morris, en: (Finley, 2003:7-36). Para un análisis de los planteos sobre la economía en el mundo antiguo, de su profundo entrelazamiento con la sociedad y de la problemática de su abordaje, sugerimos consultar: (Austin; Vidal-Naquet, 1986:17-44).

10. Para Weber, la categoría más importante en el análisis social es la *situación estamental*, que puede descansar en situaciones de clase, pero que no está determinada sólo por ellas.

11. La primera edición en inglés de esta obra de Finley data de 1973. Las ediciones más recientes incluyen algunas respuestas del autor a objeciones recibidas y algunas revisiones hechas por él.

12. "Las economías del Medio Oriente estaban dominadas por grandes complejos de palacios o templos, que poseían la mayor parte de las tie-

rras labrantías, monopolizaban virtualmente todo lo que pudiera llamarse 'producción industrial', así como el comercio exterior (que incluía el comercio interciudades, no sólo con extranjeros), y organizaban la vida económica, militar, política y religiosa de la sociedad por medio de una sola operación complicada, burocrática y archivadora [...] Nada de esto es aplicable al mundo grecorromano hasta que las conquistas de Alejandro Magno y después de los romanos incorporaron enormes territorios del Medio Oriente. En ese punto tendremos que observar más detenidamente esta clase de sociedad del medio Oriente, Pero, por lo demás, si mi definición de 'Antigüedad' abarcara ambos mundos, no habría un solo tema que yo pudiese analizar sin recurrir a secciones desconectadas, valiéndome de distintos conceptos y modelos." (Finley, 2003:57-58).

13. Tener en cuenta la hipótesis de Finley acerca del origen del esclavismo, que desarrolla integralmente en *Esclavitud antigua e ideología moderna*.

14. Chartier, R., op. cit. Ver un desarrollo más amplio y referencias en: *La renovación más reciente en los estudios históricos del área grecorromana. Los planteos críticos en la Historia como disciplina*.

Bibliografía del Tomo 1

- Anderson, P.** (1995): *Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*. Madrid, S. XXI.
- Austin, M. y Vidal-Naquet, P.** (1986): *Economía y sociedad en la Antigua Grecia*. Barcelona, Paidós.
- Bloch, M.** (1957): *Introducción a la Historia*. México, FCE.
- Bobbio, N.** (1983): *Diccionario de Ciencias Políticas*. S. XXI.
- (1998): *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*. Buenos Aires, FCE, 1ª reimpresión en la Argentina.
- Bonnassie, P.** (1993): *Del esclavismo al feudalismo en la Europa Occidental*. Barcelona, Crítica.
- Bourdé, G. y Hervé, M.** (1992): *Las escuelas históricas*. Madrid, Akal.
- Braudel, F.** (1970): *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, Alianza.
- (1969): *Escritos sobre la Historia*. Buenos Aires, Paidós.
- Brown, P.; Thébert, Y.; Veyne, P.**: "Imperio romano y Antigüedad tardía" en Ariès, Ph.; Duby, G. (1991): *Historia de la vida Privada*. Tomo 1. Madrid, Taurus.
- Burguière, A.** (dir.) (2005): *Diccionario Akal de Ciencias Históricas*. Madrid, Akal.
- Burke, P.** (1996): *Formas de hacer Historia*. Madrid, Alianza (2ª reimpresión).
- Cánfora, L.** (1991): *Ideologías de los estudios clásicos*. Madrid, Akal.
- Cardoso, C. y Pérez Brignoli, H.** (1977): *Los métodos de la Historia*. Barcelona, Crítica.
- Chartier, R.** *Fragmentación del discurso histórico y emergencia de nuevos objetos de análisis*. Universitat de València, s/d.
- Crawford, M.** (1986): *Las fuentes en la Historia Antigua*. Madrid, Taurus.
- Finley, M.** (1979): *Uso y abuso de la Historia*. Barcelona, Crítica.
- (1982): *Esclavitud antigua e ideología moderna*. Barcelona, Crítica.
- (1982): *El mundo de Odiseo*. México, FCE.
- (1984): *La Grecia antigua. Economía y sociedad*. Barcelona, Crítica.
- (1986): *Historia Antigua. Problemas metodológicos*. Barcelona, Crítica.
- (1986): *El nacimiento de la política*. Barcelona, Crítica.
- (2003): *La economía de la Antigüedad*. México, FCE, 3ª edición en español actualizada.
- Fontana, J.** (1975): *La Historia*. Barcelona, Salvat.
- (1982): *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*. Barcelona, Crítica.
- Gallego, J.** (2003): *La democracia en tiempos de tragedia. Asamblea ateniense y subjetividad política*. Buenos Aires, Miño y Dávila.
- Iriarte Goñi, A.** (2002): *De Amazonas a Ciudadanos. Pretexto gineocrático y patriarcado en la Grecia Antigua*. Madrid, Akal.
- Lorau, N.** (2003): *Las experiencias de Tiresias. Lo femenino y el hombre griego*. Buenos Aires, Daimón.
- Marx, K.** (1973): *Formaciones económicas pre-capitalistas*. Buenos Aires, Anteo.
- Momigliano, A. y otros** (1989): *El conflicto entre paganismo y cristianismo en el S. IV*. Madrid, Alianza.
- Mommsen, T.** (1983): *Historia de Roma*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Morant, I.** *Mujeres e Historia o sobre las formas de escritura de la Historia*. Universitat de València, Documento de trabajo (s/d).
- Morris, I.** (1998): "Prólogo" en: Finley, M. (2003): *La economía de la Antigüedad*. México, FCE, 3ª reedición en español actualizada.

- Pagés, P.** (1983): *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*. Barcelona, Barcanova.
- Plácido, D.** (1995): *Introducción al mundo antiguo: problemas teóricos y metodológicos*. Madrid, Síntesis.
- Sartre, M.** (1994): *El oriente romano*. Madrid, Akal.
- Schmitt-Pantel, P.** (dir.) (1993): "La Antigüedad. Modelos femeninos" en: Duby, G.; Perrot, M.: *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo 1. Madrid, Taurus.
- Schmitt-Pantel, P.** (dir.) (1993): "La Antigüedad. Rituales colectivos y prácticas de mujeres" en: Duby, G. y Perrot, M.: *Historia de las mujeres en Occidente*. Tomo II. Madrid, Taurus.
- Scott, J.** "El género, una categoría útil para el análisis histórico" en Cangiano, Ma. C. y DuBois, L. (comp.) (1993): *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*. Buenos Aires, CEAL.
- Shaw, B. y Saller, R.** (1984): "Introducción a la obra de M. I. Finley" en: Finley, M.: *La Grecia antigua: economía y sociedad*. Barcelona, Crítica.
- Trepat, C. y Comes, P.** (1998): *El tiempo y el espacio en la didáctica de las Ciencias Sociales*. Barcelona, Graó.
- Tuñón de Lara, M.** (1985): *Por qué la Historia*. Barcelona, Salvat.
- Tylor, E.**: "La cultura primitiva" en: Mateo, F. (comp.) (1977): *Los orígenes de la Antropología*. CEAL, Buenos Aires.
- Vernant, J.-P.** (1999): *Érase una vez... El universo, los dioses, los hombres. Un relato de los mitos griegos*. Buenos Aires, FCE.
- Vernant, J.-P.** (2002): *Entre mito y política*. México, FCE.
- Vernant, J.-P. y Vidal-Naquet, P.** (1987): *Mito y tragedia en la Grecia Antigua*, I. Madrid, Taurus.
- (1989): *Mito y tragedia en la Grecia Antigua*, II. Madrid, Taurus.
- Vilar, P.** (1980): *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*. Barcelona, Crítica.
- Zurutuza, H.A.** (1992): "Culturas campesinas en la Antigüedad tardía" en: *Anuario de la Facultad de Humanidades y Arte*, N° 15, segunda época. Rosario, UNR.
- "El cristianismo y la sociedad tardoantigua en Arnaldo Momigliano y Santo Mazzarino. Planteos historiográficos y puntualizaciones históricas" en Zurutuza, H.; Botalla, H.; Bertelloni, F. (comp.) (1996): *El hilo de Ariadna. Del tardoantiguo al tardomedioevo*. Rosario, Homo Sapiens.
- Zurutuza, H.; Botalla, H.; Bertelloni, F.** (comp.) (1996): *El hilo de Ariadna. Del tardoantiguo al tardomedioevo*. Rosario, Homo Sapiens.
- Para:
- La construcción historiográfica del Cercano Oriente antiguo. Discusiones en torno a la noción de despotismo oriental**
- AA. VV** (1978): *Primeras Sociedades de clase y modo de Producción Asiático*. Madrid, Akal.
- Amin, S.** (1986): *El Eurocentrismo. Crítica de una ideología*. México, S. XXI.
- Anderson, P.** (1974): *El estado absolutista*. México, S. XXI.
- Briant, P.** (1982): "Rois, tribut et paysans" en: *Annales littéraires de l'Université de Besançon*. Rosario, Escuela de Historia, Cátedra "Historia de Asia y África I", Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario. Traducción: Laura Badalá.

- Daneri Rodrigo, A.** "Prólogo" en Daneri Rodrigo, A. (ed.) (2001): *Relaciones de intercambio entre Egipto y el Mediterráneo Oriental (IV-I Milenio a.C.)*. Buenos Aires, Biblos.
- Daneri Rodrigo, A. y Campagno, M.** (edit.) (2004): *Antiguos contactos. Relaciones de intercambio entre Egipto y sus periferias*. Universidad de Buenos Aires, UBA, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Historia Antigua Oriental "Dr. Abraham Rosensvasser".
- De Bernardi, C.:** "Algunas reflexiones sobre los estudios de Historia Antigua Oriental" en *Anuario*, N° 12 (1986-1987). Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- : "Ciudad y aldea en la Mesopotamia del III milenio a.C.: aproximación al análisis de la organización del espacio" en *Anuario*, N° 15 (1991-1992). Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- (1999): "Representaciones fundantes de la legitimidad y legalidad del poder en el 'Código' de Hammurabi" en De Bernardi, C. y Díaz Molano, L. (comps.): *Estado, sociedad y legalidad en la época hammurabiana*. Rosario, Prohistoria & Manuel Suárez Editor.
- (2005): "Estudios étnicos: contexto historiográfico, convergencias disciplinarias. El caso de Mesopotamia en el III milenio a.C." en *Claruscuro*, Revista del CEDCU, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario.
- Diakonoff, I.** (1982): *The structure of Near Eastern Society before the middle of the second milenium B.C.*, Budapest, Oikumene 3. Cátedra "Historia de Asia y África I", Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR. Traducción: Ada Torres y Adriana García.
- Kemp, B.** (1996): *El Egipto antiguo. Anatomía de una civilización*. Barcelona, Crítica.
- Kuhrt, A.** (2000): *El Oriente Próximo en la Antigüedad, C. 3000-330 a.C.* Tomos I y II. Barcelona, Crítica.
- Liverani, M.** (1995): *El antiguo oriente. Historia, sociedad y economía*. Barcelona, Crítica.
- Mann, M.** (1991): *Las fuentes del poder social, I. Una historia del poder desde los comienzos hasta 1760 d.C.* Madrid, Alianza.
- Oppenheim, A.L.** (2003): *La Antigua Mesopotamia. Retrato de una civilización extinguida*. Madrid, Gredos.
- Para:
- Los mitos de origen**
- Eliade, M.** (1992): *Mito y realidad*. Barcelona, Labor.
- Frankfort, H. y H. A.:** "Introducción" en: Frankfort, H. y H. A., Wilson J.; Jacobsen T. (1988): *El pensamiento prefilosófico. I. Egipto y Mesopotamia*. México, FCE.
- Habermas, J.** (1989): *Teoría de la acción comunicativa, Tomo I. Racionalización de la acción y racionalización social*. Buenos Aires, Taurus.
- Kemp, B.** (1996): *El Egipto antiguo. Anatomía de una civilización*. Barcelona, Crítica.
- Liverani, M.** (1995): *El antiguo oriente. Historia, sociedad y economía*. Barcelona, Crítica.
- López, J.:** "Mitología y religión egipcias" en: López, J. y Sanmartín, J. (1993): *Mitología y religión del Oriente Antiguo. I. Egipto-Mesopotamia*. Barcelona, AUSA.

Marco Simón, F. (1988): *Illud Tempus. Mito y cosmogonía en el mundo antiguo*. Zaragoza, Universidad de Zaragoza.

Oppenheim, A.L. (2003): *La antigua Mesopotamia. Retrato de una civilización extinguida*. Madrid, Gredos.

Silva Castillo, J. (2004): *Gilgamesh o la angustia por la muerte (poema babilonio)*. México, El Colegio de México.

Índice

5 Palabras preliminares

9 I. Presentación

9 1. El área de estudio

13 2. Algunas reflexiones en torno al trabajo del historiador

21 II. Un objeto de estudio construido históricamente

¿De qué hablamos cuando hablamos de las sociedades mediterráneas?

22 1. ¿“Historia Antigua” o “Sociedades antiguas”?

24 2. Las Ciencias Sociales frente a la Historia grecorromana

27 3. La Arqueología en el área grecorromana

28 4. ¿El mundo antiguo o los mundos antiguos?

30 5. La delimitación espacial

33 6. La delimitación temporal y algunos problemas para la periodización

38 7. El materialismo histórico y la historia de la Antigüedad

43 8. Los estudios históricos contemporáneos en el área específica de las sociedades antiguas nacidas en torno al Mar Mediterráneo

51 III. La “otra” Antigüedad

51 1. La construcción historiográfica del Cercano Oriente antiguo.
Discusiones en torno a la noción de despotismo oriental

67 IV. La renovación más reciente en los estudios históricos del área grecorromana

67 1. Los planteos críticos en la Historia como disciplina

80 2. Las fuentes para la Historia del mundo antiguo

91 V. Los mitos de origen

97 VI. Problemas y procesos históricos

- 97 1. Algunas problemáticas comunes
al mundo griego y romano en la Antigüedad
- 97 2. El análisis de la sociedad y del Estado
- 102 3. La sociedad y la cuestión de las clases sociales en el mundo antiguo
- 106 4. La fuerza de trabajo dependiente, esclavitud y esclavismo
- 111 5. La economía de la Antigüedad: una economía
predominantemente rural e integrada en la sociedad
- 116 6. El universo de las representaciones simbólicas

121 Bibliografía del Tomo 1

**EL MUNDO
ANTIGUO
GRECORROMANO**

María Leonor Milia
Claudio Horacio Lizárraga

C Á T E D R A

Esta obra, presentada en tres volúmenes, no sólo está pensada para los alumnos de las carreras de Historia sino para todos aquellos que se interesen por aproximarse al conocimiento de la Antigüedad grecorromana; etapa histórica que constituye una de las claves de los procesos que han conformado el universo cultural del que somos parte.

El propósito central es que sirva de orientación y apoyo a los lectores para acercarse a aquellas sociedades, introducirse en ellas, indagar en su problemática y conocer la metodología de trabajo del historiador en este campo específico del conocimiento histórico.

En el primer volumen se señala un posible ingreso al área de trabajo desde su especificidad y desde la tarea del historiador. Se analiza la construcción del objeto de estudio a lo largo de la Historia y se plantean algunas problemáticas propias del área. El segundo analiza los procesos particulares del mundo griego desde las primeras civilizaciones del Egeo hasta la expansión de la etapa helenística.

El tercero realiza una tarea análoga con el mundo romano y se cierra con el deslizamiento hacia la Antigüedad tardía y el bosquejo de los primeros tramos de una larga transición hacia el feudalismo.